



NO ESTABAS EN MI AGENDA

Dina Reed

NO ESTABAS EN MI AGENDA

DINA REED

©Dina Reed, febrero 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

EPÍLOGO

SINOPSIS

Después de una decepción amorosa y profesional, Jessica Cooper regresa a Manhattan y necesita trabajar como sea. Así que acepta sin pensarlo el puesto de secretaria en la compañía de Chris Swift, más conocido como el Lobo, a pesar de que todo el mundo le advierte de que hasta el momento ninguna secretaria ha aguantado mucho en el puesto.

Y es que el Lobo es insufrible, por su ambición sin límites, su alto nivel de exigencia y su carácter implacable y duro: siempre va derecho a la yugular y no se conforma con nada que no sea ganar.

Nadie quiere tenerlo de enemigo y casi todas suspiran por él, no en vano es un multimillonario irresistible, guapo, *sexy* y carismático.

Si bien, a Jessica eso le da lo mismo, solo quiere trabajar y no está dispuesta a rendirse por nada del mundo.

Chris por su parte no espera nada de su nueva secretaria, supone que será como las demás, pero está muy equivocado.

Tanto que, muy a su pesar tendrá que replanteárselo todo, incluso cosas que nunca habían estado en su agenda como enamorarse.

Ahora bien, ¿podrá alguien tan odioso como Chris Swift enamorar a una chica tan cerrada al amor como Jessica Cooper?

Capítulo 1

Jessica estaba sentada frente a Pamela Wall, la directora de Recursos Humanos de la compañía Swift, que ojeaba su currículum con cara de asco.

Ya había pasado cinco pruebas de preselección antes y esta era la última que le quedaba para que el puesto fuera suyo.

O eso pensaba, porque al momento Pamela le aclaró:

—El señor Swift es el que tiene la última palabra sobre tu contratación. En unos minutos saldrá de una reunión y te hará una pequeña entrevista. Mi cometido es comprobar si cumples con unos mínimos y observo que sí: te graduaste con excelentes calificaciones en Economía y Negocios en Stanford, tienes algo de experiencia como secretaria y has trabajado tres años como asesora financiera para un gran *holding* inversor.

Jessica se envaró en el asiento y, levantando un poco el mentón, replicó orgullosa:

—Así es.

Sin embargo, Pamela con la vista clavada en el currículum objetó:

—Lo que no creo que le guste demasiado al señor Swift es que dejaras tu puesto de asesora financiera para montar un restaurante en París que, por lo que deduzco, ha resultado un completo desastre.

Jessica se traía la respuesta bien aprendida de casa, así que repuso:

—En absoluto, lo que sucedió es que...

Pamela levantó al fin la vista del currículum y la interrumpió sin ninguna delicadeza:

—Me da igual lo que sucediera, a quien tienes que convencer es al señor Swift. Y es un hueso duro de roer, no en vano desde hace dos años que se jubiló la señora White, su secretaria de toda la vida, no encontramos a nadie

que esté a la altura.

Jessica no se dejó intimidar para nada, sonrió y dijo convencida:

—Creo que yo puedo ser la persona adecuada para el puesto, me apasiona el mundo de la inversión financiera, tengo formación y experiencia, me gusta trabajar duro y para mí sería un lujo y un honor hacerlo al lado del mejor.

Chris Swift era uno de los grandes inversionistas del país, y poseía una formidable cartera en banca, seguros, tecnología, medios de comunicación y empresas del sector de la alimentación.

Si bien, para Jessica más que un sueño era una necesidad trabajar en la compañía, pues hacía tres meses que había regresado de París y estaba en números rojos.

Necesitaba el empleo como fuera y desde luego que iba a darlo todo para que ese puesto fuera suyo. A pesar de que Pamela estuviera mirándola con una cara de desprecio infinita y le advirtiera de que:

—Si supieras la de veces que he escuchado lo mismo y lo máximo que duran las candidatas son tres días. Trabajar junto a un grande no es fácil...

—No, claro que no lo es. Y ese es el reto que pienso afrontar con muchísima motivación, sacrificio y esfuerzo.

Pamela esbozó una sonrisa que no pudo resultar más cínica y preguntó:

—¿Por qué consideras que eres mejor que el resto de las candidatas?

Porque estaba desesperada, porque necesitaba trabajar como fuera, porque no podía volver a casa y escuchar a su madre decir hasta el hartazgo sobre su aventura parisina: “te lo advertí”.

Pero obviamente a la estirada de la directora de Recursos Humanos no le importaba un pimiento su vida y respondió convencida:

—Solo sé que yo estoy preparada, que tengo formación, experiencia y ganas.

—Todas tus antecesoras lo tenían y no aguantaron más que 72 horas... —

insistió Pamela encogiéndose de hombros y con un brillo en los ojos del que se podía inferir que hasta disfrutaba con el hecho de que todas las candidatas hubieran salido espantadas.

No obstante, Jessica siguió firme en sus posiciones:

—Póngame a prueba y verán...

Pamela guardó el currículum de Jessica en la carpeta otra vez y, segura de que con ella iba a ocurrir como con todas, afirmó:

—Por supuesto que lo veré, ahora espera fuera a que te llamen para la entrevista con el señor Swift.

Jessica le agradeció el tiempo que le había dedicado y volvió a la sala de espera, decorada con unos cuadros abstractos que debían valer una fortuna y mobiliario de lujo, donde estuvo aguardando más de media hora hasta que vino a buscarla una recepcionista de lo más encantadora:

—El señor Swift te está esperando, yo soy Sandy Wright —se presentó tendiéndole la mano.

Sandy era una pelirroja, menuda y simpática, que debía tener unos veintiocho años como Jessica.

—¡Encantada, soy Jessica Cooper! —se presentó estrechándole la mano.

—Igualmente. ¡Mucha suerte con el Lobo! —susurró Sandy y luego sonrió.

Jessica sin tener ni idea de a quién se estaba refiriendo preguntó:

—¿Quién es el Lobo? ¿El señor Swift?

Sandy asintió con la cabeza y al momento le aclaró:

—Es conocido por ese sobrenombre en el mundillo.

—Ah, no sabía, pero supongo que es solo fachada. Quiero decir que en el fondo no creo que sea un depredador salvaje y tal...

Sandy volvió a asentir, esbozó una sonrisa más amplia todavía y afirmó:

—Lo es. Pero me gustaría mucho que te quedaras, ya estoy cansada de que

no duren las secretarias más que tres días.

—¿Tan horrible es que no le aguantan las secretarias ni un suspiro?

—Me temo que sí —respondió Sandy encogiéndose de hombros.

—¿Y tú cómo es que llevas aquí más tiempo? Porque por lo que has dicho deduzco que llevas más de tres días.

—Soy recepcionista, solo le paso llamadas. No tengo con él un trato directo como lo tienen sus asistentes. A mí solo me gruñe a todas horas, pero lo llevo genial. Y además te contaré un secreto: en el fondo es buen tipo.

Jessica sonrió y agradeció las palabras de esa chica que a cada instante que pasaba le caía mejor:

—Es reconfortante escuchar esas palabras cuando estoy a punto de entrar en la cueva de lobo. Aunque sean mentira...

—De verdad que no creo que sea una mala persona, tan solo un tanto... insoportable.

Jessica respiró hondo, se planchó con las manos los bajos de la chaqueta del traje sastre oscuro que se había puesto y a continuación confesó:

—Aunque haya ahí dentro un orco maligno voy a aferrarme a este trabajo, si es que me aceptan, con uñas y dientes.

—Orco ya te digo que no es porque está más bueno que comer con los dedos. Vamos, que detrás de esa puerta te espera un tío impresionante, pero impresionante de quitarte el aliento.

Jessica dio un manotazo al aire, como quitándole importancia, porque a esas alturas de su vida poco le impresionaba un guapo de cuerpo de escándalo. Por eso, le aclaró:

—Eso me da lo mismo, lo que quiero es que me contrate y poder salir del hoyo en el que estoy.

—Yo solo te advierto de lo que te vas a encontrar... Más que nada para que vayas preparada... Muchas se pasman tanto ante el señor Swift que se

quedan sin habla...

—Uf. ¡Ni que fuera Mister Universo! ¡Buah! A mí un buen físico me deja indiferente.

En realidad, con lo escarmentada que estaba de los hombres por culpa de Pierre, en ese momento de su vida le dejaban indiferentes todos los hombres de la galaxia.

—Ya, pero si solo fuera el físico, es que también está el carisma, el talento, la inteligencia, la elegancia, la presencia imponente, la voz profunda y seductora... —insistió Sandy.

—Te garantizo que a mí nada de eso me deja sin habla. Tengo muy claro lo que quiero y por qué estoy aquí. Nada me va a descentrar de mi objetivo.

—Ojalá sea así... Y ahora sígueme por favor...

Jessica siguió a Sandy hasta el final de un largo pasillo donde se encontraba el despacho del Lobo.

Una vez allí, llamó a la puerta de madera maciza con los nudillos un par de veces, abrió y anunció al señor Swift la presencia de Jessica...

Capítulo 2

El señor Swift estaba más que aburrido de entrevistar a secretarias que apenas aguantaban en el puesto tres tardes. Y es que ya no había profesionales como la señora White a la que echaba tanto de menos.

Ella le seguía el ritmo a la perfección, estaba siempre que se la necesitaba e incluso podía leerle el pensamiento.

Le hacía el trabajo tan fácil que con su marcha se había quedado huérfano y lo que quedaba..., pues en dos años todavía no había encontrado una candidata que le llegara si quiera a la suela de los zapatos.

Todas las contratadas habían salido huyendo a los tres días, desbordadas por el trabajo, la exigencia de una compañía puntera y su carácter de mierda.

Y es que sí, el señor Swift reconocía que tenía un carácter difícil, pero es que solo se podía ser de esa manera en el mundo en el que él se manejaba.

Los tiernos corderos apenas duraban dos minutos en el mundo de las finanzas, por eso él había decidido ser el Lobo.

Aunque bien pensado tampoco había tenido más opción, ya que desde renacuajo había empezado a enseñar los dientes con su temperamento fuerte y dominante.

El señor Swift había nacido para mandar, controlar y por supuesto ganar...

¿Tan difícil era de entenderlo? No entendía cómo la gente ponía el grito en el cielo o salía corriendo como esa legión de secretarias por mostrarse tal y como era.

Él era duro, exigente y cabrón, reconocía que sí, pero los resultados le daban siempre la razón y recompensaba bien el esfuerzo.

Pagaba mejor que nadie del sector, pero exigía más que todos... Algo que para él era de todo punto lógico y también justo.

Sin embargo, la gente de hoy en día según él no estaba preparada para el sacrificio, el esfuerzo y la dedicación. Valores en total desuso, al contrario: lo único que había encontrado en todas esas secretarias era que querían trabajar lo justo, con la mínima implicación y el compromiso cero con la empresa.

Y eso no iba a con él...

Convencido de que la señorita Cooper sería una más, le pidió que pasara y se sentara frente a él, mientras repasaba el informe que tenía sobre ella.

Y es que el puesto de secretaria de dirección era tan importante que no podía poner sus secretos en manos de cualquiera. Por eso, pedía a agencias externas informes exhaustivos sobre las posibles candidatas y conseguía información de lo más suculenta por si acaso les daba por tocarle las narices.

Al señor Swift le gustaba tenerlo todo bien atado y nunca estaba de más tomar ciertas precauciones.

Y mientras el señor Swift repasaba el informe, Jessica entró con paso seguro y confiado, pisando fuerte, y se sentó frente él rogando al cielo para que le concedieran el puesto.

Precisamente de su necesidad, sacaba la fuerza para plantarse frente a ese tío sin que le temblara todo, porque la verdad era que imponía.

Y no solo por el físico, que sí, que era un cañonazo, Sandy tenía razón, posiblemente era el tío más bueno que había visto en su vida, es que además desprendía tal aura de poder, de carisma y de dominio que era bastante complicado mantener el tipo.

Pero con todo, Jessica aplacó todas sus inseguridades y sus temores, que los tenía como todos, y esbozó una sonrisa de lo más amigable frente a ese tío que no levantaba la vista del informe.

—¡Buenos días, señor Swift! Le agradezco que me dedique unos minutos de su valioso tiempo. Pero tranquilo que sé que no voy a defraudarle.

Al escuchar esa voz, bonita, porque el señor Swift reconoció que era una

voz sensual, dulce y bien modulada, levantó la vista del informe y comprobó que la señorita Cooper era mucho más guapa que en la foto que había añadido junto al currículum.

Era de cabello castaño, ojos grandes y vivos, boca gruesa, nariz respingona, estatura mediana y un cuerpo de lo más sugerente, por lo que dejaba atisbar un traje sastre de lo más formal.

Pero a él qué le importaba lo guapa o fea que fuera esa chica, lo único que le interesaba era que fuera profesional, cosa que dudaba mucho porque dado su currículum...

—Me temo que lo va a hacer —repuso el señor Swift, convencido de ello.

Jessica sin dar crédito, se revolvió en el asiento y preguntó pestañeando deprisa:

—¿Cómo dice?

—Lo que oye, que me va a defraudar sí o sí, a tenor de lo que sé de usted.

Jessica se envaró y replicó molesta porque ese tío no era nadie para juzgarla de esa manera:

—Lo que sabe es que me gradué en Stanford con las mejores notas, que tengo experiencia como secretaria, como asesora financiera y también como empresaria en París.

El Lobo se echó a reír, porque aquello era lo más gracioso que había escuchado nunca:

—¿Empresaria? ¿Lo dices porque montaste un bistró en París y al año saliste por piernas porque pillaste a tu novio liado con su ayudante de cocina? Perdona, pero una empresaria no tiene ese comportamiento tan infantil. Una empresaria tiene la sangre fría y la templanza suficiente como para separar negocios de amor.

Jessica se quedó de piedra, porque ni su madre sabía la verdadera razón por la que había vuelto de París.

¿Cómo ese habría enterado ese cabronazo? ¿Hasta ese punto llegaba su afán de tenerlo todo bajo control que la había investigado?

Pues no pensaba perder los nervios, ella iba a salir airosa de esa situación tan bochornosa y el puesto iba a ser suyo, porque nadie en el mercado pagaba como el cerdo del señor Swift.

Tiparraco al que con tan solo un minuto de conversación ya detestaba con todo su ser...

—Actué con algo que se llama dignidad, no podía seguir allí y me vine a Nueva York —le aclaró.

Al señor Swift le gustó que apelara a la dignidad, de hecho reconocía que la chica tenía agallas para plantarse frente a él y defenderse con la serenidad con la que lo estaba haciendo.

Pero él era un lobo y tenía que ejercer como tal, era lo que le corría por las venas, por eso le recordó:

—Te viniste con una mano delante y otra detrás, después de que invertiste hasta el último centavo en ese restaurante de mala muerte.

Jessica apretó fuerte las mandíbulas, revuelta por la rabia y el dolor, pero decidió que ese tío no iba alterarla, eso sí le iba a dejar las cosas bien claras:

—Me extraña que no le hayan informado de que Pierre Cobin es un chef aclamado por la crítica y que su restaurante está lleno cada día.

—No es que esté en una zona muy exclusiva —comentó el señor Swift retándole con la mirada.

—Está en un sector pujante, rodeado de empresas tecnológicas y adonde se están mudando muchos jóvenes de profesiones emergentes.

El Lobo conocía muy bien París, estaba al tanto de lo que estaba sucediendo con ese sector y lo sabía todo sobre Pierre Cobin, pero lo que necesitaba saber era de qué pasta estaba hecha la buena de la señorita Cooper y de momento estaba pasando la prueba con creces.

Tenía empuje, fuerza, carácter y el mejor currículum de cuantas secretarias se habían presentado para el puesto hasta ese momento.

Sin embargo, no se lo iba a poner fácil...

—Solo espero que recupere la inversión que hizo y hasta que eso suceda, si es que sucede, imagino que tiene que pagar facturas y más facturas y que por eso está aquí. ¿Me equivoco, señorita Cooper?

Jessica tragó saliva y detestando a cada segundo que pasaba más a ese tío, decidió decir la verdad, porque no sabía hacer otra cosa:

—Supongo que en su obsesión por tenerlo todo bajo control habrá investigado mis cuentas y sí, estoy en números rojos. Necesito trabajar como sea y usted es el que mejor paga.

—Pago mucho porque exijo mucho. Y eso no parece gustarle a todo el mundo.

Jessica le sostuvo la mirada y, sin intimidarse lo más mínimo por ese lobo cabrón, replicó:

—A mí me gusta trabajar muy duro, darlo todo y caer rendida en la cama. Así que por eso no se preocupe. No me asusta el trabajo, ni la disciplina, ni el esfuerzo...

Chris al escuchar en boca de esa chica su ideario se quedó fascinado, y así como a Jessica a cada instante que pasaba detestaba más al señor Swift, a él empezó a pasarle con ella justo lo contrario...

Capítulo 3

¿Habría encontrado por fin a la sustituta perfecta de la señora White?
¿Después de tanta incompetente tenía por fin ante sus ojos a la candidata ideal?

El señor Swift cogió su pluma, dio unos golpecitos con la punta sobre la mesa y, mirándola con los ojos más brillantes que nunca, reconoció:

—Como declaración de intenciones no está nada mal, señorita Cooper. Ahora tendremos que ver si se corresponde con la práctica...

Jessica abrió los ojos como platos y preguntó con el corazón latiéndole con fuerza:

—¿Eso significa que estoy dentro?

El señor Swift respiró hondo y respondió con total franqueza, porque él tampoco sabía proceder de otra forma:

—Trabajar conmigo es complicado, después de que se jubilara mi secretaria de toda la vida, no he encontrado a nadie que esté a altura. Y sinceramente, dudo que usted lo esté, aunque reconozco que apunta maneras.

Jessica sin dejar de sostenerle la mirada le dijo con un punto de rabia en su voz:

—Póngame a prueba y le demostraré lo equivocado que está.

Al señor Swift le encantó esa respuesta, es más es que hasta se le puso dura, para su pasmo más absoluto, porque ese ni era el momento, ni el lugar, ni mucho menos la persona.

Él tenía muy claro que jamás había que mezclar trabajo y placer, no como esa chica que había cometido el error de compatibilizarlos y así le había ido.

Así que ignoró la reacción de esa parte de su anatomía, aunque estuviera a punto de romper los pantalones por la entrepierna, y replicó para dejarlo todo

bien aclarado:

—Ojalá. Pero me preocupa que no sepa separar el trabajo del placer...

Jessica le miró alucinada porque ese tío estaba yendo demasiado lejos:

—Mire, si lo que le preocupa es que me enamore de usted, desde este momento le garantizo que ni poniéndome una pistola en la cabeza. No es usted mi tipo, y aunque lo fuera no estoy en condiciones de volverme a enamorar. Después de lo que me ha pasado, estoy inmunizada contra el amor por mucho tiempo.

El señor Swift dio un respingo en su sillón de cuero porque por supuesto que no hablaba de él. Así que le faltó tiempo para precisar:

—Pues fíjese yo, que ni creo en el amor. Así que tranquila que no hablaba de mí, sino de alguien de la compañía en quien usted pudiera poner los ojos.

Jessica negó con la cabeza y replicó para que ese hombre lo entendiera de una vez:

—¿Usted cree que después de lo que me pasó en París voy a tener ganas de enamorarme?

—Es fácil tropezar dos veces en la misma piedra, y si usted es una romántica empedernida, si cree en el amor y en todos esos cuentos, mal lo lleva.

—Creo en el amor, pero me temo que va a pasar mucho hasta que vuelva a enamorarme de nuevo.

—Celebro que así sea. Y es lo mejor que puede hacer. Yo no creo en el amor y puedo asegurarle que vivo muy bien sin él. Los asuntos del corazón solo traen dolores de cabeza y descentran de lo verdaderamente importante.

—¿Y hay algo más importante que el amor? —le preguntó la señorita Cooper que para nada estaba de acuerdo con él.

—El amor a lo que haces, pero el amor romántico es una estafa.

—Habla así porque no se ha enamorado nunca.

El señor Swift pensó que ni se había enamorado nunca ni falta que le hacía, ya que le bastaba con las amigas con las que tenía cubiertas sus necesidades afectivas y con las que disfrutaba del sexo.

Él era un hombre serio, sensato y con el cerebro suficiente como para no creerse esas milongas románticas. Así que le aclaró convencido:

—Hablo así porque el amor no existe. Es un invento para tener a la gente sometida y controlada en unas vidas de lo más previsibles. Y eso no va conmigo... Pero dejemos este particular, que estamos aquí para otra cosa...

—Dígame...

Jessica entonces le miró con la misma intensidad y concentración del tenista que espera la bola con la que sabe a va a ganar el partido.

Pero él ya no tenía ninguna objeción más, la señorita Cooper tenía actitud, carácter, currículum, una clara disposición a dejar a un lado su veta romántica, y algo que él valoraba por encima de todo:

—Deduzco que es una persona leal, a pesar de la traición de su chef francés, en ningún momento ha hablado mal de él. Al contrario, ha sido toda lealtad y discreción, algo que habla muy bien de usted, señorita Cooper.

Jessica pensó que no era por falta de ganas, porque solo de escuchar su nombre se la llevaban los demonios, y podían salir auténticos sapos y culebras de su boca solo de recordarle.

Pero ni era el momento ni el lugar y, después de todo aunque como pareja hubiera resultado un auténtico fiasco, como profesional reconocía que Pierre tenía mucho talento y futuro: así que solo estaba haciendo honor a la verdad.

—Es un gran chef y va a llegar muy lejos. Es la pura verdad. Ni más ni menos —reconoció encogiéndose de hombros.

—Y también me gusta mucho esa querencia que tiene usted por la sinceridad. A mí también me gusta llamar a las cosas por su nombre, aunque a veces a los demás le duela.

—Prefiero una verdad aunque duela, antes que una mentira.

—Espero que diga lo mismo cuando se la muestre descarnada frente a su cara. Esa es otra de las razones por las que todas las candidatas anteriores salieron por piernas: ninguna soportó mi sinceridad.

Jessica levantó el mentón y repuso con una convicción que al señor Swift le puso más duro todavía, absurdamente duro, porque no sabía por qué diablos esa chica le estaba excitando de esa forma:

—Conmigo puede ser todo lo sincero que quiera. Yo también lo seré.

Acto seguido, el señor Swift cogió el contrato que ya tenían redactado en previsión de que pudiera ser la candidata definitiva y tendiéndole la estilográfica habló clavándole la mirada:

—Entonces ya solo queda firmar.

Jessica sonrió aliviada, mientras pensaba que después de todo había resultado fácil. De hecho, esperaba que el señor Swift hubiese puesto más objeciones, pero mejor así.

Por eso sin dejar de mirar a los ojos verdes, perspicaces y profundos, de ese tío, tomó la pluma que le tendía y sucedió que, por unos instantes, los dedos de ambos se rozaron, para sorpresa de los dos.

Ambos sintieron un estremecimiento de lo más ridículo y al que no dieron ninguna importancia, ya que tenían las cosas clarísimas.

O eso al menos creían...

Luego el señor Swift le pasó el contrato que ella leyó detenidamente bajo la atenta mirada de ese hombre que no dejaba de preguntarse qué le estaba pasando con esa chica.

Porque no solo estaba duro como una roca, sino que con el pequeño y sutil roce de sus dedos cuando le había entregado la pluma se había estremecido de la cabeza a los pies.

Y eso que esa chica ni siquiera era su tipo, pues aunque reconocía que era

bonita, él estaba acostumbrado a salir con mujeres explosivas de piernas kilométricas y pechos generosos. Nada que ver con la señorita Cooper que además era toda contención y recato con ese traje que no podía ser más austero.

Pero bueno, fuera lo que fuese, daba lo mismo porque la única relación que iba a tener con ella iba ser la meramente profesional. Así que qué más daba...

Y Jessica en ese instante, justo antes de estampar la firma, estaba pensando exactamente lo mismo. No tenía ni idea de por qué se había estremecido entera con el roce de las pieles, pero si algo tenía claro es que jamás iba a enamorarse de alguien tan detestable como el Lobo.

Capítulo 4

La primera semana de trabajo en la corporación Swift fue sin duda la más dura de toda la vida de Jessica Cooper.

No recordaba haber trabajado más duro jamás, pero había logrado sobrevivir para su más absoluta alegría.

Y es que con el adelanto que el señor Swift había podido pagar el alquiler del mes y llenar la nevera por primera vez desde que había regresado a Nueva York.

Eso sí, el precio fue que llegó el sábado por la tarde y no tuvo ganas más que de tirarse en el sofá sin hacer absolutamente nada.

Ya dedicaría el domingo a adelantar algo de trabajo, porque el señor Swift le había pedido tres informes urgentes para el lunes a primera hora.

Y por supuesto que los tendría...

Informes impecables en los que pondría el alma entera, como en los otros que le había entregado durante la semana y a los que el señor Swift no había puesto ni un solo pero.

Realmente, no se había quejado de nada, claro que ella bien que se había esforzado en satisfacer todas y cada una de sus demandas, que no eran pocas.

Desde el café bien cargado de las mañanas, a llevar al día una agenda que no podía ser más estresante.

Sin embargo, había sabido salir airoso de todo y ahí estaba ella, batiendo un record y siendo la primera secretaria que duraba más de tres días en la compañía.

Lo que Jessica no sabía era que el señor Swift estaba tan inquieto con lo que estaba pasando con su nueva secretaria, que el sábado por la noche llamó a Rachel y a Sophie, dos amigas con las que solía tener encuentros sexuales,

a ver si así lograba sacarse a Jessica Cooper de la cabeza.

Y es que para su más absoluto asombro, seguía poniéndose durísimo cada vez que esa chica aparecía en su despacho.

Y como era de todo punto ridículo y por supuesto que inadmisibile, decidió achacarlo a las dos semanas que llevaba de sequía sexual y desquitarse con sus amigas.

Así que las citó en un hotel exclusivo en Manhattan, donde sus amigas aparecieron puntuales, con unos vestidos minúsculos y muchas ganas de divertirse.

Chris pidió champán y caviar, que llegó al momento, y a ellas les faltó tiempo para desnudarse y empezar a devorarse entre ellas.

Él se sentó en la cama, vestido todavía, mientras miraba cómo se besaban, cómo se amasaban los pechos enormes, cómo se pellizcaban los pezones durísimos hasta provocarse gemidos de lo más excitantes.

Pero él no estaba para nada excitado...

Para su horror más absoluto, Chris solo podía pensar en la boca jugosa de su secretaria que lo había dado todo en esa primera semana de trabajo.

Y es que no había conocido nada igual en la vida, es que ni la señora White tenía esa capacidad de trabajo, esfuerzo, sacrificio y talento... Porque la señorita Cooper cumplía a la perfección con sus labores de secretaria y además sabía de finanzas como el mejor asesor de Manhattan.

No en vano era en lo que había trabajado antes de su aventura francesa y la verdad era que no podía ser más talentosa y competente, pues le había entregado unos informes con unos análisis tan concienzudos y brillantes que era imposible tomar una decisión equivocada.

Esa chica sin duda era un portento, y mostraba además un alto nivel de dedicación y compromiso con la empresa.

En fin, que no podía haber tenido más suerte con su incorporación, después

de tanta y tanta secretaria petarda y negligente.

Pero lejos de estar contento, todo quedaba empañado por esa absurda excitación, por esa extraña atracción que estaba sintiendo por ella y que le había llevado incluso a masturbarse en el trabajo.

Cosa que no había hecho en su vida, y no solo en el trabajo, también en casa porque además había tenido unos cuantos sueños con ella de lo más tórridos.

Algo sin duda que no podía tolerar y que iba a cortar de raíz teniendo sexo duro y bueno con Rachel y con Sophie que ahora le miraban, mientras una devoraba el sexo de la otra.

Él clavó la vista en el pubis depilado de Rachel, mientras la lengua larga y puntiaguda de Sophie lamía la vulva mojada de su amiga.

Lo cierto era que la imagen de esas dos bellezas, una arrodillada ante la otra, dándose placer, era como para poner cardiaco a cualquiera.

Pero él seguía sin sentir absolutamente nada, como si fuera jodidamente asexual, por eso decidió ponerle remedio, quitarse la ropa y unirse a la fiesta.

Las chicas lo celebraron y Sophie ni lo dudó, dejó la vulva de su amiga para meterse el miembro flácido de Chris en la boca, en tanto que Rachel le ofrecía sus pechos generosos para que castigara bien sus pezones.

Chris se metió en la boca esos pezones durísimos y sencillamente no le supieron a nada. Amasó esos pechos enormes, mientras Sophie se empleaba a fondo para ponerle el miembro duro...

Pero no había manera, su jodido pene no respondía a ninguna de las caricias, a ningún estímulo, estaba muerto como jamás le había pasado en la vida...

—Relájate, Chris, es solo estrés. Trabajas demasiado... —le sugirió Sophie mientras lamía el glande con auténtico frenesí.

Chris pensó en Jessica, no era una novedad porque casi siempre estaba

pensando en ella. No obstante, en esa habitación fría de hotel, había logrado sacarla de su mente completamente por un momento, hasta que su amiga había mencionado el trabajo y...

Solo tuvo que pensar en ella, en su boca jugosa, en su cuerpo menudo y en esos ojos grandes y vivos para ponerse tan duro dentro de la boca de Sophie que a ella le dio una arcada.

Luego, dio unos tirones fuertes a los pezones de Rachel, fantaseando con que eran los pequeños y redondos pechos de Jessica y se dejó llevar.

Agarró a Sophie por la cabeza y comenzó a penetrar muy duro la boca grande y generosa, mientras soñaba con que era Jessica la que le aceptaba de esa forma.

Entregada, sin límites, hasta el fondo, mirándole con esos ojos con los que siempre le miraba y que eran todo un desafío.

Porque esa chica no se parecía a ninguna, porque no le tenía miedo, porque se atrevía a decir lo que pensaba, porque tenía tanto coraje que jamás había admirado a nadie como a Jessica Cooper.

Y así, sin dejar de pensar en ella, besó desesperado a Rachel en la boca, devorándola, penetrando con su lengua ávida hasta el fondo de la garganta, como le encantaría hacer con Jessica.

Deseaba tanto besarla de esa forma salvaje...

Duro, sin contemplaciones, dejándola sin aliento, derritiéndola hasta que pidiera más y más...

Aunque fuera una locura...

Y así siguió, hasta que Sophie se apartó y le pidió que se lo hiciera por detrás...

Chris que estaba más excitado que nunca, se puso un condón que tenía en la cartera, en tanto que Rachel embadurnaba de lubricante el estrecho orificio de su amiga.

Luego Sophie hizo lo mismo con Rachel que también quería ser penetrada de esa manera...

Chris empezó con Sophie que se puso a cuatro patas sobre la cama, la penetró sin ninguna delicadeza, como ella le estaba pidiendo, mientras esta lamía la vulva de su amiga.

De esa manera, Rachel alcanzó el orgasmo y aún jadeante, Chris la penetró también por detrás, duro y fuerte, como también exigía, mientras con la lengua arrancaba otro orgasmo a Sophie tan brutal que a él le volvió loco.

Y no porque le excitara su amiga, sino de pensar en cómo orgasmaría Jessica, cómo sería su gemido, su jadeo agónico justo antes del alcanzar el placer máximo.

Cómo clavaría las uñas en las sábanas, cómo se mordería los labios, cómo su cuerpo se estremecería entero...

Y así, pensando en ella, siguió penetrando con dureza a Rachel hasta que se derramó por completo musitando:

—¡Jessica, maldita sea! Jessica...

Capítulo 5

Rachel y Sophie decidieron brindar por lo que acababa de suceder, sin embargo Chris sentía que no había nada que celebrar.

Al contrario, tenía un problema y bien serio si Jessica seguía colándose en sus fantasías.

No podía permitírselo y desde luego que iba a tomar medidas urgentes para que dejara de suceder.

Por lo pronto, iba a ser mucho más duro y exigente con ella, para que le odiara más que nunca, con el fin de mantenerla lo más alejada posible de él.

No quería confianzas, ni quería implicaciones emocionales, no quería nada que no fuera estrictamente trabajo.

Para una vez que encontraba a una secretaria competente no iba a correr el riesgo de perderla porque a él se le hubiera colado en sus fantasías.

De ninguna de las maneras, se repetía una y otra vez, y convencido de que iba a arrancarla de su mente como fuera, aceptó la copa de champán que Sophie le tendió y se la bebió del tirón.

Es más, incluso le entraron ganas de beberse la botella entera, a ver si así lograba quitarse a la señorita Cooper del pensamiento. Pero sabía que no iba a funcionar...

Así que se vistió y se despidió de sus amigas:

—No puedes irte, Chris. Esto solo acaba de empezar... —le pidió Rachel abrazándose a él por la espalda.

Chris se apartó de ella y con unas ganas tremendas de salir de allí, replicó:

—Seguid sin mí. Yo necesito irme a casa.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie, acariciándole el rostro con el dorso de la mano.

Chris pensó que para nada estaba bien, que sentía un vacío y un asco tremendos, pero lo que menos le apetecía era ponerse a hablar sobre ello. Por eso respondió:

—Estoy muy cansado. Pero seguid la fiesta sin mí...

Acto seguido, se marchó dando un portazo y tomó el ascensor hasta el parking donde recogió su automóvil de lujo.

Arrancó sintiendo una molesta tensión en el cuello y condujo hasta su apartamento que estaba muy cerca de allí, en pleno Manhattan, sintiéndose cada vez peor.

Sobre todo, le irritaba profundamente haber tenido que pensar en Jessica para lograr disfrutar del sexo, haber fantaseado con su boca, con sus pezones, con su orgasmo.

Y lo que era peor, después de correrse se había preguntado qué diría Jessica tras una buena sesión de sexo, cómo le miraría, qué palabras emplearía, cómo apoyaría su cabeza en el pecho y respiraría profundo y lento. Exhausta de tanto amarse...

Cabreado consigo mismo como no recordaba, llegó por fin a casa. Aparcó, subió al apartamento y se encerró en su dormitorio porque tenía el estómago revuelto y hasta se le había quitado el hambre.

Pero era la última vez que iba a pasar algo así, de eso estaba seguro...

No sabía cómo, pero iba a sacarse esos pensamientos ridículos de la cabeza así tuviera que apuntarse a clases de meditación trascendental o someterse al clásico lavado de cerebro.

Claro que una cosa eran sus deseos y otra la realidad, pues se pasó la noche entera soñando con que hacía el amor a Jessica de todas las maneras en que un hombre se lo puede hacer a una mujer.

Y se levantó con tal erección que no le quedó más remedio que masturbarse en la ducha, mientras luchaba por mantener la mente en blanco.

Luego se fue al parque a correr, hasta que cayó agotado en un banco, y se pasó el resto de la mañana trabajando duro a pesar de ser domingo para no pensar.

Para tener la mente tan ocupada que la señorita Cooper no pudiera colarse ni por una pequeña rendija de sus fantasías.

Y casi que lo logró hasta que llegó la noche y otra vez esa mujer se introdujo en sus sueños, para volverle loco de remate.

Y es que en ese sueño, no solo hicieron el amor, dulce y suave, y luego salvaje y apasionado, es que también cenaron juntos frente a un fuego y luego pasearon por un bosque como dos estúpidos enamorados.

¿Se podía soñar algo más cursi? Desde luego que para él era el sueño más empalagoso y dulzón que había tenido en su vida y se avergonzaba tanto de él, como deseaba olvidarlo.

Y así iba a ser, se dijo a sí mismo, mientras se metía en la ducha y luego se convencía que lo de Jessica iba a pasar.

Es que no podía ser de otra manera, además después de mucho cavilar llegó a la conclusión de que su obsesión por esa chica solo podía obedecer a la novedad, que era algo pasajero, que con el paso de los días ese absurdo terminaría y todo volvería a la normalidad.

Es decir a su vida sin Jessica Cooper enraizada en lo más profundo de sus fantasías...

Fantasías que ya no solo eran turbias, sino también más rosas que una película apestosamente romántica.

Y eso ya era el colmo...

En fin, que totalmente convencido de aquella pesadilla tenía los días contados, se presentó en el despacho donde Jessica ya le tenía preparado el café cargadísimo y los informes que le había pedido.

Todo estaba perfecto, el café en su punto, en sabor y en temperatura, y los

informes que eran como para publicarlos en la mejor revista de economía.

Y además ella lucía su mejor sonrisa, una sonrisa luminosa y preciosa, y un vestido azul de corte recto y formal que le marcaba la silueta de una forma tan sugerente que se puso duro.

Asquerosamente duro para su más absoluto espanto... Un horror que le llevó a gritar fuera de sí:

—¡Vete de aquí!

Y la tuteó porque desde el primer día de trabajo habían acordado tutearse, cosa que en ese momento Chris también lamentó ya que el usted mantenía perfectamente las distancias.

Y Jessica, sin perder la compostura ni dejarse intimidar por el grito histérico de su jefe, replicó:

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que está mal que lo corrijo inmediatamente?

Chris apretó fuerte los puños y respondió con una rabia tremenda:

—¡Todo está mal, Jessica Cooper! ¡Todo está jodidamente mal!

Jessica sin entender nada, se encogió de hombros y le pidió con una templanza que a Chris le irritó más todavía:

—¿Serías tan amable de explicarme qué es lo que está mal? Más que nada para enmendarlo. Me encanta aprender...

Y ante tal reacción Chris, a pesar de su ofuscación, no pudo evitar pensar que Jessica no solo le ponía cachondo como jamás le había puesto nadie, sino que además tenía una fortaleza y un carácter a prueba de bombas. Y le gustaba, vaya que si le gustaba...

Y más a él que estaba acostumbrado a que todo el mundo le odiara y le temiera, que le rindiera pleitesía y le riera las gracias por ser quién era.

Sin embargo, ahí estaba esa chica plantándole cara sin arrugarse lo más mínimo, templada y confiada, con una seguridad en sí misma que era admirable.

Y estaba tan alucinado que por un momento se le llegó a pasar por la cabeza la pregunta de si esa chica no sería perfecta para él...

Pregunta que al momento le pareció una ridiculez de todo punto, primero porque él no creía en el amor... Así que no sabía qué hacía planteándose esas tonterías.

Segundo, porque a lo sumo que podía llegar a tener con ella era a sexo, y él no necesitaba a Jessica Cooper como amante o como *follamiga*...

Y tercero y lo más importante, porque Jessica a esas alturas debía de aborrecerle tanto que no debía tener ganas ni de irse con él a tomar un café a la esquina.

Y solo era el principio... Puesto que de ahí en adelante iba a emplearse a fondo para que le odiara más todavía, y ser más fiel que nunca a su leyenda de lobo, cabrón y sin escrúpulos, de depredador sin corazón al que todo mundo odia y teme. ... Por lo que, en consecuencia, repuso con los ojos brillantes de rabia y mintiendo como un bellaco:

—Todo lo haces mal. El café es un asco y tus informes son una puñetera mierda. Esmérate más para la próxima...

Jessica escuchó esas palabras sin inmutarse, porque sabía que estaba mintiendo y no iba a caer en la trampa.

Era demasiado lista y además no estaba dispuesta a renunciar a un trabajo que estaba muy bien pagado por un juegucito de poder, en el que era evidente que el señor Swift lo único que estaba haciendo era marcar territorio, recordarle que era él quien mandaba y que estaba ahí para exigirle al máximo.

Así que no se lo tomó siquiera como algo personal, sino como un papel que su jefe estaba interpretando, aunque fuera con unas pésimas maneras, para sacar lo mejor de ella.

Por eso, sin dejar de sostenerle la mirada y sin mostrar ni un ápice de enojo

o frustración, replicó:

—Así será...

Capítulo 6

Las semanas pasaron y el señor Swift siguió siendo duro, exigente y distante con Jessica que siguió esforzándose cada día más.

Se quedaba hasta las tantas preparando informes, estudiando el mercado, analizando empresas y luego con apenas tres o cuatro horas de sueño, rendía como la que más en jornadas de trabajo interminables.

Pero no pensaba rendirse, ella iba a defender su puesto de trabajo a capa y espada, así tuviera que trabajar hasta la extenuación.

Era fuerte, tenía ganas y cada día le apasionaba más su trabajo. Así que no la iban a echar de ahí ni con agua caliente.

Y el señor Swift, por su parte, a pesar de que luchaba con denuedo para sacarse a esa chica de la cabeza, era del todo imposible.

Y es que ya no solo fantaseaba de noche con ella, sino también de día, y bien despierto. De repente, le asaltaban imágenes de lo más *hot* junto a ella y también de lo más edulcoradas, y ambas le producían un sonrojo y una vergüenza que de verdad que ya no sabía qué hacer.

Y eso que había intentado de todo, desde meditación hasta quedar con Susan Bright una modelo que le invitó a uno de los mejores fiestones de Manhattan y donde acabó en un reservado rodeado de tres bellezas enamoradas de los ceros de su cuenta corriente.

Muñecas descerebradas y arribistas, de conversación aburrida y escotes de vértigo, con las que antes podía pasar un buen rato; sin embargo, desde que Jessica había llegado a su vida, es que ni se empalmaba.

Y eso que ellas lo intentaron todo para que se uniera a la fiesta, pero no le apetecía lo más mínimo. Tan solo se limitó a mirar cómo se daban placer entre ellas, cómo se devoraban las bocas y los sexos, como quien mira el

paisaje más anodino.

Y además sintiéndose tan vacío y tan miserable que tuvo que beberse su whisky del tirón en un vano intento de dejar de sentir el asco profundo y visceral que le estaba destrozando el alma.

Pero... ¿Desde cuándo él tenía alma? ¿Acaso no era el cabronazo del Lobo? ¿Cómo alguien como él podía estar sintiéndose fatal por ver a tres bellezas dándose placer?

Lo más triste era que para todas las preguntas solo había una respuesta: Jessica Cooper.

Desde que ella había llegado a su vida, todo se había vuelto del revés, y ahí estaba en mitad de una orgía aferrado a un whisky y con ganas de salir corriendo para pensar en ella y solo en ella.

Es más, la situación era tan grave que ya ni siquiera se le pasaba por la cabeza tocar a otras, besar a otras, follar a otras, mientras pensaba en ella. Eso ya era algo totalmente inconcebible, no le cabía en la cabeza, ni le nacía del corazón estar con otras mujeres porque sus manos, sus labios y todo su ser solo la deseaban a ella.

Y estaba jodido, terriblemente jodido, porque se esforzaba cada día en hacerle el trabajo un auténtico infierno, tanto que a esas alturas esa mujer debía de odiarle tanto que no le extrañaría que hasta fantaseara con su muerte. Una muerte lenta y agónica, y desde luego que bien merecida porque no podía estar siendo más cabrón ella.

Tan cabrón como jamás lo había sido con nadie, sin embargo ella permanecía al pie del cañón, inasequible al desaliento, dándolo todo y siempre con una sonrisa en la cara.

Era tan fuerte, tan dura, tan vehemente, tan corajuda, tan trabajadora, tan esforzada y tan eficiente que le tenía totalmente... alucinado.

Pero no se le ocurría nada mejor que ser cada día más borde y más exigente

con ella. Qué otra cosa podía hacer...

Si mostraba su rendida admiración y además no dejaba de pensar cosas sucias y cursis con ella, corría el serio riesgo de que aquello se le fuera de las manos.

Y eso no lo podía tolerar, y más él que era un fanático del control y del dominio.

Así que decidió que la relación siguiera así, aunque fuera de lo más desagradable, aunque en el fondo estuviera loco por decirle a esa chica que estaba haciendo un magnífico trabajo y que se sentía muy orgulloso de ella.

Sin embargo, no podía ser... Sobre todo porque dada la obsesión que tenía con ella, lo mismo se le escapaba lo maravilloso que le parecía su cuello delicado y largo, o lo preciosos que eran sus ojazos oscuros y ahí ya sí que iba a pifiarla pero bien pifiada.

Por lo que elegía a conciencia ser un maldito lobo, cabrón y odioso y hacerle la vida imposible...

Y así siguió su relación, unas cuantas semanas más, hasta que llegó febrero y tuvieron que hacer un viaje a los lagos Finger a visitar a un joven empresario vitivinícola por el que iban a apostar muy fuerte por consejo de Jessica.

Y es que dado que últimamente no estaban encontrando grandes empresas en las que hacer inversiones rentables, Jessica le había sugerido poner el foco en otras más pequeñas, pero muy sólidas, con las que diversificar las líneas de negocio.

Y una de ellas eran las bodegas de Edward Thomas, un joven que estaba consiguiendo excelentes resultados con sus vinos y en el que merecía la pena invertir.

Si bien, a Edward le gustaba hacer las cosas a la antigua y antes de cerrar el

trato se había empeñado en conocer personalmente al señor Swift y sobre todo a Jessica Cooper con la que más había tratado y a la que se moría por conocer.

Obviamente, a ella no se lo había dicho, pero de momento le tenía encandilado con su talento, su inteligencia, su determinación y su dulzura.

Además Edward había visto su foto en su perfil profesional de LinkedIn y le había parecido una auténtica preciosidad, así que había insistido muchísimo en forzar esa entrevista y al fin lo había logrado.

Estaba feliz y, aun cuando acudiera a la reunión con el insoportable de su jefe, estaba convencido de que iba a encontrar un momento para estar a solas con ella y seguir descubriéndola.

Jessica por supuesto que no tenía ni idea de los sentimientos que había despertado en Edward, y mucho menos en su jefe que cada día que pasaba era más insoportable.

De hecho, le dio un viajecito horrible en coche hasta los lagos Finger...

—Más te vale que este negocio salga bien, Jessica Cooper. Porque aún no sé qué hago yendo a visitar a un bodeguero, cuando él tenía que ser el que viniera a ponerse de rodillas en mi despacho para que invierta unos jodidos dólares en sus caldos —volvió el señor Swift a repetirle por enésima vez, en tanto que conducía hacia su destino en su formidable Ferrari.

—Confía en mí. Va a ser un negocio muy rentable. Las cifras de Edward son espectaculares, su negocio tiene una fantástica proyección y a ti te interesa ampliar tu cartera. Así que no te cuesta nada tenerle contento. Él quiere que conozcas sus viñas, sus bodegas, es un joven que le gusta hacer las cosas como antes.

—A mí lo único que me interesa de sus malditos vinos es la cuenta de resultados. Lo demás me la bufa... y más con este tiempo de mierda. ¿No estábamos en febrero?

Y es que ese día no solo hacía un frío tremendo, sino que de camino a los lagos Finger empezó a nevar, primero unos copos pequeños y sutiles, que en cuestión de minutos dieron paso a una nevada de las que hacen época. Por eso, Jessica reconoció:

—Los pronósticos del tiempo decían que iban a nevar pero no imaginé que sería así.

Chris la miró con un cabreo tremendo y replicó aferrado al volante:

—¿Sabías que iba a nevar y nos embarcas en este absurdo viaje? Voy sin cadenas, señorita Cooper.

—Detente un momento y esperemos a que pase el temporal...

Y tras decir esto, Chris por un momento perdió el control del vehículo por la nieve y tuvo que echarse a un lado y frenar de golpe, a la vez que Jessica, nerviosa, le preguntaba que qué hacía.

—¿Has probado a conducir alguna vez bajo semejante nevada? He tenido que echarme a un lado porque he perdido el control del vehículo. Es una locura conducir en estas condiciones, pero no vamos a quedarnos aquí parados y correr el riesgo de que la nieve nos entierre. He visto que estamos a 20 kilómetros de una estación de servicio. Allí nos quedaremos...

Y tras decir esto, Chris intentó arrancar otra vez el Ferrari, pero fue absolutamente imposible.

Capítulo 7

Con la nieve que ya les llegaba a las rodillas y con las grúas que podían asistirles inmovilizadas, estaban bastante fastidiados.

—Los de los servicios de emergencias me han aconsejado que busquemos un refugio seguro hasta que puedan venir a rescatarnos —le informó Jessica a su jefe, tras hablar con ellos.

—Son listísimos esos tipos... —farfulló él, mientras nevaba más que nunca.

—Estoy viendo que en lo alto de esa loma hay una casita abandonada. ¡Vayamos hacia allá! —habló Jessica señalando el lugar y convencida de que era la opción más juiciosa.

Chris bufó, miró a Jessica y exclamó echando chispas por los ojos de pura rabia y frustración:

—¡Es la última vez que te hago caso, señorita Cooper! Ya te dije que este viaje era un auténtico despropósito.

Jessica le miró, con los dientes castañeando por el frío, porque obviamente la calefacción no funcionaba y le exigió:

—Necesito mi plumífero, ábreme el maletero, por favor, y deja ya de quejarte que me aburres muchísimo, señor Swift.

Con un cabreo de impresión, Chris salió del coche, cogió los abrigos del maletero y una manta de pelo largo que le regaló en su día su madre y a la que todavía no había dado uso.

Luego abrió la puerta de Jessica y le exigió más hosco y borde que nunca:

—¡Ponte el maldito abrigo y vamos a la casita de los tres cerditos!

Jessica sonrió y replicó sin que le afectara lo más mínimo el mal carácter de su jefe:

—Yo solo veo un cerdito —dijo tras salir del automóvil, mientras metía el brazo por un manga del plumífero que su jefe gentilmente sostenía.

El señor Swift frunció los labios y luego masculló, mientras ella acaba de ponerse el abrigo:

—No estoy para bromitas, Cooper. Por si no te habías dado cuenta.

—No estoy bromeando. Es la verdad, aunque reconozco que este gesto caballeroso que has tenido con el abrigo me ha sorprendido.

Chris se puso el abrigo de mala gana, mientras le recordaba a su secretaria:

—Es que no me conoces. Apenas sabes nada de mí.

—No, desde luego. Con lo que sé tengo bastante. —Y justo en ese momento se percató de la manta que llevaba en la mano—. Anda, mira, qué apañado, con tu manta y todo. Es lo que tiene ser un conquistador —comentó Jessica con guasa.

—Celebro que tengas tan buen humor en estas circunstancias, Cooper. Pero que sepas que como esto siga así de feo, lo vamos a pasar jodidamente mal. Y entonces, agradecerás mi manta... Me la regaló mi madre y la llevo por no contrariarla, porque se pone insoportable. Está sin estrenar, pues te recuerdo que llevo a mis amigas a sitios con clase. No soy de lanzar una manta en medio de la nada y ponerme a follar. Y perdona por la palabra...

Jessica negó con la cabeza, a la vez que se enroscaba bien la bufanda y replicó:

—Es la palabra adecuada, porque la gente sin corazón no puede hacer el amor. Así que tú solo follas, es que no puedes hacer otra cosa...

Y tras decir esto, y dejar a su jefe perplejo, puesto que para nada esperaba que le fuera a decir tal cosa, ella se dirigió hacia la casa, caminando a buen ritmo.

Y es que como había previsión de nieve, llevaba unas botas planas y elegantes, pero muy calentitas y con buen agarre, que se ponía cuando iba a

ver a sus padres a Chicago.

Y ella era de allí, así que tenía la suficiente experiencia en nevadas como para sentir que tenía la situación bajo control.

El señor Swift en cambio, con sus zapatos de cordones italianos, lo tenía un poco más complicado para caminar sobre la nieve:

—¡Maldita sea, Jessica! ¡Aminora el paso, no vaya a ser que te rompas una pierna! —le exigió, muy enojado, mientras avanzaba a grandes zancadas sobre la nieve que casi les llegaba por las rodillas.

Jessica se giró y, muerta de risa, replicó divertida:

—¡El que tienes que tener cuidado eres tú con esos zapatos de superjefazo cabrón!

Y siguió caminando sobre la nieve a buen ritmo y con una destreza absoluta, porque a Jessica le encantaba hacerlo desde que dejó de gatear.

—Te estás pasando miles de pueblos, Jessica Cooper. La nieve te está volviendo de un lenguaraz de lo más irritante y de un impertinente que...—le advirtió el señor Swift que no pudo terminar su frase.

—Que nada, porque soy la mejor secretaria que has tenido jamás. Así que cierra el pico. No pierdas energías hablando...

El señor Swift a punto de explotar de rabia, decidió no replicar nada, sobre todo porque no quería seguir escuchando a esa mujer hablando con tal descaro.

Es que en su vida nadie se había atrevido a hablarle de esa forma, solo su madre le trataba de forma similar a como lo estaba haciendo la osada de la señorita Cooper, que no sabía qué mosca le había picado.

Hasta entonces, le miraba con odio, pero jamás se había atrevido a llamarle cabrón o a decirle que no tenía corazón. Y aunque tenía razón, y era la pura verdad, porque era el puñetero Lobo, no podía permitir esos arranques de arrojada sinceridad, porque esa igualada de señorita Cooper iba acabar

subiéndose a sus barbas.

Si no lo había hecho ya... Y tenía que cortarlo de raíz.

No quería con ella confianzas de ningún tipo y mucho menos esas mofas y esas risitas a su costa.

De ninguna de las maneras, se repitió a sí mismo, mientras seguía caminando sobre la jodida nieve con los zapatos y los pantalones italianos calados ya.

Y así estuvo un buen rato, hasta que la señorita Cooper le gritó desde lo alto de la loma, junto a la puerta de la casa abandonada:

—¡Vamos John Nieve, un último esfuerzo!

Y luego Jessica se echó a reír, y aunque tenía razón, porque entre la manta y el cabreo que llevaba, era clavadito al personaje, Chris solo pudo gruñir:

—¡Cállate, Cooper. O lo lamentaras!

Jessica siguió muerta de risa, con la bufanda tapándole la cara hasta la nariz y la capucha casi cubriéndole los ojos; pero con todo, pensó el señor Swift: estaba preciosa.

Era tan luminosa, tenía tanta alegría y vitalidad, era tan auténtica que Chris sintió que a pesar del frío toda la sangre se le iba a la entrepierna.

Y entretanto, Jessica ajena a todo y divertida como no recordaba, replicó:

—Ah sí, claro... ¿Y qué es lo que me vas a hacer si se puede saber, señor Swift?

A Chris se le pasaron tantos pensamientos sucios por la cabeza, que farfulló con un humor de mil demonios:

—¡Mejor no lo quieras saber, Cooper! Hazme caso.

Y siguió caminando a trompicones, gruñendo sin parar, hasta que por fin llegó junto a ella que le dijo entusiasmada, mostrándole su bolsón enorme:

—Llevo una Coca-Cola de dos litros en el bolso, unos cuantos sándwiches, un par de latas de atún y dos manzanas. Cosas de chica previsoras y sin una

cuenta corriente con muchos ceros. Tengo que pensar en economizar...

Chris celebró que tuvieran viandas, porque le estaba entrando un hambre feroz y eso que eran las doce de la mañana. Pero en vez de felicitarla por su capacidad de previsión, replicó muy mosqueado:

—Te juro, Cooper, que no entiendo cómo puedes tener ese buen humor dadas las circunstancias, por no hablar de esas ganas repentinas que te han entrado de burlarte de mí.

Jessica sonrió y se sinceró porque ella era así...

—Desde que estoy en tu empresa solo trabajo y trabajo y trabajo, así que me estoy tomando este percance como una especie de día libre. Te confieso que me siento como cuando era niña y nos llevaban de excursión: me entraba una alegría tremenda por no tener clase y era un auténtico trasto... Por eso me comporto así... Me siento feliz, libre y contenta... Muy contenta... Tanto que no recuerdo cuando fue la última vez que me sentí así... Pero no me burlo de ti, señor Swift, tal vez que con la emoción, no tengo filtros y solo digo lo que pienso...

Capítulo 8

Y tras escuchar eso, el señor Swift pensó que precisamente por esa espontaneidad suya y ese descaro que no había conocido en nadie en su trato con él, esa chica le tenía completamente loco.

Solo su madre le trataba de esa forma tan franca, abierta y tan de verdad... Sin pelos en la lengua, sin artificio ninguno y de modo absolutamente desinteresado.

Porque Jessica al contrario de todo el mundo que quería algo de él, ni le adulaba, ni se arrastraba, ni le temía.

Tal vez solo le odiaba...Y con razón.

El caso es que no comentó nada al respecto y se limitó a decir frente a la puerta de madera rústica de la casa de piedra con tejado a dos aguas:

—Veremos si sigues con esa actitud de niña de colegio cuando no podamos entrar en esta maldita casa...

Jessica sonrió pues sabía algo que su jefe desconocía, giró el picaporte y la puerta se abrió:

—Puedes pasar cuando quieras, señor Swift —dijo Jessica triunfante.

Y es que a Jessica le había dado tiempo a comprobar que la puerta se abría sin ningún problema, en tanto que su jefe seguía con la ascensión a la loma.

—¿Tienes experiencia ocupando pisos o algo parecido, señorita Cooper?
—preguntó el señor Swift, sorprendido de que aquello hubiera resultado tan fácil.

Jessica no le hizo ni caso y entró en la pequeña casa que tenía lo suficiente como para pasar unos días...

—Esto debe ser un refugio, hay una chimenea, troncos, un sofá, sobre esa mesa hay velas, cajas de cerillas y apuesto lo que sea a que en esa alacena

hay botes de comida. Estamos de suerte, señor Swift... —habló Jessica, mientras se dirigía a la alacena que abrió y en donde encontró una docena de latas de conserva y dos botellas de vino.

Sin embargo, Chris lejos de alegrarse se puso más enojado todavía porque la situación no podía ser más estresante para él.

Una nevada de impresión, un refugio, una chimenea, vino y Jessica Cooper...

No imaginaba peor pesadilla, por lo que se dejó caer en el sofá y masculló mientras consultaba en su teléfono móvil:

—Solo espero que pase pronto el temporal.

—No hay cobertura, no se puede acceder a Internet, pero sí puedes llamar al servicio de información meteorológica y a los de emergencias. Yo tengo todos los teléfonos...

El señor Swift arrojó el móvil al asiento de al lado muy cabreado y farfulló:

—¡Esto no puede ser! ¡De verdad que no me puede estar pasando esto!

Jessica se sentó al lado de su jefe, apartó el móvil que dejó sobre el reposabrazos y le recomendó intentando calmarle:

—Tómalo como un día de vacaciones.

El señor Swift, con los ojos echando chispas de la rabia, replicó más furioso todavía:

—Jamás me tomo vacaciones.

—Pues ya va siendo hora, qué quieres que te diga —repuso ella, encogiéndose de hombros.

El señor Swift, con unas ganas tremendas de salir de allí, le exigió:

—¡Cállate, Cooper, que me estás poniendo de los nervios!

—Esto hay que tomarlo con paciencia, y te lo digo con conocimiento de causa porque me han tocado pasar unas cuantas situaciones como esta. No sé

si sabes que soy de Chicago.

El señor Swift resopló porque lo sabía de sobra, no en vano ya había perdido la cuenta de la de veces que había espiado su perfil de LinkedIn solo para ver su foto. Pero obviamente no se lo dijo, en su lugar habló con rabia:

—Lo que no sé es por qué no te quedaste allí. Ahora yo estaría en mi despacho trabajando y no padeciendo esta situación de todo punto ridícula. ¿Me quieres decir por qué demonios te he hecho caso? ¿Qué hago yo, Chris Swift yendo a visitar a puñetero bodeguero de los lagos Finger? ¡Vas a arruinar mi reputación, señorita Cooper! ¿Es que quién va a tomar en serio a un gran inversor que se desplaza hasta la bodega de un don nadie? De verdad es que cada vez que lo pienso me pongo malo... Malo, malo... ¡Me hierve la sangre!

—Mira pues así no tienes frío. Yo estoy helada, voy a encender el fuego... Se me da bien... Como soy de Chicago... —bromeó otra vez, mientras se levantaba para hacer el fuego—. Y respecto a tu pregunta de por qué estoy Nueva York, resulta que cuando acabé la carrera encontré trabajo en un gran *holding* inversor y ni me lo pensé —contó mientras cogía la caja de cerillas que estaba sobre la mesa—. Luego conocí a Pierre que estaba trabajando en el mejor restaurante francés de Manhattan, nos enamoramos y decidimos hacer realidad nuestros sueños. Él el de tener su propio restaurante y yo el de ser empresaria... Y nos fuimos a París... —explicó mientras se agachaba junto a los troncos—. Luego salió mal, como bien sabes, y regresé a Nueva York porque detesto las miradas terribles de compasión. No quiero la compasión de nadie —aseguró mientras sopesaba qué troncos eran mejor—. Y mucho menos que me digan: “te lo dije”, porque todo el mundo me advirtió de que era una locura, de que podía salir mal, en fin... —concluyó cogiendo un tronco que pesaba bastante—. Así que por eso estoy en Nueva York otra vez, vivo en un apartamento de treinta metros en Yonkers, tan

ricamente, y sin tener que soportar ni un solo reproche.

—Solo me tienes que soportar a mí, que con eso tienes bastante. Y déjame que yo me ocupe de los troncos, solo falta que te lesiones una muñeca y estés un mes de baja.

Chris se levantó para coger un par de troncos que llevó a la chimenea, mientras ella cargaba con el suyo.

—He prendido infinitos fuegos, señor Swift, y en cuanto a lo de soportarte: lo llevo bien, porque paso de ti. Quiero decir que no me afecta para nada tu carácter de mierda. Sé separar el grano de la paja, además mi padre se parece mucho a ti. Es un gruñón intratable, pero yo le adoro...

Al escuchar aquello, a Chris por poco no se le cayó el tronco de las manos y alucinado, replicó:

—Sí, pero a mí no me vas a adorar nunca.

Jessica colocó otro tronco sobre los que ya había puesto el señor Swift y habló convencida:

—Eso jamás, pero podemos llevarnos bien, es decir todo lo bien que puede llevarse uno con un ogro con un carácter de mierda.

Chris que estaba agachado junto a ella, frente a la chimenea, le exigió:

—No me repitas más lo del carácter de mierda, que ya me he enterado.

—No lo digo con acritud, es tu forma de ser y ya está. Por eso llevo bien tus malas pulgas, tus coces, tus pataletas ridículas...

Chris la miró y, contra todo pronóstico, porque se suponía que tenía que estar molesto, le entraron unas ganas tremendas de reír. Pero se mordió los labios y dijo serio:

—Si no estuvieras en la situación financiera tan delicada en la que te encuentras, me habrías mandado a paseo el primer día.

Ella se quedó mirándole fijamente a los ojos y dijo la verdad:

—Estoy aprendiendo muchísimo en tu empresa, así que por más empeño

que pongas en ser cada día más insoportable: no me voy a ir.

—¿Tanto se nota que estoy en el empeño? —preguntó Chris que estaba tan cerca de ella que podía olerla, un aroma exquisito a flores frescas.

—Es la forma que tienes de exigir a los demás que den lo mejor, además es justo como te tratas a ti mismo.

Chris negó con la cabeza y confesó con la misma sinceridad que ella:

—Soy así de cabrón porque estoy obsesionado con mantener las distancias y prefiero que me odies.

—Pero yo no te odio.

—Lo merezco.

—Ya, pero no me nace odiarte.

Chris respiró hondo, porque tener a esa preciosidad frente a él diciendo esas palabras tan dulces estaba a punto de derretirle. Y no, no podía ser... Y menos atrapados en un refugio, con fuego y con vino...

Y menos con una erección tan tremenda que estaba a punto de reventarle los pantalones.

Así que, estando así las cosas, ¿qué demonios hacía?

Capítulo 9

Chris se quedó callado mientras colocaba entre los troncos: piñas, ramas secas y finalmente unas hojas de periódico que estaban junto a los troncos. Después tomó la caja de cerillas que Jessica le tendió, encendió un fósforo y lo arrojó a las hojas de periódico que hicieron que el fuego prendiera al instante.

Acto seguido, mientras Chris se afanaba en mantener el fuego vivo, con un fuelle de madera, ella movió el sofá arrastrándolo, a pesar de que Chris le pidió que se esperara para ayudarla hasta que tuviera el fuego controlado...

—Mira que eres terca, Cooper.

—Puedo mover el sofá sola perfectamente, tranquilo que no me va a sobrevenir un lumbago ni nada parecido —bromeó sentándose en el sofá con la vista perdida en el fuego.

—Lo que me va a sobrevenir a mí es un ataque de nervios si no te estás quietecita.

Jessica dio un manotazo al aire y repuso convencida:

—Estás demasiado estresado, señor Swift. Yo que tú me tomaría este percance como un día de desconexión.

—¿Un día? ¡No me jodas, Cooper! Espero que como mucho en un par de horas vengan los de la grúa.

Jessica miró por la ventana y vio que la nevada era más fuerte todavía, por lo que replicó:

—Pues me parece a mí que vamos a tener que esperar un poco más. Voy a llamar a Edward para avisarle de lo que nos ha pasado.

—Sí, dile que por culpa de su ridícula invitación vamos a perder un día de valioso trabajo.

Jessica sacó el teléfono móvil del bolso y, mientras buscaba en la agenda el número de Edward, le aconsejó a su jefe:

—No dramatices, señor Swift, tampoco se hunde el mundo si dejas un solo día de trabajar.

Chris se dio la vuelta para mirarla con ojos furibundos y ella inmune a todos sus malos gestos, exclamó con una sonrisa enorme que iba dirigida a al señor Thomas:

—¡Edward, buenos días! Te llamo porque nos hemos quedado atrapados en la carretera. Nos ha sorprendido una nevada tremenda, el automóvil no arranca y estamos esperando en un refugio, que gracias a Dios hemos encontrado, a que vengan los de las grúas. De momento sigue nevando muchísimo así que imagino que las carreteras permanecerán cortadas un buen rato...

Edward que se moría de impaciencia por conocer a Jessica, lamentó el retraso pero intentó disimularlo lo mejor posible:

—Lo siento mucho, Jessica. Pero celebro que al menos hayáis encontrado ese refugio. Si puedo hacer algo por ti, me lo dices... Y paciencia que ya verás cómo lo antes pensado, todo se arregla.

O por lo menos ese era su deseo, poder verla lo antes posible...

—Muchas gracias, Edward, eres muy amable. Pero es lo que tú dices, tan solo necesitamos un poco de paciencia y el temporal pasará. De momento voy a apagar el teléfono para que no consuma mucha batería. Además no hay Internet, menos mal que podemos comunicarnos de esta manera. Así que ya te iré informando. Muchas gracias por todo. ¡Saludos!

En cuanto Jessica colgó, Chris farfulló con un mosqueo tremendo:

—Y todavía le das las gracias... Te recuerdo que por la culpa de ese tío estamos metidos en este embrollo.

Jessica apagó el teléfono, lo guardó en el bolso y le recordó a su jefe:

—Te conviene invertir en vinos, te interesa ampliar tu cartera y es importante para ti que el temido y endiosado Lobo baje de vez en cuando de su pedestal y se mezcle con el común de los mortales.

—¿En qué momento te pedí que te ocuparas de mi marca personal?

—Trabajo para ti, solo deseo lo mejor para tu compañía.

—¡Pues vete olvidando de esta estrategia porque es la última vez que levanto mi culo para ir a visitar a un empresario de pacotilla!

—Edward Thomas va a hacer historia en el sector vitivinícola, ya lo verás.

A Chris no le hizo ninguna gracia que Jessica insistiera en las excelencias de ese tipo y, muy cabreado, le exigió:

—No me hables más de él, que jamás voy a olvidar que por su culpa tuve que perder mi valioso tiempo metido en este jodido agujero.

—¿Qué pesado te estás poniendo, señor Swift! El fuego ya parece que está bien encaminado, ¿por qué no sientas y te relajas un poco?

Chris dejó el fuelle a un lado de la chimenea, se levantó, apartó el bolso que estaba en el asiento contiguo al de Jessica, lo dejó sobre la mesa y luego le dijo la verdad sentándose junto a ella:

—Porque no puedo relajarme estando a tu lado.

—Pero no estamos en la oficina, no hay nada por lo que pueda desquiciarte. No hay informes que tengas que criticar, ni cafés que...

El señor Swift muy serio, la interrumpió y le aclaró:

—No se trata de eso. Se trata de que me perturbas de una manera desconocida para mí. Como nadie lo ha hecho jamás.

Jessica pestañeó muy deprisa porque no entendía bien a qué se refería:

—¿Cómo que te perturbo?

Chris respiró hondo y se lanzó a tumba abierta porque era absurdo seguir eludiendo el asunto y más cuando iba a tener que pasar unas horas junto a ella:

—Me perturbas hasta el punto de que estás metida en lo más profundo de mis sueños.

Jessica se echó a reír, porque lo interpretó cómo:

—¡Querrás decir de tus pesadillas! O sea que te desquicio tanto que no puedes librarte de mí ni en los sueños...

Chris negó con la cabeza y le aclaró con un nudo en la garganta:

—Se trata de una clase de sueños que es mejor que no sepas cómo son...

Jessica, en su inocencia, puso los ojos como platos y replicó:

—¿Sueños en los que me asesinas y me haces mil pedazos o qué? No me vengas ahora con pesadillas de terror que yo quiero estar tranquilita.

Chris desesperado se revolvió el pelo con la mano y replicó:

—Sueños en los que tenemos sexo de todos los tipos y colores.

Jessica se quedó atónita porque para nada se esperaba una respuesta como esa:

—Pero si yo no soy tu tipo... Quiero decir que recibes llamadas de modelos y actrices, mujeres que no tienen nada que ver conmigo.

Chris se encogió de hombros y repuso resignado a algo de lo que no podía librarse:

—¿Qué quieres que te diga? Es lo que me ocurre desde el principio y no te figuras lo que lucho por sacarte de mi cabeza, hasta le doy a la meditación trascendental.

Jessica no pudo evitar partirse de risa; es más, le pareció tan absurdo que pensó que estaba gastándole una broma. Porque solo podía ser eso...

—Jajajajajaja. ¡Es muy bueno, reconozco que es muy gracioso!

Chris la miró muy serio y, negando con la cabeza, habló:

—Lo que te digo es completamente cierto, señorita Cooper. Invades mis sueños por las noches y por el día no puedo dejar de pensar en ti, en tu boca, en tu pelo, en tu cuello...

Jessica boquiabierta y ya convencida de que estaba hablando en serio, porque el tono del señor Swift no daba lugar a equívocos, musitó llevándose la mano a la boca:

—¡Ay, mi madre!

—Eso mismo digo yo. ¿Por qué crees que soy contigo más cabrón de lo que soy habitualmente? Pues porque quiero que haya una distancia entre nosotros enorme, incluso insalvable, es decir que me odies lo suficiente como para que jamás pase nada entre nosotros.

Jessica resopló, dio un manotazo al aire y aseguró:

—¡Buah si es por eso, ni te preocupes! Jamás pasará nada entre nosotros...

Al señor Swift le entró una tristeza tan honda y tan absurda al escuchar aquello que bajó la vista al suelo y masculló:

—Ya, lo entiendo perfectamente.

Y Jessica al percatarse de su decepción quiso aclararle:

—Pero no te lo tomes como algo personal, es que después de lo de Pierre estoy totalmente cerrada al amor.

Chris entonces levantó la vista y con una cara de diablo terrible preguntó:

—¿Y al sexo?

Capítulo 10

Jessica volvió a partirse de risa, más por nervios que por otra cosa, porque sabía que su jefe se lo estaba preguntando completamente en serio y respondió:

—Me temo que soy asquerosamente tradicional, no sé separar sexo de amor.

—Pues yo solo he tenido sexo sin amor y es muy gratificante. Te lo recomiendo.

—Supongo que lo es, pero no va conmigo.

El señor Swift entornó los ojos y con más cara de sátiro que nunca preguntó:

—¿Lo has probado?

Jessica negó con la cabeza y mirando al fuego que ardía cada vez con más fuerza respondió:

—No me interesa. El sexo por el sexo, me parece algo descarnado, vacío y sin sentido. No me hace falta probarlo para saber que no me satisface. Para mí el sexo siempre es una consecuencia del amor. No lo concibo de otra manera.

—Yo disfrutaba muchísimo del sexo hasta que apareciste para arruinarme todos y cada uno de mis encuentros sexuales grupales.

Jessica tragó saliva, porque no esperaba que su jefe tuviera esas confianzas con ella y le pidió:

—Ahórrate los detalles...

—No es nada del otro mundo, suelo montármelo con dos o tres amigas... Pero desde que te conozco solo puedo pensar en ti y ya ni me empalmo con otras.

Jessica sin saber bien qué decir farfulló algo que sonó como:

—Yo es que, la verdad es que...

—No te esfuerces, Cooper, si no hay nada que decir. Es mi jodida predisposición a decir siempre la pura verdad. ¿Entiendes ahora por qué he preferido ser un jefe megaodioso contigo? Quería evitar a toda costa que se produjera un momento como este, pues temía que como empezáramos a conversar de algo que no fuera estrictamente profesional, iba a acabar hablando más de la cuenta, como justo como acaba de suceder.

—La verdad es que yo pensaba que me tratabas así para que diera lo mejor de mí. Jamás se me habría pasado por la cabeza que yo pudiera gustarte...

—Siento por ti una atracción que jamás he conocido en la vida, pero tranquila que solo soy un depredador en el trabajo. Sé controlar mis impulsos, quiero decir... No me voy a lanzar a tu yugular, aunque ganas no me falten...

Jessica se echó a reír y tras percatarse de que Chris tenía los zapatos y los pantalones empapados, le sugirió:

—Deberías quitarte los zapatos, los calcetines y los pantalones... —Y tras darse cuenta de que su jefe lo podía interpretar de otra manera, añadió—: No para nada sexual, obviamente, es para que no te pesques un resfriado.

Jessica también aprovechó que había entrado en calor con el fuego para quitarse el plumífero y las botas, que en su caso como eran impermeables no se había mojado ni los calcetines.

—Ya lo sé, Cooper. Me ha quedado clarísimo que no quieres nada conmigo. Y mejor que sea así, porque mezclar amor y trabajo es siempre un desastre —comentó Chris mientras se quitaba los zapatos y los calcetines.

—Qué me vas a contar a mí, que mira cómo me salió. Uf. He aprendido la lección a fuego, es que jamás en la vida vuelvo a mezclar ambas esferas. Porque al final mira, me he quedado sin dinero y sin amor...

Mientras ella hablaba, Chris no pudo evitar fijarse en los pies de esa chica

que le parecieron la cosa más dulce del mundo. Es más, deseó arrancarle los calcetines, lamerle los dedos uno a uno, y luego subir despacio hasta su pubis que iba a devorar hasta saciarse.

Uf. Madre mía. Solo de pensarlo, Chris se puso tan duro que se tapó la entrepierna discretamente con las manos.

Sin embargo, Jessica se percató de que algo pasaba y preguntó:

—¿Ocurre algo? ¿Por qué me miras con esa cara tan rara los pies?

El señor Swift vio el cielo abierto cuando encontró algo que podía justificar su ensimismamiento:

—Tienes un tomate —respondió señalando el calcetín fucsia que tenía un agujero en la parte de arriba, justo encima del dedo gordo.

Jessica, apurada, se tapó el agujero con la mano y se justificó:

—No tengo tiempo de ir a comprarme unos nuevos. Me paso el día trabajando...

—Tampoco pasa nada, mujer, le puede suceder a cualquiera.

—Seguro que a ti no. Eres tan perfecto...

—Porque tengo a Blanche trabajando en casa, la contrató mi madre para mí, y es una joya. Sé que suena bastante machista, pero soy un desastre para las cosas de la casa.

—Yo soy un desastre igual, pero mi madre no puede pagarme a nadie para que me ayude con mis cosas. Y yo no tengo tiempo de nada...

—Ya, porque como te exprimo como un limón... Te advierto que como sigas así voy a terminar sintiéndome culpable —confesó dejando los calcetines y los zapatos que acababa de quitarse junto al fuego.

—Mira que lo dudo... Y quítate los pantalones también que no es conveniente quedarse con la ropa mojada puesta.

—Tenía los pies helados... —reconoció sentándose otra vez y frotándose los pies con las manos.

Jessica se fijó entonces en los pies de su jefe y pensó que eran los pies más bonitos que había visto nunca. Y mira que era difícil que unos pies fueran bonitos porque es una parte de la anatomía que no suele ser muy atractiva, pero los del señor Swift eran como de dios griego.

Sin embargo, no le dio más importancia y Jessica insistió:

—Quítate también el pantalón que te puedes resfriar...

Chris la miró con el ceño fruncido y confesó encogiéndose de hombros:

—Me parece que no procede que me quede en calzoncillos. Hay que guardar ciertas formas y más después de haberte rebelado mi secretito.

Jessica dio un manotazo al aire y replicó tras resoplar:

—No pasa nada. Además me he criado entre chicos, soy la mayor, tengo seis hermanos, todos varones... No tienes nada que no haya visto ya.

Chris seguía duro como una piedra, pero la verdad era que no podía seguir con esa ropa empapada, así que optó por comentar resignado mientras se desabrochaba el cinturón de piel.

—¡Quién me iba a decir que hoy iba a acabar despelotándome delante de ti!

—Tampoco te vengas arriba, solo te vas a quitar el pantalón —bromeó Jessica.

Y entonces sucedió que el señor Swift se desabrochó el pantalón y apareció un bulto descomunal que pujaba por debajo de la camisa italiana. Una protuberancia tal que desde luego que Jessica no había visto en su vida.

—Me siento ridículo estando en calzoncillos contigo, pero creo que tienes razón... —opinó Chris—. Lo más sensato es que deje los pantalones secándose.

Y acto seguido, dejó los pantalones a un lado de la chimenea, sobre una silla, mientras Jessica no podía evitar fijarse en las piernas fuertes y fibrosas de su jefe, en su culo redondo y duro, en su espalda ancha...

Y se fijó tanto que tuvo que abanicarse con la mano porque de tanto mirarle y tal vez por el fuego, ella no sabía precisar bien por qué, le entró un acaloramiento súbito de lo más fastidioso.

Luego Chris, tras dejar el pantalón secándose, se giró y de esa forma Jessica tuvo otra vez frente a sus ojos esa cosa enorme pujando entre las piernas de su jefe.

Era tan impactante que de repente se le pasó por la cabeza la idea de cómo sería tener eso dentro, de cómo sería hacer el amor con él, aunque al instante rechazó ese pensamiento y concluyó que a ella qué le importaba.

Así que retiró de inmediato la vista de la protuberancia y, cogiendo la manta que estaba descansando sobre el reposabrazos, se la pasó y le sugirió para no que no le asaltaran más pensamientos absurdos:

—Tápate con la manta...

Capítulo 11

Chris se tapó con la manta porque tenía frío y sobre todo porque esa mujer le ponía tanto que lo suyo no se bajaba ni pensando en cosas terribles.

Cosas como que iban a quedarse atrapados en ese lugar por días y días, que lo pensó y con mucha insistencia; pero nada, seguía duro como el titanio.

Así que la manta le vino de maravilla y también a Jessica que, sentada junto a él en el otro extremo del sofá de tres plazas, también se tapó:

—Esto me recuerda a cuando nos sentábamos en casa delante de la chimenea y papá nos contaba historias de miedo —recordó Jessica—. Era muy divertido, lo echo de menos, la verdad.

—Yo no tengo esos recuerdos, de estar reunidos con los míos al calor del fuego o de lo que fuera. Mi padre siempre estaba trabajando y mi madre es un prestigiosa cirujana que tampoco paraba mucho en casa. Luego como siempre he sido un insoportable, las niñeras no aguantaban demasiado así que no pude encariñarme con ninguna...

Jessica lamentó que su jefe hubiera pasado una infancia tan triste y solitaria, a tenor de lo que contaba, y preguntó:

—¿No tienes hermanos?

—Soy hijo único y me he criado solo. Mis primos estaban en Europa, con mis abuelos, así que bueno... Desde bien pronto aprendí que no necesitaba a nadie —respondió mirando al fuego apretando fuerte los labios.

Y los apretó porque no quería confesarle a Jessica las lágrimas que le había costado aprender esa lección.

—No creo que fueras tan insoportable, lo que pasa es que necesitabas a los tuyos —apuntó Jessica.

El señor Swift, alzando una ceja y retándola con la mirada, replicó:

—No te pongas ahora a psicoanalizarme que lo aborrezco. Demasiada terapia tuve que soportar en mi infancia y juventud —reconoció con un rictus de amargura.

—Solo es sentido común, es normal que un niño necesite el cariño de sus padres, compartir con ellos...

—Con quien compartía era con mi abuelo Paul, era como John Wayne, un tío hosco, bravo, duro y trabajador, con un sentido muy estricto del deber y de la justicia. Murió cuando yo tenía diez años y fue el palo más grande de mi vida. Él era todo, mi Dios y mi amigo, mi referente y mi ejemplo, mi guía y mi héroe. Y cuando él se fue, sentí que una parte de mí también había muerto.

—Seguro que sigue contigo... Yo también adoré a mi abuela Fiona que murió hace un par de años, pero no he dejado de sentirla. Sé que está conmigo, sé que me protege y que me cuida, como cuando estaba viva.

—Soy demasiado frío y racional como para sentir nada parecido. Pero ojalá que sea así y que sigan con nosotros de alguna forma.

—Estoy convencida de que sí. Tu abuelo jamás te ha dejado...—aseguró Jessica emocionada, echándose un mechón de pelo hacia atrás.

—Dicen que me parezco a él, pero jamás en la vida le llegaré a la suela de los zapatos. Era un hombre hecho a sí mismo, leal, franco, valiente, decidido, sabio y justo, que solo necesitaba mirar unos instantes a una persona a los ojos para saber cómo era. Y jamás se equivocaba, menos conmigo...—recordó Chris con los ojos brillantes de recordar a su abuelo.

—Pues yo creo que te pareces a él. Tienes todas esas cualidades que has mencionado y no te lo digo por adularte. Lo odio, además...

Chris miró a Jessica y, negando con la cabeza, reconoció:

—Contigo no he sido justo, ni tampoco valiente...

—Creo que sí. Me exprimes como un limón, pero me pagas bien. Eres

justo, y en cuanto a la valentía... has tenido narices para decirme que no paras de pensar en mí. Cosa que de verdad me parece de ciencia ficción...

—No me hables, para mí es inexplicable. Pero no me estoy refiriendo al físico, no eres una modelo pero ni falta que te hace. Eres una chica preciosa...

Jessica abrió los ojos como platos y replicó porque para nada esperaba que le dijera algo así:

—Creo que es el primer halago que escucho de tu boca.

—Soy como tú, los detesto. Te estoy diciendo la pura verdad.

—Vaya, gracias —repuso Jessica con una sonrisa enorme—. Pero ¿por qué has dicho antes que tu abuelo se equivocó contigo?

Chris resopló porque la sonrisa de esa chica era sencillamente maravillosa, era tan dulce y al mismo tiempo era tan sexy que como siguiera así iba a acabar con un dolor en sus partes tremendo.

Y es que le ponía demasiado... tanto como no le había puesto nadie en su vida. Tal vez fuera por sus ojos enormes y preciosos, su boca de fresa o porque pasaba de él como ninguna mujer lo había hecho.

No tenía ni idea, pero que le ponía era un hecho tan palpable que tuvo que levantar una rodilla para ahuecar un poco la manta y que Jessica no se percatara de la excitación que tenía encima.

Después, respondió a la pregunta que ella le había hecho con una punzada de dolor en el corazón.

Porque, aunque todo el mundo pensara lo contrario, él también tenía corazón. Un corazón que tenía bien blindado, porque se negaba a que nadie se lo rompiera.

—Mi abuelo fue muy feliz con mi abuela, yo desgraciadamente no la conocí, pero cuentan que era una mujer buena, noble, cariñosa, afable, entregada y generosa a la que quería todo el mundo. Él siempre decía que yo

algún día encontraría una mujer así y que sería igualmente de feliz, que tendría mi propia familia y que llenaría mi casa de niños... Yo creo que me lo decía porque estaba siempre solo. Mis otros abuelos y mis primos estaban lejos y en el colegio solo tenía enemigos...

—Algún amigo tendrías... aunque fuera uno.

Chris negó con la cabeza y confesó arqueando una ceja:

—Ni uno. Peleaba con todos. Tengo un carácter dominante y territorial, como un lobo, que me lleva a enfrentarme con todo el mundo. Siempre quiero ganar y el precio es estar solo. Lo tengo muy asumido. Pero mi pobre abuelo siempre me decía para consolarme que iba a tener la misma suerte que él, que algún día encontraría a una mujer tan extraordinaria como mi abuela con la que formaría una familia maravillosa, una gran familia, en la que jamás iba a sentirme solo.

—Y seguro que acabará sucediendo...

Chris sintió tal nudo en la garganta, que se levantó a por una botella de vino, que agarró junto con el par de copas y el abridor y replicó tras sentarse otra vez junto a ella:

—Para que suceda tendría que creer en el amor y a estas alturas de la vida creo que existe la atracción, el apego, el cariño... y que puedes encontrarlo en distintas personas... Pero que una sola te llene en todas las esferas y que eso sea tan bueno como para que sea para siempre, uf, me parece imposible. Mi abuelo tuvo mucha suerte, pero yo sé que no voy a ser tan afortunado.

Chris abrió la botella y llenó las copas de vino...

—Yo no suelo beber a estas horas, pero... —comentó Jessica mientras cogía la copa.

—Yo tampoco, pero necesito un trago —dijo él dando un buen sorbo.

Y es que se estaba abriendo a Jessica más de lo que lo había hecho jamás con nadie... Hablar de su infancia, de su abuelo, de sus expectativas en lo

sentimental... aquello desde luego que era demasiado para él.

—Te acompaño. Y en cuanto al amor, claro que existe... Por ejemplo, mira este vino... Está aquí gracias a la buena fe y a la generosidad de alguien... Eso es amor...—concluyó Jessica.

—Hay gente que es buena, pero yo estoy hablando del amor en pareja.

—El amor de pareja existe, lo que sucede es que no ha aparecido aún la persona adecuada —comentó Jessica tras dar un sorbo al vino tinto que estaba delicioso.

Chris se quedó mirándola y solo pudo decir lo que se le estaba pasando por la cabeza en ese justo instante:

—¡Qué cretino fue tu cocinero francés! No entiendo cómo pudo dejarte escapar... Conozco a tantas mujeres y tú eres tan diferente a todas, eres tan auténtica, señorita Cooper, que es una pena que no crea en el amor, porque tienes todo para que me enamorara de ti y formara una familia enorme como la que mi abuelo deseaba para mí.

—Enorme desde luego, para empezar seis cuñados... —bromeó divertida.

Luego como tenía sed y el vino estaba tan bueno, se bebió la copa del tirón y dejó que su jefe la llenara otra vez.

—Ya, pero lo nuestro es de todo punto imposible.

Y tras decir esto, Chris que acababa de apurar su copa, se la llenó otra vez con una pena absurda latiendo en su pecho.

Jessica le miró y percibió la tristeza en la mirada de ese lobo, que parecía más frágil y vulnerable que nunca. Y lamentó tanto verle así, que decidió cambiar de tema:

—¿Por qué no brindamos por algo bonito?

Chris entonces le clavó la mirada y dijo con una mezcla de dolor y rabia:

—Brindemos por el amor que yo jamás conoceré...

Capítulo 12

Jessica negó con la cabeza porque ese brindis era de todo menos bonito y volvió a insistir:

—¡Por favor, brindemos por algo menos deprimente!

—Por mí no te preocupes, lo llevo fenomenal... —replicó Chris encogiéndose de hombros.

—Sí, por eso tienes ese punto de tristeza en la mirada, porque lo llevas fenomenal.

—Es por recordar a mi abuelo... —mintió Chris, mintió porque sabía perfectamente que no era solo por eso.

Y aunque él era un fanático de la verdad, no quería ir más allá. Y menos con dos copas de vino y estando a solas con esa mujer maravillosa.

Jessica alzó su copa y dijo mirando a su jefe con mucho cariño, tanto que él se conmovió porque jamás nadie le había mirado así en su vida:

—Brindemos entonces por los abuelos, por esas personas maravillosas a las que queremos siempre y a las que pedimos que nunca dejen de velar por nosotros.

Chris emocionado hasta extremos que él consideró ridículos, porque tenía unas ganas de llorar tremendas, levantó la copa y la chocó con la de Jessica que también estaba con los ojos vidriosos.

—Por ellos —masculló Chris.

Y luego tras dar un buen sorbo a la bebida, sintió como dos lagrimones enormes recorrían su rostro.

Muy avergonzado, se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y se lamentó:

—¡Joder, Cooper, me has hecho llorar! ¡Maldita sea! Lo que jamás

lograron los terapeutas hurgando en mi interior, lo has logrado tú con un brindis.

Jessica que también estaba llorando, se enjugó las lágrimas con los dedos y aseguró:

—Llorar es bueno, de vez en cuando hay que soltar lastre. Y me temo que tú hace mucho que no lo haces.

—No puedo permitírmelo, además de qué sirve lamentarse... Nada puede hacer que mi abuelo regrese, mis lágrimas no van a hacer que mi infancia cambie, o que deje de sentir un vacío muy profundo, algunas veces, algunas noches...

Y tras decir esto, que jamás se había atrevido a confesar a nadie, se bebió la copa del tirón:

—Yo también me he sentido así, algunas veces, pero siempre me agarro a la fe. Rezo y de alguna manera recobro las fuerzas y la esperanza...

—Dejé de creer en Dios cuando perdí a mi abuelo, no sabes cuánto recé para que no se lo llevara y no me escuchó. No se lo perdoné... Era un niño así de engreído y de soberbio, pero no le perdoné. Y no volví a rezar jamás... Me aparté de la fe —confesó él, dejando la copa en el suelo.

—Y ahora no puedes con tanto vacío...

—Solo lo siento a veces, tampoco es algo grave. El trabajo lo llena todo y vivo consagrado a mi empresa. Está todo bien.

Jessica dio un sorbito a su copa de vino y con la vista puesta en el fuego, confesó:

—Pues mi vida no está bien, duele demasiado tener el corazón roto...

—¿Todavía te duele? —preguntó Chris sintiendo una rabia tremenda por ese cocinero francés.

—Ya no me duele él, ni la traición, ni la decepción, ni lo del dinero... Ahora lo que más me pesa es la soledad... Mi familia y mis amigos están en

Chicago, aquí tenía a mis amigas de la empresa pero apenas tenemos contacto. Desde que regresé de París, no he hecho otra cosa que buscar trabajo y una vez que lo encontré, no he cesado de trabajar y trabajar duro hasta los domingos. Me exiges demasiado, señor Swift, pero te advierto que es mejor así porque de esa manera no me da tiempo ni a pensar en la vida de mierda que llevo.

Y tras decir esto, Jessica se bebió la copa de vino entera, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Sé que soy un jefe cabronazo y tal, pero estoy aquí... Quiero decir que sola no estás... —musitó Chris con un nudo en el estómago tremendo.

—Sí, tú siempre estás ahí para tocarme las narices. Lo sé, señor Swift...— bromeó ella divertida.

—Creo que voy a tomarme otra copa, porque tal y como están las cosas, me temo que no vamos a poder salir de aquí hasta mañana. Y como no tengo que conducir...

—Yo me tomaría otra, pero me está entrando un mareillo que creo que es mejor que lo deje aquí antes de que siga diciendo tonterías —reconoció Jessica removiéndose en el asiento.

—Tú nunca dices tonterías, eres la mujer más lúcida que conozco.

—A eso también tengo miedo, otra posibilidad si sigo bebiendo es que empiece a bombardearte con verdades como puños. Y no me conviene en absoluto...

Chris la miró esbozado media sonrisa y afirmó:

—Puedes decirme lo que quieras.

—Pues no sé yo, porque entre el madrugón que me he pegado y el vino, me está entrando un sueño...

Jessica cerró por un momento los ojos, luego los abrió y se encontró con que su jefe estaba mirándola con una cara muy rara. Si bien no le dio

importancia y luego él le propuso:

—Si quieres nos bombardeamos a verdades por turnos.

Jessica se echó a reír y él también, porque esa chica tenía una risa contagiosa, y seguidamente ella sugirió:

—Si quieres empiezo yo...

—Por favor...

Jessica respiró hondo y luego confesó, tras echarse la melena a un lado:

—Llevo meses fingiendo que soy más fuerte de lo que realmente soy. Necesito tanto un abrazo, pero no me atrevo a llamar a nadie porque sería como claudicar, prefiero que piensen que estoy bien y así tal vez yo me convenza de que lo estoy. No sé si me explico...

—Perfectamente, y mira que yo soy torpe para estas cosas de las emociones.

Jessica que cada vez estaba más mareada se fue deslizándose poco a poco con el tronco hacia el lado donde estaba su jefe y replicó:

—Me dejas muerta, porque hasta hoy creía que no tenías corazón, pero sí que lo tienes... —Luego, se acercó más a él y le tocó con el dedo índice en el pecho, justo donde tenía el corazón—. Está ahí, lo tienes bien protegido bajo capas y capas de orgullo y malas pulgas, pero está...

Chris al sentir el dedo de esa chica sobre su pecho sintió un estremecimiento de la cabeza a los pies, que le hizo dar un respingo y acercarse más ella, tanto que los muslos podían rozarse...

—Y lo has descubierto por culpa de esta maldita nieve... —farfulló él, con la vista puesta en la boca jugosa de Jessica.

—¿Por qué me miras a los labios? ¿Los tengo manchados?

Él la miró entonces a los ojos y respondió con el corazón latiéndole muy fuerte:

—Solo puedo decir la verdad, ¿te atreves a escucharla?

—Si es que tengo bigote, te ruego que te calles, señor Swift. Por tu culpa no tengo tiempo ni de mirarme al espejo de aumento.

El señor Swift sonrió y habló mirándole otra vez a los labios:

—Te miro porque tienes una boca preciosa que me muero por besar.

Ella con el mareílo del vino, sintiéndose flotar como en una nube, soltó una carcajada y luego exclamó:

—¡Y luego dices que no eres valiente! ¡Madre mía!

—Perdona por mi sinceridad, pero es lo que siento...

Chris sonrió encogiéndose de hombros y ella mirándole a los labios también confesó:

—Tú también tienes unos labios muy bonitos, te pones mucho más guapo cuando sonríes, deberías hacerlo más.

Chris sonrió, con una sonrisa enorme y perfecta, y replicó:

—Pero arruinaría mi reputación, entiende que no puedo hacerlo mucho.

Ella sin dejar de mirarle a los labios y dejándose llevar por el dulce mareílo provocado por el vino, que ya se le había subido del todo, se acercó más a él, tanto que los labios se quedaron a un par de centímetros y luego confesó:

—Me gustan tanto los besos, señor Swift. Esa es otra gran verdad, así que si quieres: bésame... —pidió, poniendo morritos.

Y así se quedó, con los ojos cerrados y los morritos fruncidos, mientras el señor Swift exclamaba:

—¡Échate mejor una cabezada, Cooper! Solo beso a mujeres sobrias...

Capítulo 13

Jessica se despertó unas horas después, a las seis de la tarde, con las cervicales tronchadas y un regusto amargo en la boca.

Ya era de noche y el señor Swift leía un libro, bajo la luz de una vela, sentado junto a la mesa.

—¡No entiendo cómo he podido dormir tanto! ¡No me tenías que haber dejado! Eso sí, menos mal que no me duele la cabeza, solo tengo el estómago revuelto y el cuello fatal... —informó Jessica que acto seguido le preguntó —: ¿Qué lees?

—Byron, en lo alto de la alacena hay unos cuantos libros.

—No te pega nada leer poesía. Imagino que lo has escogido porque no había otra cosa.

El señor Swift cerró el libro y, negando con la cabeza, le contó:

—Puedo recitarte a Byron de memoria, lo que más me gusta es la poesía.

—Como te ocultas bajo ese disfraz de lobo, entiende que piense que...

—No es un disfraz, lo soy. Pero también me gusta la poesía.

—Ya... —Entonces Jessica recordó lo último sucedido antes de quedarse dormida como un tronco y añadió—: Oye, antes cuando quise besarte...

—No tienes que decir nada, para mí no ha pasado nada —repuso Chris convencido, porque él no quería que le besara esa mujer borracha. La quería lúcida y entera, pero no podía ser.

—Es que me gustaría aclararte que como estábamos jugando a decir verdades importantes, que me gustan los besos es una grandísima verdad. Me encanta besar, pero así en genérico... Lo que pasa es que como estaba un poco confundida con el vino me dio por pedirte que me besaras, pero mi intención...

El señor Swift la miró con el ceño fruncido y le exigió:

—¡Déjalo ya, Cooper! Te repito que no ha pasado nada. Y ahora dime qué quieres de comer, yo me he abierto un par de latas de la alacena.

Jessica agradeció que su jefe no le hubiera dado importancia a lo sucedido y se excusó:

—Lamento que se me subiera el vino a la cabeza, como lo tomé sin comer nada y tenía tanta sed... Fue un error, señor Swift, no se volverá a repetir. Y en cuanto a la comida, creo que voy a coger un sándwich de los que he traído. Si quieres uno...

—Lo que no entiendo es para qué te traes comida si se supone que íbamos a almorzar con ese maldito bodeguero.

—Soy previsora, lo aprendí de mi madre. Cada vez que salíamos de excursión, aunque fuéramos a almorzar a algún restaurante modesto, llevaba el bolso lleno de víveres, por si pasaba algo. El restaurante podía estar lleno, el automóvil podía estropearse, en fin... ante cualquier contingencia mi madre siempre está preparada y yo también —aseguró mientras se levantaba, abrió el bolso y sacaba un par de sándwiches.

El señor Swift se acercó a ella, tomó uno de pavo y manzana y luego comentó:

—Celebro que tu madre te haya inculcado esos valores porque las latas de garbanzos no están muy allá.

Jessica sacó la botella de Coca-Cola y la dejó sobre la mesa:

—No soy una gran cocinera, pero los sándwiches se me dan de maravilla.

Chris dio un buen bocado a su sándwich y lo cierto era que estaba delicioso:

—No está mal, Cooper. Nada mal...

Jessica vertió el refresco en las copas donde habían bebido el vino y replicó:

—La casa te está trastornando definitivamente porque no paras de enlazar un elogio con otro. ¡Estás irreconocible, señor Swift!

—Estoy rendido a mi suerte, he llamado a los servicios de emergencias, a la aseguradora y hasta mi madre que es una fanática de la sección del tiempo en la televisión. Todos dicen que esto no remite hasta mañana, así que me temo que nos va a tocar pasar la noche aquí.

—Estaba dormida como un tronco, por lo que no me he enterado de nada. Pero si es así, perfecto. No sé si te has percatado que el sofá es cama, en mi casa de Chicago todavía tenemos uno así, para las visitas...

El señor Swift agarró la copa con el refresco y dio un buen trago porque de repente se le cerró la garganta solo de pensar en que iba a tener que compartir lecho con ella.

Después carraspeó un poco y habló con su sinceridad habitual:

—Después de mi infame confesión, ¿no pensarás que vamos a dormir juntos? Porque mi respuesta es no, de todo punto... Tú dormirás en el sofá y yo me quedaré leyendo hasta que vengan a buscarnos.

Jessica se negó en rotundo y habló para que no le quedara ninguna duda:

—No seas absurdo, somos dos adultos que saben comportarse. Que me hayas confesado que te atraigo no cambia para nada nuestra relación. Y bien pensado a mí también me parece que eres muy atractivo...

El señor Swift arqueó una ceja y con media sonrisa replicó:

—Pero no pasa de ahí, lo mío es más fuerte... Te cueles en mis sueños y esas cosas...

—El inconsciente es muy poderoso, pero tu cerebro consciente sabe que yo tengo el corazón roto y que no estoy para líos. Así que no seas bobo y ni se te ocurra pasar la noche en esa silla de madera. Necesitas descansar, para mañana estar a tope para la reunión con Edward.

El señor Swift se terminó el sándwich y luego le pidió otro, mientras

pensaba que después de todo Jessica tenía razón. Estaba tan claro lo que había entre ellos que tampoco pasaba nada si compartían el espacio reducido de un sofá cama.

Además estaba tan agotado después de todo lo que había pasado que decidió hasta que era lo más sensato. Todavía les quedaba un buen trecho para llegar a los lagos Finger y lo mejor era conducir descansado.

Así que después de que se comieran todos los sándwiches, acabaran con el refresco y estuvieran charlando hasta casi las once de la noche frente al fuego, desplegaron el sofá para que se hiciera cama y vestidos se tumbaron y se taparon con la manta.

—Con el tronco grueso que acabo de echar, la lumbre va a durar toda la noche... —informó Chris con la vista clavada en el techo.

Jessica se puso entonces de perfil, le miró pensando que no se podía ser más guapo y dijo sin pelos en la lengua:

—Eres el compañero de cama más atractivo que voy a tener jamás.

El señor Swift se giró y arrugando el ceño replicó con sus malas pulgas habituales:

—¡Duérmete Cooper, deja las bromitas para mañana!

—Es la verdad, eres guapísimo...

Y se quedó mirando esos ojos profundos y brillantes, tan verdes, a esa nariz recta, el poderoso mentón, la boca que era sencillamente perfecta y Jessica sintió algo extraño.

Realmente no era extraño, era algo tan común como unas ganas absurdas y ridículas de besarlo, tal vez porque le gustaban los besos, se dijo para sí.

Y tal vez porque ese hombre era guapo hasta decir basta y tal vez porque ella hacía bastante que no tenía una intimidad así con alguien...

Y es que con Pierre, en su último año de relación, trabajaban tanto que se metían en la cama y se quedaban dormidos al instante...

Claro que Pierre cubría sus necesidades sexuales con su asistente, como supo después, si bien ella siempre le fue fiel hasta el final...

Y desde entonces tampoco había estado con nadie, así que era normal estar acostada frente al monumento de su jefe y sentir ese deseo de besarlo...

—¡Deja de mirarme como si fuera una estatua de un museo y duérmete, Cooper! —le exigió el señor Swift—. Buenas noches...

Ella pensó que era lo mejor y, tras desearle buenas noches, se incorporó un poco para darle un beso en la mejilla, un beso de lo más casto y fraternal, que le nació del alma, como hacía con sus hermanos o con sus padres.

Pero la mala fortuna, o la buena, según se mire, hizo que en el último instante el señor Swift girara la cabeza y Jessica acabara besando los labios maravillosos de su jefe.

Y no solo eso, es que después de permanecer unos instantes con los labios pegados, ella los entreabrió y el señor Swift aceptó la invitación.

Invadió la boca sedosa y jugosa de Jessica y el beso se hizo húmedo, profundo y demasiado salvaje...

Más de lo que los dos pudieron imaginarlo nunca, ni siquiera el señor Swift en sus más tórridas fantasías.

Pues esa chica besaba mejor de lo que jamás lo hizo en sus sueños más húmedos...

Capítulo 14

Tras el beso, el señor Swift se quedó mirándola alucinado y le dijo con un tono que sonó como a regañina:

—No puedes besar así, Cooper.

—¿Me vas a castigar? —preguntó ella, con una sonrisa enorme.

—Una chica como tú, con esos principios, tan conservadora, qué sé yo, pensé que besarías de otra manera.

—¿Con los labios bien apretados? Jajajajaja. Pues no, beso así... Y tú también lo haces de maravilla. ¡Qué beso más bueno! Creo que en el ranking de los besos mejores que me han dado ocupas el puesto... Mmmm...

—Si lo tienes que pensar, malo.

Jessica se echó a reír y replicó convencida:

—Es el mejor que me han dado nunca.

—Solo espero que la Coca-Cola no se te haya subido a la cabeza, quiero decir que estés bien lúcida.

—¡Oh sí, totalmente!

El señor Swift respiró profundo y, con un revoloteo en el estómago de lo más tonto, preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Nos dormimos o reafirmo mi posición en tu ranking de los mejores besos?

Jessica pensó que se lo estaba pasando como nunca, que Chris no podía ser más *sexy* y que estaba harta de hacer siempre lo correcto.

Ella siempre había sido una buena chica, había tenido dos novios, Tim en la adolescencia, que se fue con otra, y Pierre que lo mismo...

Jamás había tenido sexo con desconocidos, jamás había tenido amantes, o *follamigos* ni nada parecido.

Ella se había limitado a tener dos novios y encima había acabado fatal.

¿No tocaba ya divertirse un poco aunque fuera con el estirado de su jefe?

Porque la verdad era que lo miraba y las ganas de besarlo iban a más, además lo hacía tan bien, besaba con tanta pasión y con tantas ganas que a Jessica le estaban entrando ganas de todo.

Era como si su cuerpo acabara de despertarse después de un letargo muy profundo y tuviera muchas ganas de marcha...

Y aunque aquello era nuevo para ella, por qué no ir más allá y explorar qué era eso del deseo sin más...

Bueno, realmente sin más no, apreciaba al señor Swift, lo admiraba... Así que no era sexo por el sexo, era sexo por admiración... Y tras pensarlo se echó a reír...

—Perdona —musitó Jessica al señor Swift que la miraba con ganas de hacerle de todo.

Le ardía tanto la sangre que se apartó un poco de ella para no clavarle la tremenda erección.

—Que te perdone ¿por qué... por el beso?

—Es que estaba pensando que esto es algo novedoso para mí. Yo jamás he practicado el sexo sin amor, pero en tu caso: sería una innovación, algo así como sexo con admiración, y de solo pensarlo me ha entrado una risa, que te he pedido perdón. Más que nada para que no pienses que te estoy vacilando...

El señor Swift esbozó una sonrisa y replicó con la voz ronca de deseo:

—Siempre me vacilas, así que no sería ninguna novedad.

—Me reía porque me ha hecho gracia lo del sexo con admiración. Es que es la única explicación que encuentro a esto, porque solo he tenido dos novios. Jamás he dado un beso en la boca a alguien por el que solo siento... pues eso admiración.

—Admiración y odio a partes iguales...

Jessica resopló y le confesó con los ojos muy brillantes:

—Mira que eres pesado, señor Swift, yo no te odio.

—Deja de llamarme señor Swift, llámame Chris. Y no has respondido a mi pregunta de si dormimos o...

Jessica le miró a los labios otra vez que se moría por devorar, luego a los ojazos salvajes y solo pudo responder una cosa:

—Quiero besarte otra vez.

—Pues hazlo, señorita Cooper...

Jessica se acercó a él, tanto que sus labios se rozaron y le pidió entre susurros:

—Llámame Jessica.

Luego lo besó en los labios otra vez y se pegó al cuerpo duro y fuerte de ese hombre que la besaba con una pasión que jamás había conocido.

Se mordieron los labios, las lenguas se enredaron, se besaron hasta quedarse sin aliento, en tanto que Jessica apretaba el pubis contra el miembro durísimo de Chris.

Y así siguieron los besos, húmedos, voraces, salvajes, la lengua de Chris penetró duro la boca dulce de Jessica que comenzó a mover las caderas para frotar su sexo contra la potentísima erección.

Chris deslizó las manos por la espalda de Jessica hasta terminar en las nalgas que acarició y luego presionó para que se pegara más todavía contra la entrepierna durísima.

A continuación, él metió la mano por debajo del grueso jersey de lana que Jessica llevaba puesto hasta que llegó al pecho que apretó hasta hacerla gemir.

Acto seguido, con una destreza increíble, le desabrochó el sujetador y tras acariciar suave los pechos, tironeó un poco de los pezones durísimos hasta

hacerla gemir otra vez.

Jessica que hacía tanto que no sentía tanto deseo ni excitación, casi se muere de placer cuando las manos de su jefe se fueron al botón de su pantalón, lo desabrochó y los bajó lo justo como para colar una mano en sus braguitas empapadas.

Después, Jessica cerró los ojos y se entregó a las caricias de ese hombre en su vulva, tan certeras, tan precisas, en los sitios justo donde deseaba que lo hiciera, mientras que con la otra mano seguía trabajando duro sus pezones.

Luego, la miró y con unas ganas infinitas de penetrarla muy fuerte, Chris enterró un dedo en el interior de ella que gimió ante la invasión.

—Quiero sentir tu orgasmo, Jessica... Déjame que lo sienta...

Chris entonces empezó a penetrarla con más fuerza, hasta que la notó más dilatada y pasó a hacerlo con dos dedos. Y así estuvo un rato, penetrando esa estrechez tan húmeda, hasta que sintió el clítoris tan duro que solo tuvo que golpetearlo unas cuantas veces con el pulgar para provocarle un orgasmo que él sintió perfectamente.

Y mientras ella estaba aún jadeante, Chris le bajó el pantalón, ella terminó de sacárselo con los pies, y luego él descendió a besos desde los pezones durísimos hasta la entrepierna que mordió desesperado.

A continuación, le quitó las braguitas, y volvió al sexo húmedo, lamiendo cada pliegue, regalándole tal placer, que Jessica volvió a correrse otra vez, clavando las uñas en los hombros fuertes de ese tío que iba a volverla loca de placer.

Luego él volvió a besarla con los labios que sabían a ella, cosa que a Jessica le excitó más todavía...

Con lo que era ella que esa clase de besos le solían provocar rechazo, con Chris no solo le gustaban sino que la ponían tanto que le faltó tiempo para desabrochar los pantalones de su jefe y descender a besos hasta la erección

que llevó a su boca.

Chris al sentir la boca jugosa de esa chica en su miembro se puso más duro todavía y empujó un poco para que le sintiera mucho más.

Jessica se empleó a fondo, lamió el glande, lo estimuló cuanto pudo y aceptó ese miembro grande y durísimo hasta la mitad.

Pero quería mucho más... quería devolverle el placer que le había dado y se esforzó por aceptarlo cada vez más profundo...

Y así, poco a poco, con caricias y lengüetazos que a Chris le hicieron gemir como no recordaba, llegó a sentirlo tan dentro que creyó que iba a vomitar.

Pero no lo hizo, consiguió reprimir las arcadas y con dos lágrimas recorriendo su rostro, siguió aceptando y aceptando...

Chris muerto de placer, agarró fuerte del cabello a Jessica y le ayudó empujando la cabeza contra su miembro durísimo a que le tomara hasta el fondo, y así penetrando implacable su boca llegó a un punto en que no pudo más y le dijo con una voz áspera que a Jessica le puso al borde del orgasmo.

—¿Quieres mi leche, Jessica? Estoy limpio, suelo hacerme analíticas con frecuencia, puedes estar tranquila porque...

Jessica que necesitaba esas esencias dentro de ella con una urgencia que no había conocido jamás, le pidió:

—Dámelo, Chris. Dámelo...

Capítulo 15

Chris que jamás había escuchado a nadie pedirle que se corriera en su boca con esa dulzura, esa necesidad y esas ganas, como si le fuera la vida en ello, se excitó tantísimo que solo tuvo que penetrarla duro un par de veces más para que un chorro enorme impactara en el fondo de la garganta de Jessica.

Ella llorando por el esfuerzo, con las mandíbulas más tensas que nunca y feliz por lo que acababa de hacer, tragó esas esencias con los ojos cerrados y luego con la punta de la lengua lamió las últimas gotas que Chris depositó en sus labios.

Fue un gesto tan *sexy* y tan dulce que Chris sintió que se le iba a salir el corazón del pecho...

Y es que a pesar de que había practicado eso miles de veces, en la vida nadie se lo había hecho de esa forma tan entregada, generosa y tierna.

Luego, Jessica se tumbó junto a él, le besó dulce en los labios y le dijo:

—No vas a creerlo, pero es la primera vez que llego hasta el final...

Chris puso los ojos como platos porque le parecía increíble que fuera la primera vez que hacía aquello.

—No tengo palabras, Jessica. Me has dado tanto placer...

—Con mi primer novio era todo remilgos, tenía pavor a quedarme embarazada y la primera vez que lo hicimos le exigí que se pusiera tres condones. Así que imagina cómo era el sexo, siempre con miedo... Y bastante convencional, alguna vez se la chupé pero nunca le dejé que eyaculara en mi boca, a Pierre tampoco... No sé me daba cierto reparo, pero contigo...

Jessica se mordió los labios, le miró a los ojos salvajes de lobo y Chris preguntó:

—¿Conmigo qué te ha pasado? Ábrete Jessica, di como siempre la verdad...

—Nunca había aceptado tanto en mi boca, aparte de que la tienes enorme... Ha sido muy duro, he tenido que controlar las arcadas, por un momento creí que mis mandíbulas no iban a soportarlo, pero estaba tan excitada que quería más y más, y por primera vez en mi vida, he sentido que lo quería todo. Hasta el final... Era como una necesidad primaria, como si me fuera la vida en ello, no sé... Te necesitaba dentro de mí, muy adentro...

Jessica se emocionó al pronunciar esas palabras y luego Chris la besó suave en los labios:

—Así me gusta, que te abras a mí, que me digas lo que sientes y lo que piensas. No te guardes nunca nada, Jess.

A continuación, se despojó la camisa para sentirse bien las pieles, la estrechó fuerte contra su torso duro y trabajado, Jessica sintió incluso el amasijo de músculos de los abdominales, pero ella en absoluto percibió el abrazo como sexual, sino íntimo... Terriblemente íntimo...

Y se aferró fuerte a él, disfrutó ese abrazo que necesitaba tanto y luego, sin poder olvidar cómo le había llamado, preguntó con dos lágrimas recorriéndole el rostro:

—¿Me has llamado Jess? Solo la gente que me quiere me llama así...

—Me ha salido así, ¿te importa? —replicó enjugando las lágrimas con los dedos.

Jessica negó con la cabeza y confesó...

—Claro que no. Y gracias por el abrazo, lo necesitaba tanto...

Chris volvió a abrazarla fuerte y ella se sintió tan bien como no recordaba. Lo mismo que él que jamás se había sentido así con una mujer y que también se había percatado de que lo estaba pasando entre ellos era algo que iba más allá del sexo.

Y es que Jessica era tan especial...

Luego la miró a los ojos preciosos, a la boca tan generosa y confesó emocionado:

—Has trabajado tan duro para mí, me has dado tanto placer... —musitó él, acariciando con el dedo índice los labios sedosos.

—Jamás pensé que sería capaz de hacer algo así... —susurró ella.

Luego Jess se quedó con los labios entreabiertos y él empujó el dedo índice hasta introducirlo entero dentro de la boca cálida y acogedora.

—Lo has sido, Jessica. Eres capaz de todo... —le recordó mientras ella le lamía el dedo y luego aceptaba que la penetrara otra vez, lento y profundo.

Y no fue solo con un dedo, porque Chris después introdujo también el dedo medio y así estuvo un rato hasta que los dedos quedaron bien empapados de saliva.

Entonces, Chris para mostrarle hasta dónde podía llegar le pidió que se pusiera de pie.

Ella lo hizo y él, tras poner unos plásticos que había junto a la alacena en el suelo, se situó detrás de ella y deslizó la mano hasta el pubis que presionó hasta hacerla gemir.

—Voy a darte mucho más placer, Jess... Déjame que lo haga...

Ella se entregó a esas caricias, echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el pecho fuerte de Chris y justo entonces él enterró dos dedos dentro de ella.

Jess jadeó estremecida, entregada al placer, que se hizo más intenso cuando Chris empezó tirar de los pezones con la otra mano.

Pero la cosa no quedó ahí, porque después de penetrarla con los dedos un buen rato, empezó a estimularle el punto G como jamás lo había hecho nadie.

—Pierre me había tocado por ahí, pero jamás he conseguido eyacular... —le advirtió ella, que dedujo lo que Chris quería hacer por los plásticos que había colocado a sus pies.

—Yo no soy Pierre —le recordó molesto porque ese tío a esas alturas le caía fatal.

—Lo sé, porque él jamás me acarició así. Creo que voy a derretirme... —masculló muerta de placer.

—Ya estás derretida, Jess. Estás tan mojada, ¿notas lo fácil que entran mis dedos? Eres pura mantequilla...

Chris entonces se arrodilló ante ella y a lengüetazos devoró la vulva, mientras Jess no paraba de gemir...

Y así siguió, hasta que decidió darle más, y la penetró otra vez con los dedos, le acarició otra vez ese punto, en tanto que con la lengua lamía con fruición el clítoris durísimo.

Y ahí Jessica se desbordó, gritó, lloró, gimió, porque aquello era tan insoportable que de nuevo tuvo que clavar las uñas en los hombros fuertes de Chris, que solo tuvo que golpetear el clítoris con la lengua un par de veces para arrancarle un orgasmo bestial.

Pero lo mejor vino a continuación ya que mientras Jess seguía estremeciéndose con las contracciones del orgasmo, él presionó más fuerte el punto G y entonces ella se desbordó.

Una sustancia viscosa y lechosa brotó del interior de Jessica con tal fuerza que hasta salpicó el rostro de Chris...

—¡Dios no puedo creerlo! —susurró ella, emocionada, mientras seguía derramándose.

Chris lamió las esencias de esa mujer maravillosa con la punta de la lengua, orgulloso de lo que acababa de suceder, y le pidió:

—Gózalo, Jess, es tuyo y solo tuyo.

Y tras decir esto, le apretó fuerte la vulva con la palma de mano, vigorosa, ancha, tremendamente varonil, y después le dio unos golpecitos, implacables y certeros, que le hicieron no solo orgasmar, sino eyacular otra vez un buen

chorro de esencias...

Exhausta, mareada, sin creerse aún lo que había pasado, Jessica se quedó de pie, mientras él salía con un cubo a por nieve.

Luego regresó, lo puso a calentar junto al fuego hasta que se transformó en agua caliente y con unos clínex que ella llevaba en el bolso la limpió con mucha delicadeza y cuidado.

Y nuevamente aquello fue tan íntimo y tan tierno, se creó entre ambos una atmósfera de tal complicidad, como jamás habían sentido con nadie en la vida. Pero no dijeron nada...

Después, exhausta y saciada, como jamás lo estuvo con ninguna de sus parejas, Jessica volvió al sofá, donde se abrazó fuerte al hombre que le había dado tanto placer y confesó:

—Tú estás acostumbrado a esto y para ti será algo normal. Pero yo estoy en una nube, no te miento si te digo que ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Él la miró con el corazón latiéndole muy fuerte y dijo también la verdad:

—Para mí no es algo normal, Jess. Para mí ha sido la experiencia más hermosa de mi vida. Y créeme que tampoco te miento...

Jessica sabía que decía la verdad porque no había más que mirarlo y, feliz como no recordaba, cerró los ojos y se quedó dormida abrazada a él...

Capítulo 16

En cuanto entraron los primeros rayos de sol por la ventana, Chris se despertó con Jessica en sus brazos y creyó que estaba soñando.

Pero sintió su aliento en la piel, su respiración profunda y pausada, su delicado aroma a flores frescas y supo que era cierto.

No tenía ni idea de cómo había sucedido aquel milagro, pero esa mujer maravillosa había pasado la noche desnuda en sus brazos y eso no iba a olvidarlo jamás.

Aunque ella se arrepintiera en cuanto abriera los ojos, porque estaba convencido de que era lo que iba a pasar, él iba a llevar grabado a fuego esa noche en su piel y en su retina.

Jessica había sido tan dulce, una amante tan entregada y generosa, tan preciosa y tan tierna, tan *sexy* y tan pasional, que desde luego que estaba seguro de que jamás iba a conocer una mujer como ella.

Además no solo podía gozar con ella como con nadie en el sexo, sino que se había abierto con Jess más de lo que lo había hecho con nadie. Le había mostrado su peor rostro, había sido un auténtico cabrón con ella, también le había mostrado su parte más vulnerable, y no se había ido corriendo.

Había logrado que sus malos modos de ogro del bosque le resbalaran y cuando le había hecho confesiones más íntimas y personales, le había escuchado con empatía y respeto.

Y después... se había entregado a él sin reservas dándosele todo.

No podía tener tanta suerte, de verdad que un tío tan cerdo como él no lo merecía, pensó mientras no dejaba de mirarla.

Y en esas estaba cuando Jessica despertó, le miró con los ojos entornados y sonrió de una manera que no pudo resultar más simpática y ni más dulce.

Pero con todo, temeroso de que hubiera despertado arrepentida, preguntó:

—Buenos días, ¿todo bien?

Jessica le besó suave y lento en los labios y respondió tras lanzar un suspiro profundo:

—De maravilla...

Chris sin dar crédito a lo que estaba escuchando quiso saber muerto de la ansiedad:

—¿Estás segura?

Ella hizo una mueca muy graciosa, entre pícara y divertida, y luego reconoció:

—Tengo los pezones y mi sexo muy sensibles, pero después de lo que hicimos anoche...

Entonces Chris por fin se atrevió a preguntar...

—¿Y no te arrepientes?

Ella negó con la cabeza y, con una sonrisa enorme, respondió:

—¿Cómo voy a arrepentirme de la mejor sesión de sexo de mi vida? Y eso que no follamos, que eso contigo ya debe ser el acabose... Con razón tienes a legiones y legiones de mujeres suspirando por ti.

—Cuando tienes una abultada cuenta corriente es fácil que suspiren por ti —precisó Chris, sin darle mayor importancia.

—Lo que dices es falsa modestia, tú sabes que eres carismático, inteligente, ambicioso, tenaz, trabajador infatigable y además terriblemente *sexy*, guapo, con cuerpazo, gran amante...

—¡Para, por favor! Prefiero que me digas que soy un lobo, cabronazo y desalmado. Me siento mucho más cómodo que con todos esos adjetivos que no van a ninguna parte.

Jessica sonrió, se le iluminó la mirada y reconoció:

—Créeme que todo lo que digo es cierto. Para que te hagas una idea: he

orgasmado contigo en una noche más que con Pierre en el último año.

—¡Qué tonto ese Pierre, de verdad que cada vez que me cuentas más cosas de él, le tengo en peor estima!

—Tal vez fui yo, estaba siempre agotada, me metía en la cama y me quedaba sopa. Y así se pierde la pasión...

—No me digas que vas a justificar que se liara con su asistente —le interrumpió Chris, temiéndose lo peor.

—Fue una deslealtad, pero a lo mejor le empujé a hacerlo.

Chris negó con la cabeza y, dando un manotazo al aire, dijo:

—Tú no tienes culpa de nada, la relación se desgastó y él en vez de hacer frente a la crisis y ponerle remedio, o cortar por lo sano, tomó el camino de la traición. No es nada honesto lo que él hizo, Jess.

—Él me dijo que no quería hacerme daño, que no me contó nada para no herirme, que antes que de romper quería asegurarse de que lo sentía por su asistente era algo más que sexo...

Chris respiró hondo y le confesó con una tremenda erección, porque era verla, olerla, sentirla y ya estaba empalmado.

—Te voy a contar algo, desde que apareciste en mi vida, excepto la primera semana que estuve con un par de amigas porque no sabía cómo arrancarte de mi mente, no he podido estar con nadie más. Tú lo ocupas todo, lo llenas todo, y no puedo hacer nada para remediarlo. Pienso que si tu pareja se fue con otra es porque la relación estaba ya rota...

Jessica se quedó pensando y solo pudo replicar:

—Puede ser, pero me he culpado tanto estos meses... Sentía que yo era la que lo había estropeado todo, por trabajar tan duro, por volcarme tanto en la empresa y descuidar la relación.

Chris le cogió el rostro por la barbilla, porque Jessica acababa de bajar la vista y le aseguró:

—Tú hiciste lo correcto, el que lo hizo fatal fue él, y además te recuerdo que se quedó con tus ahorros.

—Pero me lo va a devolver cuando el negocio empiece a recuperar la inversión.

—El dinero no es lo importante, ya estás ganando bien en mi empresa, y eres muy lista, tienes olfato, en cuanto juntes un poco de dinero puedes empezar a invertir y vas a recuperar ese dinero en poco tiempo. Lo jodido es la culpa que sientes y que te hayas cerrado al amor por ese cabrón. Me da tanta rabia, Jess... ¡Ojalá que pronto pases página y te abras a todo sin miedo, que te liberes de esa carga que no mereces!

Jessica le besó otra vez en los labios, sintiendo que tenía enfrente a un amigo, porque la verdad era que le hablaba como tal:

—¡Madre mía, al final vas a resultar un buen tipo y todo! Gracias por tus palabras, Chris, que no pueden ser más sabias y sensatas.

Chris le devolvió el beso haciéndolo más húmedo, con lengua y todas sus ganas y luego confesó con los labios pegados a los de ella:

—Esto que estamos haciendo tal vez no sea nada sensato ni cuerdo. Y no sé si soy un buen tipo, creo que no... A lo mejor un buen tipo tendría que haberse negado a que pasara esto entre nosotros.

—Quería que sucediese y tú creo que también...

Chris le dio un beso en el cuello, lento y dulce, y luego le susurró al oído:

—Me moría de ganas, quería que pasara, era un sueño... Aunque la realidad ha resultado mejor que cualquiera de mis sueños. Lo que me pregunto es qué pasará ahora...

Jessica se estremeció de la cabeza a los pies con ese beso y tuvo claro que para nada quería que aquello terminara en esa cabaña. Ella quería volver a sentir los besos de Chris por todo su cuerpo, quería seguir experimentando, sintiendo, disfrutando del sexo como no lo había hecho en su vida, así que le

dijo:

—Si lo dices porque no crees en el amor, por mí no hay ningún problema. Contigo he descubierto que puedo disfrutar del sexo sin que haya una relación afectiva o amorosa, solo de admiración, como te dije...

A Chris no le gustó demasiado esa respuesta, pero como dejaba completamente abierta la posibilidad de volver a tener un encuentro como ese, replicó mirándole a los ojos:

—Entonces, tal vez podríamos pasar otra noche juntos...

Jessica ni se lo pensó y respondió con ganas de descubrirlo todo junto a él:

—Todas las que quieras.

Y justo en ese instante sonó el teléfono de Chris, que de mala gana se levantó a por él y comprobó que eran los de la aseguradora para comunicarle que en quince minutos acudirían a su rescate.

Chris sintió una pena tremenda, porque se habría pasado en esa cabaña la vida entera junto a Jessica...

Así sin más, desnudos, con fuego y velas, solos en medio de la nada, pero entregándose con una verdad que según él debía de parecerse mucho a la de los que se aman...

Capítulo 17

La grúa se llevó el automóvil a un taller de reparaciones y la aseguradora les facilitó otro deportivo con el que por fin llegaron a los lagos Finger.

El temporal de nieve remitió y aunque hacía frío, muchísimo frío, lucía un día soleado y precioso cuando llegaron a las bodegas de Edward Thomas.

El joven salió a recibirlos, muy cordial, y para gusto de Chris excesivamente gentil y simpático con Jessica.

Es más, le pilló unas cuantas veces mirándole a los pechos y tuvo que hacer un ejercicio tremendo de contención para evitar preguntarle que qué le pasaba.

Aunque bien pensado al que le pasaba algo era a él, reflexionó Chris al instante, que jamás había sentido esos celos tan ridículos.

Porque era lo que estaba sintiendo unos celos que no tenían sentido ninguno, además era normal que Jessica llamara la atención de los hombres porque era una chica preciosa.

Esa mañana además estaba radiante, llevaba un jersey verde y un pantalón negro que le habían facilitado los de la aseguradora, como a él un traje azul, para que se cambiaran de ropa en el mejor hotel de la zona donde también les habían reservado sendas habitaciones.

Desde allí después de una ducha reparadora y de un desayuno contundente, se habían trasladado hasta las bodegas de Edward que les estaba enseñando encantado las instalaciones, sin poder dejar de mirar y de conversar con Jessica.

Es más, parecía mucho más entusiasmado con la visita de ella que con la de Chris que era el inversor, de hecho se desvivía para que estuviera a gusto, para que disfrutara al máximo de la visita y no paraba de decir cosas

graciosas para hacerle reír.

Y Jessica parecía encantada, para cabreo de Chris que caminaba detrás de ellos, con unas ganas tremendas de salir pitando de allí y perder de vista para siempre a ese bodeguero que parecía demasiado interesado en su secretaria.

Y no le faltaba razón, porque desde que Edward la había visto bajarse del automóvil se había quedado prendado por Jessica y no tenía más que ojos para ella.

Es más, hasta se había olvidado de que al que tenía que seducir era a Chris Swift el temido y ambicioso inversor, uno de los mejores del país, y se estaba centrando única y exclusivamente en ella.

Hasta ese punto había llegado el flechazo, porque para Edward lo que había sucedido con Jessica no tenía otro nombre.

No obstante, cada vez que había intentado quedarse con ella a solas algún momento, como cuando habían estado paseando por los viñedos y él había intentado llevarla por un camino apartado, a su jefe le había faltado tiempo para pegarse a ellos.

Sin embargo, estaba convencido de que pronto tendrían otra cita y ya sin el peso de su jefe, pues tenía pensado ir a Manhattan la próxima semana. Y una de las citas obligadas de ese viaje era un almuerzo con Jessica Cooper a la que se moría por conocer más a fondo.

Desde luego, todo lo que estaba contemplando de momento era fascinante, su conversación, su presencia, su risa... y lo que quedaba por descubrir se le antojaba extraordinario.

Qué suerte tenía el señor Swift, pensó, de poder trabajar codo a codo con una mujer así aunque, a tenor de la cara que tenía de pocos amigos, él más bien parecía fastidiado.

Y es que cada vez que Jessica reía una de las gracias de Edward, o celebraba algo de su empresa, ya fuera un vino, la bodega o las viñas, el

señor Swift contrariaba más el gesto y se mostraba más huraño y hosco que nunca.

Tanto que cuando ya casi habían terminado de ver las instalaciones y Edward se apartó un poco para atender una llamada telefónica, ella le preguntó a Chris:

—¿Por qué tienes todo el rato esa cara de asco? ¿Qué es lo que no te gusta? Porque a mí me parece que está todo perfecto, estas bodegas son formidables y los vinos son de los más deliciosos que he catado jamás.

Chris con el ceño fruncido, apretando las mandíbulas fuerte y también los puños, replicó cabreado:

—En Francia no debiste salir del restaurante del cocinerucho, porque si hubieras viajado un poco te habrías dado cuenta de que los vinos de este tío no tienen nada fuera de lo común.

Jessica negó con la cabeza y replicó porque para nada tenía razón:

—Precisamente porque teníamos una fabulosa carta de vinos, sé apreciar la calidad de los productos de Edward.

—¡Qué exageración! —exclamó Chris, resoplando—. Y él no puede resultar más cargante, no para de cantar las excelencias de sus cepas, de sus caldos, de sus trabajadores, es tan aburrido que he tenido que hacer esfuerzos ímprobos por reprimir el bostezo. Y en cuanto regrese, nos vamos... No pienso quedarme a almorzar con él, ya he tenido suficiente. Gracias.

Jessica puso los ojos como platos y le exigió negando con la cabeza:

—No podemos hacerle ese desplante, nos ha preparado una comida especial, y a los postres cerraremos la operación.

El señor Swift comprobando el estado de su manicura, dijo en su tono más cabrón de todos:

—La operación, si es que la hay, se cerrará en mi despacho. No pienso arrastrarme tanto, que demasiado he condescendido ya desplazándome hasta

sus territorios.

Jessica arrugando la nariz y bastante molesta porque no entendía la reacción de su jefe, inquirió:

—¿Cómo que no sabes si habrá operación? Es totalmente ventajosa para ti, o ¿no has visto los pedidos que tiene para el extranjero? En un par de años será el bodeguero que más exporte del país.

Chris sabía que tenía razón, no había que ser muy listo para concluir que el negocio de ese tío además de ser sólido y solvente, tenía una gran proyección. Pero no soportaba cómo miraba a Jessica, cómo dejaba vagar la vista por sus curvas, cómo la escuchaba con una cara de idiota que le iba a provocar una úlcera de estómago. Así que, en consecuencia, habló sin disimular su rabia:

—Todo eso está muy bien, pero no soporto cómo te mira.

Jessica bajó el tono de voz, para que no pudiera escucharle y preguntó con cara de pasmo:

—¿De qué estás hablando? Edward no puede ser más gentil ni más afable conmigo, si hasta me ofreció su brazo cuándo íbamos por los viñedos para que no trastabillara.

El señor Swift, con más malas pulgas que nunca y los ojos entornados, bufó:

—A eso es precisamente a lo que me refiero: se toma demasiadas confianzas, y no soporto sus risitas, no sé... ¡No le aguanto!

Jessica se percató entonces de lo que pasaba y le exigió llevándose el dedo índice a los labios para pedirle que se callara de una vez:

—*Shhhh*. Baja el tono. A ti lo que pasa es que estás celoso.

El señor Swift soltó una carcajada y, negando con la cabeza, replicó:

—¿Yo? ¿De quién? ¿De ese empresario de tres al cuarto?

—Claro, por eso estás tan amargado y tan insoportable. Y Edward tiene mucho talento, sé honesto y di la verdad.

Chris loco por zanjar esa conversación, meterse en el automóvil con Jessica y perder de vista para siempre a ese tipo, le recordó:

—Yo siempre estoy con este humor y te recuerdo que yo soy tu jefe cabrón y no ese... Así que deja de cantar las excelencias de ese tío y en cuanto vuelva, nos vamos.

—Vuélvete tú, yo no pienso hacerle el feo.

Chris lanzó una especie de gruñido y replicó cada vez más ofuscado y convencido de que ni por asomo iba a dejar a Jessica a solas con ese tío:

—Me quedo para asegurarme de que mañana estarás a las siete de la mañana puntual en la oficina.

Jessica se echó a reír y cruzándose de brazos le soltó la verdad:

—Tú te quedas porque tienes unos celos de lo más absurdos. No crees en el amor, yo estoy cerrada al amor y Edward solo está intentando ser amable. Así que estando así las cosas, apelo a tu sentido común y a tu buen criterio para que lo que impere sea la cordura...

Capítulo 18

Chris pensó que cómo iba a mostrarse cuerdo si estar junto a ella le volvía loco de remate, pero decidió quedarse y tener la fiesta en paz.

Eso sí, con su cara de pocos amigos y siendo tan borde como siempre, porque esa era su naturaleza y porque tal vez Jessica estaba en lo cierto y por primera vez en su vida tenía celos.

Y no lo soportaba, siempre le había parecido un sentimiento de mediocres y perdedores, de gente con poca autoestima y muy insegura, sin apenas confianza en sí mismos.

Además, si la pareja decidía irse, que se fuera, pero jamás había que dejarse atormentar por ese sentimiento ridículo que él ahora estaba sintiendo en carne propia.

Y dolía. Vaya que si dolía, solo de pensar que Jessica pudiera llegar a sentir algo por ese tío, con el que parecía que congeniaba muy bien, que le hacía reír, y que la verdad era que tenía que reconocer que tenía talento para lo suyo, se ponía enfermo.

Además, era un joven, alto, rubio, atractivo, con una forma física excelente, con don de gentes, simpático, con determinación, ganas y mucha actitud.

No era algo descabellado que a Jessica pudiera gustarle, y viceversa...

Sobre todo y viceversa porque Jessica era tan adorable que le parecía rarísimo que hubiera alguien en el planeta al que no encandilara.

Además, esa mañana estaba radiante, la mirada y la piel le brillaban como nunca, y era tan auténtica, tan divertida, tan diferente a todas, que entendía perfectamente que el bodeguero hubiera perdido la cabeza por ella.

Justo como él la había perdido, porque eso de los celos desde luego que era

muy mal síntoma...

Y ya solo le quedaba enamorarse, pero no... pensó Chris, eso no iba con él...

Y tal vez era lo que más temía, pues Jessica era una chica romántica y convencional que aunque dijera que estaba con el corazón roto, estaba seguro de que en el fondo de su corazón estaba ansiosa por amar otra vez y pensado en frío Edward era el candidato perfecto.

Era todo lo contrario a él, afable, confiado, extrovertido, y con toda la pinta de anhelar tener la típica familia tradicional con tres niños y un par de perros.

Es más, de repente, ese lugar idílico en plena naturaleza se le antojó casi que perfecto para que Jessica creara un hogar armonioso y acogedor en el que iba a ser absolutamente feliz.

Y no con él, que lo máximo que podía ofrecerle era sexo, un sexo exigente y voraz, porque jamás iba a saciarse de ella y poco más...

¿Y de verdad que Jessica merecía eso?

En todo esto estuvo pensando mientras almorzaba en un comedor de estilo español junto a Jessica y a Edward, ya que al final decidió quedarse más que nada para complacer a Jessica, que le agradeció el gesto pero que estaba muy mosqueada con él.

Y es que a los postres, cuando Edward se levantó para traer un pastel especial que había hecho él mismo, Jessica le preguntó:

—¿Te pasa algo? Te noto como afligido.

Chris pensó que para no estarlo, solo de pensar que lo mejor era apartarse de ella para siempre, había estado sumido en una tristeza que hacía tiempo que no conocía.

—¿Afligido? No, tranquila.

—Edward está contando cosas muy divertidas y tú es que estás como en un funeral, como si se te acabara de morir alguien.

Chris asintió con la cabeza porque esa era la sensación que tenía en el cuerpo:

—Pues casi. Pero luego te cuento de regreso a casa...

—¿Pero ha pasado algo? ¿Tu familia está bien?

—Sí, tranquila no ha muerto nadie. Los míos están bien de salud, es otra cosa... No te preocupes, luego lo hablamos...

Jessica se quedó muy intrigada y no dejó de pensar en lo que tendría su jefe en la cabeza, hasta que por fin ya en el automóvil de regreso a Manhattan, después de un almuerzo exquisito y una sobremesa de lo más amena, en la que acordaron que la operación se cerraría en las oficinas de Manhattan, ella preguntó:

—¿Me podrías explicar ahora es que es lo que te pasa? ¿Por qué de repente te muestras tan apenado? Me tienes muy preocupada...

Chris que conducía por las carreteras despejadas, con la intención de llegar a casa antes que anochecería, decidió ir directo al grano:

—Pienso que Edward y tú hacéis muy buena pareja. No sé, hasta os he imaginado con críos, perros y felices, entre esos viñedos fabulosos... No me digas que no es un lugar ideal para formar una familia.

Jessica se echó a reír porque esperaba cualquier respuesta menos esa:

—¿Me estás hablando en serio, Chris Swift?

—Yo nunca hablo en vano, y lo sabes... Tampoco soy muy amigo de las bromas, te hablo con el corazón en la mano. Mira, reconozco que al principio me molestaba la conexión que hay entre vosotros, las risas, la complicidad, la forma que ese tío tiene de mirarte. Pero luego, me he dado cuenta de que ese hombre es perfecto para ti.

Jessica le miró alucinada y, negando con la cabeza, replicó:

—¿Y quién eres tú para saber lo que quiero?

—Un tío que es un buen observador y que conoce a fondo el alma humana.

Tú eres una chica familiar, romántica y soñadora que merece un hombre a su lado que le dé un hogar acogedor, amoroso y armonioso. Y Thomas puede dártelo, se ve a la legua que es un tío con tus mismos valores, chapado a la antigua, apegado a la tierra y amante de su familia. Mira el orgullo con el que mostraba las fotos de los suyos, y es más que obvio que está deseando crear una familia propia con alguien como tú. Tú eres muy especial, Jess, y le tienes encandilado.

Jessica sin dar crédito a lo que estaba escuchando, preguntó un poco molesta:

—¿Estás haciendo de celestino para librarte de mí? Porque si es por eso que sepas que soy lo suficiente madura como para asumir lo que pasó anoche. No pienses que porque hayamos tenido sexo me voy a volver loca y no voy a dejar de agobiarte o exigirte...

Chris pensó que ojalá le sucediera eso, que se volviera loca por él, pero para su desgracia sabía muy bien que eso no iba a pasar:

—Ya sé que me detestas... No como a Edward, con el que parece estar muy a gusto... —masculló con un nudo en la garganta y sintiéndose fatal.

Jessica resopló, se repantingó en el asiento y repuso enojada:

—Ya estás a vueltas con eso otra vez. No, no te detesto. Pero lo que no logro entender es si quieres librarte de mí o si estás celoso de Edward. De verdad que me desconciertas.

Chris la miró de refilón y le dijo con el corazón en la mano:

—¿Cómo voy a querer librarme de ti, si me he abierto contigo como no lo he hecho con nadie? Lo que pasa es todo lo contrario, me parece una chica maravillosa que mereces lo mejor, justo eso que yo no puedo darte.

Jessica muy nerviosa porque no sabía adónde quería llegar preguntó:

—¿De qué estás hablando, Chris? Yo no te he pedido nada...

—Pero sé cómo eres, crees en el amor y en la familia, y Edward puede

darle todo lo que has soñado siempre.

Jessica se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Ay por favor, no me puedo creer que se te hayan pasado esas películas por la cabeza! Edward es un hombre encantador, pero solo es un cliente...

—Sí, pero durante el almuerzo ha dejado bien claro que no tiene pareja y que le gustaría formar una familia...

—Sí, bueno, ha salido el tema y ha hecho ese comentario, pero no tiene más importancia.

—No seas ingenua, Jess, ha sido toda una declaración de intenciones. Parece mentira que no te hayas percatado de la cara de bobo con la que te mira, ese hombre bebe los vientos por ti. Yo capto esas cosas al vuelo, le gustas y creo que te conviene...

Jess no pudo evitar echarse a reír porque la conversación no podía ser más surrealista. Por eso, le dijo:

—Te agradezco tu preocupación por mi vida sentimental, pero en estos momentos de mi vida lo que quiero es estar tranquila. No estoy para novios y mucho menos para bodas y niños. Así que deja de meterme a Edward Thomas por los ojos, por favor...

Capítulo 19

Luego cerró los ojos y pasó el resto del trayecto en silencio, y con una pena extraña que por momentos se iba haciendo más grande.

No comprendía bien por qué, pero no le gustaba para nada que después de la noche tan intensa y tan bonita que habían pasado en la cabaña, Chris estuviera pensando en emparejarla con Edward.

Aparte de que ella estaba convencida de que Chris estaba equivocado y Edward no sentía nada especial por ella...

Simplemente era un hombre muy agradable que en todo momento se había mostrado cordial y cortés con ella, pero de ahí a que hubiera una atracción...

Ella pensaba que para nada...

Y ella desde luego no sentía nada por él, reconocía que era un chico muy atractivo, que tenía un talento increíble y tenía un carácter estupendo, pero ahí terminaba todo.

Sin embargo, con Chris era diferente, y más después de lo que había pasado en la cabaña.

Desde esa mañana, después de esa noche tan intensa y tan loca, solo tenía que mirarlo para que la sangre le ardiera entera.

Por no hablar si la rozaba, las veces que se habían rozado, un poco, apenas un instante, se le habían puesto los pezones bien duros y en su sexo había sentido hasta un estremecimiento.

Esas sensaciones eran totalmente nuevas para ella, ninguna de sus parejas le habían trastornado de la manera en la que lo estaba haciendo Chris Swift, que para más horror ahora se empeñaba en emparejarlo con otro.

¿Cómo podía estar tan ciego para no darse cuenta de que ella lo que estaba deseando era volver a estar en sus brazos?

Pero no dijo nada, además él no mostraba ningún interés en repetir lo de la cabaña, pues ni sacó el tema durante el trayecto, ni los días siguientes en la oficina, donde retomaron el trabajo como si no hubiera pasado nada.

Chris volvió a su papel de jefe cabrón, con sus exigencias extremas, y ella trabajó duro sin mostrar ni un ápice de cansancio o de contrariedad.

Lo que ella no sabía era que Chris había decidido actuar así para protegerla, le estaba importando demasiado como para enredarla en un patético rollo de oficina, pues aquello era en lo que iba a derivar su relación.

Y Jessica merecía algo más que polvos en el despacho o sexo oral en el cuarto de baño...

Por no hablar de encuentros sórdidos en hoteles lujosos como si fuera una más...

No, para nada quería eso para ella, Jessica no era una más. Era una chica muy especial, que se merecía encuentros mágicos y románticos, y no la mierda desabrida que él solo podía ofrecerle.

Así que con todo el dolor de su corazón, que lo tenía, decidió distanciarse de ella, aunque se moría de ganas por besarla otra vez, por tenerla en su pecho, pegada a él, y por hacerle el amor de mil y una maneras.

Pero así estaban las cosas y esa era la opción más sensata... La mejor para todos, o eso era lo que creía...

El caso es que llegó el viernes y Edward Thomas se plantó en las oficinas para la firma en la que Jessica preparó concienzudamente todos los documentos.

Edward se alegró de verla otra vez tanto que hasta se sentía flotar, esa chica se le había metido tan dentro que no podía dejar de pensar de ella.

Y esa mañana, además, llevaba un vestido de florecitas con el que estaba más preciosa que nunca.

Justo lo mismo que pensó Chris en cuanto la vio aparecer. No sabía cómo

lo hacía, pero Jessica cada día estaba más radiante y más guapa, si bien se lo calló... porque aquello no tenía sentido.

Lo que de nuevo se percató fue de la cara de pánfilo de Edward al verla, pero decidió que tampoco iba a hacer ningún comentario al respecto con Jessica, pues ya le había dejado bien claro el día de regreso de los lagos Finger que no quería que mencionara el tema.

Además su relación se había vuelto tan distante que ya solo hablaban de trabajo, así que como para hablar de Edward.

Estando así las cosas, la reunión transcurrió con normalidad, se cerró el acuerdo, Edward firmó y se despidió de Chris que tenía un almuerzo con otro cliente.

Edward entonces vio el cielo abierto y aprovechó la ocasión para invitar a Jessica a almorzar...

Ella se lo tomó como una gentileza más de ese joven tan atento y sin darle más importancia se marchó con él a uno de los mejores restaurantes de Manhattan...

—Si llego a saber que ibas a traerme a este lugar tan caro habría declinado la invitación —le dijo Jessica, ya sentada en una mesa junto a la ventana.

—Gracias a ti hemos cerrado la operación, había que celebrarlo en el mejor sitio.

—Has tenido muchísima suerte en encontrar mesa, al señor Swift le encanta este sitio pero normalmente hay que reservar con meses de antelación.

—El dueño fue compañero de colegio, digamos que soy un enchufado. Pero si alguna vez necesitas una mesa, di que vienes de mi parte y mi amigo seguro que te facilita una.

—Te lo agradezco, y en cuanto a lo que has dicho antes, yo no he propiciado nada, tú lo has logrado todo con tu talento. Todo el mérito es

tuyo...

—Eres muy amable, Jessica, pero el mismo Chris insistió en que tú te empeñaste en que tenía que ampliar su cartera de inversiones, y que debía apostar por empresas como la mía. Así que no te quites mérito, que eres la gran responsable de que hoy se haya producido la firma.

Jessica sonrió de un modo que Edward consideró encantador y aprovechó antes de que les trajeran el primer plato para alzar su copa y brindar por:

—Brindemos por ti, por tu apoyo a nuestras bodegas y por ser la mujer más fascinante que conozco.

Jessica muerta de la vergüenza alzó su copa, brindó con Edward y tras dar un sorbo a su copa, musitó:

—Solo soy una chica normal y en cuanto al apoyo, de verdad que tus bodegas lo merecen.

Edward que ya no quería hablar más de trabajo, objetó tras degustar el vino exquisito y carísimo, el mejor que había en el restaurante:

—No eres nada común, Jessica. Jamás he conocido a nadie como tú, ya con nuestras primeras conversaciones telefónicas me encandilaste, pero cuando te vi en persona: me robaste el corazón. Espero que no te importe que te lo diga...

Edward sabía que Jessica no tenía pareja porque ella misma se lo había contado, incluso le había confeso lo de Pierre, por eso había optado por mostrar sus cartas, con muchísimo respeto.

A Jessica la confesión le pilló totalmente por sorpresa y le pareció tan fuera de lugar y tan inesperada que concluyó que solo podía ser una exageración de ese hombre tan gentil.

—Me parece que eres un exagerado, no creo que yo sea para tanto como para robarte el corazón... —dijo ella, en un tono de lo más divertido.

Sin embargo, Edward se puso muy serio y le confesó toda la verdad:

—Me gustas mucho, Jessica. Y ya sé que desde lo de París estás cerrada al amor, pero me gustaría que supieras que puedes contar conmigo. Me encantaría que fuéramos amigos, que saliéramos al cenar, a bailar, a tomar una copa, lo que quieras... Llámame cuando quieras, y quién sabe si me das la oportunidad, si con el tiempo esa amistad pudiera convertirse en otra cosa. Mi sueño sería tener una relación contigo formal, un noviazgo en toda regla... Soy un hombre tradicional, ya sabes que me encantaría tener mi propia familia y no te voy a engañar que tú me pareces la persona perfecta para hacerlo.

Jessica se quedó perpleja, aferrada a su copa de vino y, tras respirar hondo, replicó:

—Me dejas muerta, Edward, jamás pensé que fueras a plantearme nada semejante, y así de sopetón.

—Soy un tío franco y transparente, quiero que sepas lo que siento por ti. Sin trampa ni cartón. Tú decides, por supuesto...

Jessica dio otro sorbo a su copa y solo pudo pensar en Chris y en el ojo clínico que tenía para los asuntos del corazón...

Capítulo 20

Después, le miró y le dijo la verdad porque Edward solo se merecía la misma sinceridad que había tenido con ella. Así que Jessica habló:

—Me pareces muy valiente, Edward, aparte de muchísimas cosas más. Cualquier mujer estaría encantada de salir contigo, pero yo en estos momentos es que no estoy para nadie. No quiero empezar nada serio, no quiero complicaciones, prefiero seguir como estoy... Te ruego que no te lo tomes como algo personal...

—Me estás dando calabazas, pero no... ¡Descuida, no me lo tomaré como algo personal! —bromeó Edward.

Ella se echó a reír y reconoció mientras el camarero llegaba con los primeros platos:

—Te agradezco que te lo tomes con buen humor...

—Eso siempre, y que sepas que entiendo a la perfección que has pasado por algo muy doloroso y que necesitas tiempo. Yo también padecí algo parecido. Pero que sepas que puedes contar con mi más sincera amistad. Si un día quieres salir, despejarte, desahogarte, lo que sea: cuenta conmigo.

Jessica agradeció la buena disposición de Edward que era un gran tipo y replicó:

—Eres un sol, Edward, y no dudes que te llamaré para tomar algo o dar un paseo.

—Que para nada te frene mi confesión, me gustas pero respeto tu decisión. Tranquila que no soy un tío pesado...

—No tienes ni que decírmelo, sé que eres un buen hombre. No hay más que mirarte a los ojos. Y por supuesto que tú también puedes contar con mi amistad, si necesitas algo no dudes en pedírmelo...

Edward sonrió y pensó que aunque le hubiese gustado que la respuesta fuera otra, no estaba nada mal sentar las bases de una amistad con alguien tan maravilloso como Jessica Cooper...

Además, quién sabía si con el tiempo, cuando ella curase sus heridas, aquello no podía llegar a transformarse en otra cosa...

Así que con esa posibilidad en el horizonte, Edward siguió con el almuerzo feliz y contento y Jessica también porque intuía que en Edward de ahí para adelante iba a tener un amigo, de los de verdad.

Y después del almuerzo exquisito con Edward, que además resultó de lo más ameno, Jessica se encontró con su jefe en el ascensor cuando estaba de regreso de la oficina.

—¿Has almorzado fuera? ¿Hoy no te traes la tartera? —le preguntó con suma curiosidad el señor Swift, mientras esperaban al ascensor.

—He ido a comer con Edward, me ha invitado...

A Chris no le hizo ninguna gracia esa respuesta, pero intentó controlar sus emociones y dijo mostrándose tan frío como pudo:

—¿Todo bien?

—Tenías razón —se limitó a responder ella.

Chris, muy inquieto, arqueó una ceja y preguntó con infinito interés:

—¿Razón en qué? ¿En qué no tuvimos que desplazarnos a esas malditas bodegas? ¿Que fue un absurdo y una bajada de pantalones por mi parte?

Jessica resopló, negó con la cabeza y luego musitó:

—Le gusto, se me ha declarado... Pero ya le he dicho lo que hay...Y a todo esto, no sé qué hago contándotelo...

El ascensor llegó, entraron los dos solos y cuando las puertas se cerraron, él masculló:

—Me lo cuentas porque entre nosotros solo podemos ser sinceros.

Ella se giró, le miró a los ojos y respondió encogiéndose de hombros:

—Puede ser...

Entonces, Jessica no pudo evitar que sus ojos se fueran a la boca de ese hombre que sabía bien cómo besaba y que sintiera un estremecimiento súbito por todo el cuerpo.

Luego, se miraron a los ojos, se quedaron así unos instantes, como no habían hecho desde que sucedió lo de la cabaña y no tuvieron que decirse nada más.

Jessica acercó sus labios a los de él y a Chris le faltó tiempo para agarrarla por el cuello y darle un beso con la boca húmedo, profundo, fuerte, con ganas...

Un beso voraz y agónico, un beso desesperado y apasionado, un beso tan intenso y tan único que cuando se abrieron las puertas del ascensor seguían pegados porque ninguno de los dos quería que terminarse.

Sin embargo, escucharon un carraspeo y ambos se separaron rápidamente porque frente a ellos estaba Pamela Wall, la directora de Recursos Humanos.

—Buenas tardes, Pamela. No te olvides de tenerme listo para mañana el informe que te encargué —le pidió Chris con la boca manchada con el carmín de Jessica.

Pamela con una cara de espanto tremenda, y muy nerviosa por la situación, solo pudo farfullar:

—A primera hora lo tendrás, buenas tardes...

Y Pamela se metió a toda prisa en el ascensor, mientras ellos dos en cuanto las puertas del ascensor se cerraron y la perdieron de vista, se partieron de risa.

—¡Qué pillada, madre mía, qué pillada! —exclamó Jessica sin parar de reír.

Chris riendo también, la cogió por la cintura y la estrechó contra su erección, mientras le decía:

—Pamela es muy discreta y leal, es como si no hubiera pasado nada. Puedes estar totalmente tranquila...

—Tienes que verte, pareces un payaso, ¡Dios mío cómo te he puesto la boca!

Jessica fue a limpiarle, pero él atrapó el dedo con los labios y luego lo chupó con una voracidad tan sensual que Jessica por poco no orgasma ahí mismo.

Luego, la cogió otra vez por el cuello y la volvió a besar de una forma loca y salvaje hasta que se quedaron sin aliento.

—¡Joder, cómo te he echado de menos, Jess!

Jessica con los labios pegados a los de él, solo pudo decir la verdad que no era otra que:

—Y yo, pero pensé que pasabas de mí. Si no de qué esa insistencia en que me líe con Edward.

—¡Joder, Jess, me importas demasiado, no quiero que seas una desgraciada conmigo! Prefiero antes que vivas una vida bonita junto a él, Edward puede darte todo lo que desees y yo mira... Ya estoy restregándote mi erección y mejor no quieras saber la de cosas sucias que se me están pasando por la mente.

Jessica se frotó contra la dureza maravillosa de ese hombre que la excitaba como nadie y le confesó:

—No solo quiero saberlas, sino que además quiero llevarlas a la práctica. Te deseo tanto, Chris... Tanto... Si vieras lo húmeda que estoy...

Chris agarró a Jessica por las nalgas duras y bien puestas, la estrechó contra su erección más todavía y, casi gruñendo, dijo:

—Quiero comerte entera. ¿Pero de verdad que esto es lo que quieres? Tú eres una buena chica...

—Las buenas chicas también disfrutan del sexo...

Chris le dio un buen lengüetazo en los labios, como si fuera el sexo que se moría por lamer y luego le susurró al oído:

—Me encantaría follarte duro y profundo, Jess, muy duro... Pero...

Jess tragó saliva y se quedó mirándole temblando entera:

—¿Pero qué?

—¿De verdad que quieres esto? ¿Sexo en la oficina con tu jefe cabrón? No te dejes llevar por el calentón, intenta mantener la mente fría.

Jessica pensó que le estaba pidiendo casi un imposible, porque en esa situación era difícil pensar con algo que no fueran sus ganas, su deseo infinito, pero aún así, lo sopesó todo y solo pudo musitar abrazada a él:

—Quiero hacerlo, Chris. Te necesito dentro de mí, quiero sentirte muy fuerte y muy dentro...

Chris la besó otra vez en la boca, implacable y contundente, y luego le dijo con una mirada de lascivia que Jessica jamás había visto en ningún hombre:

—Vamos a mi despacho.

Capítulo 21

Jessica le siguió hasta el despacho y tras cerrar la puerta se besaron apasionadamente, mientras que con las manos no dejaban de tocarse, de acariciarse, de sentirse...

Luego, jadeantes, frente a frente, y de pie, se quedaron mirándose a los ojos y él confesó emocionado:

—No puedo dejar de pensar en ti, Jess. Mira que intento no hacerlo, que no paro de decirme que no te convengo, que mereces mucho más que un tipo tan cabronazo como yo, pero no puedo sacarte de mi cabeza.

Jess suspiró porque a ella le pasaba justo lo mismo:

—Te entiendo perfectamente, sé que eres mi jefe, sé que quieres apartarme de ti, incluso sé que sería lo más prudente. El sexo en la oficina siempre se complica, es muy arriesgado y la mayoría de las veces sale mal... Pero no puedo evitar desearte a todas horas, cuando me miras, cuando nos rozamos los dedos cuando te entrego el café o un informe, o cuando escucho tu voz al teléfono exigiéndome esto y aquello...

—He estado muy borde contigo estos días, más duro que nunca, pero es que de verdad que no sé cómo gestionar esto. No quiero hacerte daño, no quiero que por culpa de este maldito deseo acabes lastimada...

Jessica le besó en los labios y, con un brillo tremendo en los ojos, le recordó:

—Ya soy mayorcita para cuidar de mí. Estoy aquí porque quiero, porque te deseo, porque quiero hacerlo contigo... Y no temas a que me enamore y me quede enganchada de ti. Eso no va a suceder...

Contra todo pronóstico, porque a Chris esas palabras solo tenían que tranquilizarle, él se sintió fatal al escuchar aquello.

—¿Lo tienes muy claro? —preguntó él con un nudo en la garganta, de pura angustia.

—Hasta que te conocí estaba segura de que solo podía practicar el sexo dentro de una relación, con amor, pero contigo he descubierto que puede ser solo sexo y ser muy excitante y divertido.

Chris apretó fuerte las mandíbulas y masculló sintiendo una pena muy profunda y sobre todo absurda, porque si él lo que quería era que no sufriera, lo mejor era que se tomara así la relación... Así que ¿por qué demonios estaba triste?, pensó.

Pero no dijo nada y se limitó a repetir:

—Me alegro que te parezca tan estimulante y divertido.

Jessica sonrió y replicó con una sonrisa enorme que a Chris le derritió:

—Lo dices con una cara de funeral, hijo mío...

—Es la cara que tengo —replicó él, a la defensiva.

—Te conozco lo suficiente como para saber que te pasa algo...

Chris arqueó una ceja y soltó lo primero que le pasó por la mente:

—Tal vez me preocupe que en el futuro no te lo tomes de igual manera, que me exijas más, más implicación emocional y afectiva y yo no pueda dártelo.

Jessica le besó suave en los labios y le aseguró después:

—No puedes tenerlo todo bajo control, señor Swift. Pero te garantizo que en esto puedes estar tranquilo, porque jamás podría enamorarme de un hombre como tú.

Si a Chris le hubieran dado una patada en sus partes le habría dolido menos que las palabras de Jessica.

Y ahí ya sí que no entendió nada. Era todo tan ilógico y racional, porque si lo que más temía era que se enamorara de él, ¿cómo al mismo tiempo podía dolerle tanto que le confirmara que jamás iba a enamorarse de él?

Era de locos...

Pero se limitó a replicar, con la vista clavada en la boca jugosa que se moría por besar otra vez:

—No puedo estar tranquilo, si estás frente a mí, Jess...

Luego la besó otra vez, con todo eso que tenía dentro, desesperación, arrebató, locura, pasión y cuando ya no pudieron más, la llevó de la mano hasta la mesa enorme de su despacho.

Jessica temblando de deseo, contempló cómo él retiraba de un manotazo los informes que había sobre la mesa y que cayeron al suelo esparciéndose por todas partes.

Luego, Chris la cogió por las caderas y la sentó sobre la mesa...

—Creo que se me va a parar el corazón —susurró ella muerta de deseo.

Y la respuesta de él fue arrancarle el vestido con tal fuerza que los botones saltaron por los aires.

—No te preocupes, llamaré a los de la tienda de la esquina para que traigan algo.

—Es una tienda carísima, el vestido más barato cuesta unos 5000 dólares —musitó ella, excitadísima, porque nadie en la vida le había hecho algo semejante.

—No te preocupes por mi bolsillo, Jess.

Acto seguido, la cogió por el cuello, la besó duró en la boca mientras que con la otra mano le arrancaba el sujetador y la dejaba con los pechos al aire.

Jess un poco inhibida porque jamás había estado frente a él con tanta luz, se envaró mientras él la miraba extasiado:

—Siempre lo he hecho con poca luz o a oscuras... —susurró ella.

—No pienso apagarla, a no ser que sea demasiado violento para ti.

Chris entonces le amasó los pechos, hasta hacerla gemir y luego se llevó los pezones a la boca de una forma exquisita.

Jessica muerta de placer, cerró los ojos y ya no le importó absolutamente nada, el deseo se llevó hasta la última gota de pudor y de recato que le quedaba.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo ella, ansiosa de más placer, de muchísimo más.

Chris con una erección tremenda, tiró de ella para bajarla de la mesa, le dio la vuelta, la despojó del vestido y se quedó contemplando esa belleza unos instantes.

Después retiró a un lado la melena, la besó en el cuello y comenzó a descender con las manos desde la espalda hasta las nalgas.

—Eres una delicia, Jess... Una auténtica delicia... —masculó en tanto que se deleitaba con el aroma a rosas frescas del cuello y apretaba fuerte las nalgas duras y redondas.

Ella gimió otra vez, y la respuesta de él fue empujarle suave para que colocara el tronco sobre la fría mesa.

Ella temblando entera de pura ansiedad y de deseo, porque jamás se había expuesto ante nadie así, con los pechos y el vientre apretados contra la mesa y el culo en pompa, respiró hondo y se dejó llevar por las caricias...

Chris entonces le amasó fuerte las nalgas, le separó las piernas y comenzó a acariciar con el pulgar el sexo mojado.

Ella se estremeció de placer, pero aquello ya fue la locura cuando él después de acariciarle todos sus rincones, introdujo un par de dedos hasta el fondo.

—Es tan bueno, Chris... Tan bueno... —susurró ella, que quería más, muchísimo más.

Y él se lo dio. Retiró los dedos del interior cálido y sedoso y acercó el pulgar a los labios jugosos de Jess para exigirle que:

—Chúpame bien el dedo, imprégnalo bien.

Chris introdujo el pulgar hasta el fondo y ella lo lamió excitadísima, mientras él la penetraba de esa manera tan especial la boca.

Luego, sacó el dedo que colocó justo en la entrada del orificio más estrecho...

—¿Te gusta que toquen por aquí? ¿Has practicado el sexo anal? — preguntó Chris, empujando un poco el pulgar, hasta la primera falange.

Jessica ante esa caricia tan electrizante y tan nueva solo pudo responder:

—Jamás lo he probado, pero sigue... Sigue por favor...

Chris notó como su anillo de músculos estaba muy cerrado, si bien introdujo también dos dedos en la vagina y con el pulgar poco a poco fue abriéndola, lento y despacio, con mucho cuidado, hasta que la notó más dilatada y fue a más.

Con el pulgar en el estrecho orificio y los dos dedos en la vagina, comenzó a penetrarla a la vez, llenándola entera, cada vez más intenso, más contundente, más duro, mientras ella no solo jadeaba y gemía, sino que lloraba de placer.

Aquellas caricias eran tan novedosas, tan increíbles, su sexo entero, con todas las terminaciones nerviosas, todos sus puntos de placer, incluido el punto G estimulados a la vez, que solo tuvo que golpetearle un poco el clítoris con el pulgar de la otra mano, para que Jessica se corriera, derritiéndose por completo, derramándose entera.

Capítulo 22

Y mientras Jess todavía jadeaba sobre la mesa, exhausta, sin poder reprimir las lágrimas y con las marcas de los dientes en la mano de tanto mordérsela para evitar gritar, Chris sacó un condón de la cartera y se lo puso.

Luego se desabrochó los pantalones, se despojó de ellos y colocó la punta de su miembro durísimo, sobre la entrada de la vagina, se refrotó y se deslizó hasta el fondo.

Jessica al sentir esa invasión, se arqueó entera y se aferró fuerte a la mesa, como si así pudiera mitigar un poco el dolor.

Estaba abierta más que nunca, sentía su interior a punto de estallar, muy tenso, pero al mismo tiempo estaba tan excitada que quería que aquello no acabara nunca.

Chris entonces estiró la mano, le acarició la melena, que después agarró en forma de coleta y le preguntó:

—¿Todo bien, Jess? Eres muy estrecha, exquisitamente estrecha, ¿quieres que lo hagamos así? ¿Estás preparada? ¿Te apetece?

Jess asintió con la cabeza, porque con la excitación apenas podía articular palabra, y así entre jadeos, le suplicó:

—Házmelo, por favor, házmelo. Quiero sentirte muy fuerte y duro, no quiero que seas dulce conmigo.

Y es que Jess quería sentir, quería dejar de ser la niña buena y remilgada que se perdía siempre lo mejor de la fiesta.

Quería tener sexo duro y bueno, un sexo que la hiciera sentir como jamás lo había hecho, aunque así tuviera que hacerse un agujero en la mano de tanto mordérsela para reprimir el grito.

—Seré como quieras que sea. Pero no reprimas nada. Sé tú hasta el final y

por los gritos no te preocupes, el despacho está insonorizado.

Jess agradeció saberlo, sobre todo porque Chris empezó a penetrarla como le había pedido, duro y sin contemplaciones, y ya tuvo que gritar, que llorar, que gemir, y que sentir como no había sentido en su vida.

Aquello era tan bueno y tan duro, tan insoportablemente placentero, que creyó que iba desmayarse de puro éxtasis.

Pero no lo hizo, y más porque Chris que seguía agarrando su pelo con la mano, dando suaves tironcitos, de vez en cuando, esta vez tiró fuerte hasta el punto que ella tuvo que levantar la cabeza.

—¿Sigo, Jess? ¿Quieres que siga así de duro? ¿Puedes soportar más?

Ella asintió con la cabeza, él entonces le soltó la melena que se derramó sobre la espalda sedosa de Jess, y fue más implacable que nunca.

Excitado al máximo y con ganas de dárselo todo, Chris la penetró entregándose a fondo, como no recordaba, y ella aceptó todo ese placer, todas esas sensaciones al límite de todo, hasta que con el roce del pubis contra la mesa, de la mera fruición, ella sucumbió a un orgasmo brutal.

Un orgasmo que fue tan salvaje que él sintió perfectamente, mientras ella gritaba y lloraba de sentir tanto...

Él entonces se salió, la levantó, le dio la vuelta y abrazándola fuerte, le dijo mientras le retiraba las lágrimas con los dedos:

—No esperaba estas lágrimas, Jess.

—Son de placer, son de felicidad, son de éxtasis... Jamás he sentido nada igual, jamás...

Chris le agarró fuerte por la barbilla y la besó con intensidad en la boca, luego se quedó mirándola fascinado y susurró:

—Te entregas con tanta generosidad, preciosa. Me estremeces, nunca he conocido nada igual. Eres maravillosa, Jess. Y no lo digo solo por el sexo, lo das todo en todos los aspectos de tu vida. Eres muy grande.

Jess se encogió de hombros, todavía estremecida por tanto placer, y musitó:

—Solo me dejo llevar... Siento y me entrego, nada más... No creo que tenga nada de especial.

Chris le besó el cuello con dulzura y luego le susurró al oído:

—Para mí eres la más especial. No hay nadie como tú.

Y Jess suspiró porque jamás había conocido a nadie que pudiera ser tan duro y tan tierno a la vez. Que pudiera follarla salvaje y al mismo tiempo retirarle las lágrimas del rostro con una delicadeza extrema.

Por eso, dijo convencida mientras sentía la erección durísima presionando contra su cuerpo trémulo:

—Como tú tampoco hay nadie.

A Chris esas palabras se le clavaron tan hondo, significaron tanto para él, que sintió que el corazón iba a salirse del pecho.

Luego se quedó mirándola, muy emocionado, y solo pudo farfullar:

—Gracias, Jess.

—No me des las gracias, solo digo la verdad. Eres muy especial y lo que estoy descubriendo contigo, todo lo que me das, todo el placer que me estás haciendo sentir... significa mucho para mí. Siento que contigo estoy creciendo en todas las facetas, como profesional y como mujer y eso solo podías hacerlo tú.

—Yo aprendo, descubro y siento como nunca, gracias a ti. Me estás haciendo crecer también...

Chris entonces la besó, más que nada para que no se percatara de que se había puesto al borde de las lágrimas, de que se había emocionado tanto de escucharla y de escucharse, él, el lobo cabrón que jamás había dicho un “gracias” en su puñetera vida.

Pero ahí estaba dando las gracias a la mujer más maravillosa que había

conocido en la vida y a la que se moría por darle todo.

Y no solo sexo, lo quería todo, y tal vez ahí estaba el problema... Pero no quería pensarlo...

De momento, como Jess había dicho solo había que dejarse de llevar, por eso sin dejar de besarla con el alma, la agarró por las caderas, la levantó, ella le rodeó el cuerpo con las piernas y así la empotró contra la pared de enfrente.

Ahí, en esa posición tan excitante, se la clavó otra vez, duro, implacable, hasta el fondo...

Y ella le pidió más...

Y por supuesto que él se lo dio, de pie, sin dejar de empujar fuerte las caderas, la penetró una y otra vez, mientras ella apoyaba la espalda sudorosa en la fría pared.

Y así, los dos, gimiendo, sintiéndose, dándose todo, estuvieron haciéndolo, hasta que él descendió con el pulgar hasta el clítoris y lo logró de nuevo.

Jessica tuvo un orgasmo brutal, que casi le hace perder el conocimiento, pero no lo hizo.

Controló el mareo súbito con la respiración, respirando lento y profundo, mientras él seguía penetrándola sin tregua.

Y más duro que nunca, porque al sentir otra vez el orgasmo se excitó de tal forma que, solo tuvo que empujar unas cuantas veces más, para correrse mientras gritaba el nombre de la mujer que le había conquistado por completo.

Luego se quedaron abrazos frente a frente, saciados, exhaustos, con la piel que les abrasaba de tanto placer, de tanto darse, de tanto sentirse, y se miraron a los ojos y supieron que aquello no era solo sexo...

—Quiero que sepas, Jess, que aunque sea un hombre muy sexual lo que siento contigo no lo he sentido por nadie.

Jess le entendía porque había sentido además de un placer extremo, una intimidad más grande de lo que jamás había sentido con ninguna de sus parejas. Y en consecuencia, le dijo:

—Lo que siento cuando estoy en tus brazos es brutal, jamás sentí nada igual y no solo es placer, es un intimidad tan profunda, que te parecerá una cursilada, pero es mirarte a los ojos y verte el alma. Cuando lo hacemos, te miro y te veo. No sé si me entiendes...

Chris emocionado, tragó saliva y replicó acariciándole el rostro con el dorso de la mano:

—Cómo no voy a entenderte, si te miro y siento lo mismo. Y me gusta tanto lo que veo, Jessica Cooper. Eres hermosa. Completamente hermosa...

—Yo cada día descubro más cosas en ti, Chris... Y también me gusta lo que veo, eres mucho más que un lobo salvaje y sin corazón...

Capítulo 23

Después de ese encuentro tan tórrido, vinieron otros más...

Sexo salvaje en la oficina como Chris pensó que jamás tendría y mucho menos con una chica con unos valores tan anticuados.

Pero ahí estaban los dos, el hombre que sabía separar ambas esferas, trabajo y placer, y la chica chapada a la antigua teniendo cada dos por tres sexo de altísimo voltaje en la oficina...

Bueno, en la oficina y también en los reservados y en los cuartos de baño de los restaurantes a los que de vez en cuando se escapaban, para conversar de todo y de nada.

El caso es que poco a poco, sin pretenderlo, fueron conociéndose cada vez más, sincerándose, abriéndose y sintiéndose cada vez más a gusto el uno con el otro.

Chris se pasaba el día anhelando el encuentro, el abrazo, el sexo a salta de mata y también la conversación divertida, loca o tierna con una copa de vino en la mano.

Con Jess era todo posible y a ella le pasaba lo mismo...

Ella que siempre había sido una buena chica, aburrida y convencional, se pasaba el día haciendo el amor en sitios públicos, ya fuera empotrada contra la puerta del despacho de su jefe, en el ascensor, en la escalera o en los servicios del restaurante más exclusivo de Manhattan.

Pero no solo era el sexo, también se divertía muchísimo con Chris que cada día estaba más relajado, se mostraba más abierto y receptivo, menos arisco y a la defensiva, y con el que no solo pasaba buenos ratos, sino que también aprendía, crecía y se sentía comprendida y escuchada.

Y así, se fueron sucediendo los días, entre trabajo duro, sexo del bueno y

confidencias y más confidencias, hasta que llegó la primavera y como aquello no decaía, sino que al contrario iba a más, Jess consideró que había llegado el momento de ir al ginecólogo y tomar la píldora, porque habían tenido un par de sustos y ella no quería tener ni uno más.

El doctor le hizo las pruebas, le recetó una píldora y ella empezó a tomarla sin decirle nada a Chris, que un día de primeros de mayo, soleado y precioso, se enteró de la noticia.

Y es que cuando estaban en su despacho, tumbados en el sofá, desnudos, él sobre ella, y con la erección potente pujando por entrar en su sexo, ella le pidió con una sonrisa enorme:

—Fóllame.

Él la miró divertido, con los ojos como platos y dijo:

—Señorita Cooper, es evidente que soy una pésima influencia para ti. Tú no decías fóllame ni eras tan atrevida cuando llegaste a esta empresa...

—Me has pervertido, lo reconozco... Jajajajaja.

Él se rió y cuando fue a levantarse a por condón, ella le retuvo:

—No te levantes a por un preservativo, no hace falta...

Chris sintió un escalofrío que le recorrió entero, conocía a la perfección los ciclos de Jessica y sabía que su menstruación iba con unos días de retraso, así que lo primero que se le vino a la mente fue:

—No me digas que aquel día que nos volvimos locos en el reservado del restaurante mexicano, cuando casi ni me dio tiempo a ponerme el condón...

Chris solo de imaginarse que había una posibilidad de que Jess estuviese embarazada, sintió tal felicidad que el corazón no le cabía en el pecho.

Es más, la sola idea de proyectarse creando una familia con ella le emocionó como nada en la vida.

Más que ninguno de sus incontables éxitos financieros, más que nada que hubiera conseguido antes...

Formar una familia junto a Jess... eso sí que era algo meritorio, ese sí que era un logro para celebrar por todo lo alto, de los que sacar pecho y presumir ante el mundo entero.

Jess, en cambio ajena a los pensamientos de su jefe, siguió hablando:

—Sí, ese día fue cuando decidí que no podíamos seguir así, porque no iba a ganar para sustos y fui al ginecólogo a que me recetara la píldora.

Chris sintió tal decepción al escuchar esas palabras que se mordió los labios y se resignó a decir:

—Si te sientes más protegida y segura con ese método anticonceptivo... Por mi parte puedes estar tranquila, siempre he practicado sexo seguro, estoy limpio, me hago controles periódicos y desde que te conozco soy monógamo por primera vez en la vida. Tienes total exclusividad sexual por mi parte porque no deseo en el mundo a nadie más que a ti.

—Y tú también las tienes, solo tengo sexo contigo pero creo que vamos a estar más tranquilos si tomo la píldora.

A Christian, que por unos instantes se había visualizado como papá, la palabra “tranquilos” le sentó como una patada en la boca del estómago.

Y es que a él no le hubiese importado para nada que hubiese crecido la semilla en el vientre de Jessica y que le hubiera dado un hijo que les habría colmado de felicidad a los dos.

Pero esta vez decidió no ser sincero con ella, guardarse sus pensamientos y deseos para él, por temor a que pensara que se había vuelto loco de remate.

Por una parte le decía que no quería compromisos afectivos ni emocionales, pero se acababa de percatar de que la sola posibilidad de formar una familia con ella le había puesto tan feliz como no recordaba.

No, lo mejor era callarse y rumiar aquello que no tenía sentido ninguno, pensó. Por eso, la besó en la boca y susurró con los labios pegados a los de ella:

—Como tú digas, Jess...

Ella movió las caderas lo justo para que el miembro duro de Chris se clavara dentro de ella...

Él al sentir por primera vez ese contacto piel con piel, sin látex, se excitó más todavía y se emocionó aún más porque lo sintió más íntimo y más intenso que nunca.

Luego, sin dejar de mirarla a los ojos y con el corazón latiéndole con fuerza, comenzó a penetrarla mientras ella se aferraba fuerte a las nalgas duras de Chris, empujándole más todavía contra ella.

Necesitaba sentirlo muy dentro, muy profundo, quería que se enterrara bien dentro, mientras clavaba también su mirada en los ojos de ese hombre que la volvía loca.

Y no solo en el sexo, que en ese terreno ya estaba perdida para siempre, Chris también le estaba gustando cada día más en muchas otras facetas...

Es más, cómo no sería la cosa que el día que tuvieron el descuido en el reservado ella llegó a imaginarse pariendo un hijo de Chris. Un hijo con los mismos ojos de lobo de su padre, un hijo inteligente, fuerte y valiente, que imaginó creciendo sano y libre en una preciosa casa con jardín, junto a sus orgullosos y dichosos padres.

Y precisamente le pareció tal locura tener semejante fantasía con alguien tan desapegado como Chris, que desde el principio le había manifestado que no quería ningún tipo de complicación amorosa, que decidió que lo más sensato era tomar la píldora.

Y aunque Chris no había manifestado que estuviera feliz con su decisión, Jessica estaba segura de que en su fuero interno lo celebraba.

Claro que en ese instante, en que estaban haciéndolo, ella percibió un punto de tristeza o de decepción, no sabía bien en la mirada de Chris y le preguntó:

—¿Estás bien? Te noto algo extraño...

Chris con el miembro hundido completamente dentro de ella, sintiéndola más que nunca, en una fusión absoluta, replicó:

—Ni yo mismo me entiendo, pero estoy... y te siento más que nunca...

Y tras decir esto, volvió a penetrarla con todas sus ganas, entregándose hasta el alma, porque con Jess no sabía hacerlo de otra forma y así estuvieron hasta que ella quiso más y cambió de postura.

Jess alzó las piernas para colocarlas sobre los hombros fuertes de Chris y él la penetró de nuevo, si bien esta vez fue mucho más intenso y profundo.

Y de esa manera estuvieron haciéndolo, hasta que él descendió con la mano hasta la vulva y con unos golpes certeros sobre el clítoris que estaba durísimo le provocó tal orgasmo, que Chris de sentir las contracciones de Jess, se excitó tanto que tras penetrarla unas cuantas veces más se derramó entero y por primera vez, dentro de ella.

Luego se quedaron abrazados, sintiendo una unión tan profunda y verdadera que Chris lamentó que ella tomara la maldita píldora.

Lo que él no sabía era que Jess en ese mismo instante estaba pensando, ajena de repente a toda lógica y sensatez, que no le habría importando para nada que esa semilla hubiera acabado germinando en su cuerpo.

Capítulo 24

Pero ninguno de los dos hizo comentario alguno, ni se atrevió a sincerarse con el otro.

Y eso que siguieron teniendo sexo, cada vez con más asiduidad, y con la sensación de que aquello se estaba haciendo cada vez más íntimo y trascendente.

De que no solo eran dos pieles buscando placer, que era algo más, mucho más profundo, pero se negaban a ponerle nombre...

Tal vez por eso, sus encuentros seguían siendo en el despacho o en los reservados, tal vez por eso habían evitado las casas de ambos.

Tenían miedo hacer frente a una verdad que estaba a punto de estallarles en la cara...

Y es que después de que pasaran las semanas y llegase un verano que arrancó con fuerza, con un calor que derretía hasta el asfalto, en una tarde de viernes, sucedió algo que los descolocó por completo.

Todo empezó en el almuerzo, cuando justo antes de que llegara el postre, ella le llevó a un reservado para que viera lo bien que se estaba adaptando a su nuevo dildo anal.

Chris le había aconsejado que se preparara a conciencia, y Jessica después de estar un tiempo entrenando con un dildo pequeño, lo había cambiado hacía dos semanas por otro más grande, y la verdad era que su anatomía estrecha estaba respondiendo de forma muy satisfactoria.

Tanto que cuando llegaron al reservado, Jessica se levantó la falda y le mostró que solo llevaba puesto el dildo grande, a Chris por poco no le dio algo.

—¿No llevas braguitas, señorita Cooper? ¿Pero qué escándalo es este?

Jess con una sonrisa pícaro, se puso con el culo en pompa, apoyando el tronco sobre una mesa de madera maciza y dijo con una voz más que sugerente y muerta de deseo:

—Es todo tuyo, señor Swift... He trabajado muy duro para ti...

Chris con una erección tremenda, amasó con ambas manos las nalgas duras y suaves y preguntó con un tono de voz bronco:

—¿Desde cuándo estás usando este dilatador? Es bastante grande... ¿Estás cómoda como él?

—Llevo dos semanas, hay días que he llegado a estar ocho horas... Al principio dolía bastante, ya sabes que mi ano es bastante quejicón.

Jessica decía esto porque habían intentado practicar el sexo anal unas cuantas veces y nunca habían podido terminar porque ella acababa cerrándose. El miembro de Chris era muy grande y su orificio era muy estrecho y sensible...

Pero ella no quería rendirse, quería regalarle a Chris ese placer anal y él aunque había insistido mil veces en que ya le daba suficiente placer, ella había insistido tanto que él le había dicho que no volverían a intentarlo hasta que trabajara bien la zona.

Y desde luego que había trabajado duro, porque cuando sacó el dilatador, observó que se había abierto como nunca.

—Jess, jamás te había visto así... Estás muy dilatada...

Jessica muy orgullosa de lo bien que había trabajado su cuerpo respondió con una excitación tremenda.

—Es para ti, es todo para ti... Tengo lubricante en el bolso... Pónmelo y fóllame duro. Hazlo te lo ruego, llevo tanto tiempo soñando con que me follas así...

Chris, durísimo, abrió el bolso y sacó el lubricante que derramó con generosidad sobre el orificio tan trabajado.

Luego, tras presionar con la palma de la mano la vulva empapada y también hinchada por la excitación, hundió dos dedos en el ano, pero dada la dilatación al momento introdujo un tercero.

Jessica arqueó la espalda al sentir esa invasión y dos lágrimas de orgullo brotaron por su rostro, cuando él dijo emocionado:

—Es la primera vez que cedes tanto, Jess... Mira qué bien entran mis tres dedos, ya no te contraes de forma automática como antes, estás totalmente relajada...

—Deseaba tanto estar así para ti, Chris... Quiero que me folles por todas partes, no podía con la idea de que no pudiéramos hacerlo de esta forma...

Chris la penetró primero despacio y después como Jess lo pedía, con más intensidad y ritmo, mientras decía:

—Siempre te he dicho que no era importante, que no pasaba nada porque no pudiéramos hacerlo, pero te agradezco tanto que te hayas esforzado así para mí. De verdad que me emociona...

Jess gimió y se entregó a esas penetraciones tan deliciosas, mientras que con la otra mano él empezó también a acariciarle los labios y el clítoris.

—Como sigas así voy a correrme...

—Quiero que lo hagas, quiero sentir tu orgasmo apretando fuerte mis dedos. Dámelo, Jess... Dámelo... Necesito sentirte gozando al máximo...

Y tras decir esto, comenzó a penetrarla con más dureza y contundencia, mientras que con la otra mano le daba palmaditas en clítoris chorreante, cada vez más rápidas y fuertes, hasta que sucumbió a un orgasmo brutal que él sintió perfectamente.

A continuación, Chris con unas ganas infinitas de dárselo todo, de derramarse entero dentro de ella, se desabrochó el pantalón, sacó su miembro duro y sedoso, lo colocó en esa entrada que ella había preparado a conciencia para él y empujó duro hasta el fondo.

Ella gimió estremecida, deseando con todas sus fuerzas poder llegar hasta el final...

—Lo estás haciendo muy bien, Jess, pero si resulta molesto, dímelo. Quiero que esto solo sea placer, ¿me oyes bien?

Ella asintió con la cabeza y él comenzó a penetrarla lento y profundo, sintiendo que esta vez estaba mucho más preparada.

Es más, con esas primeras penetraciones se dilató más todavía y entonces aumentó el ritmo...

Comenzó a hacérselo con más intensidad y contundencia, pero en esta ocasión ella no se cerró...

Al revés, se abrió más y más, el cuerpo de Jess cedió por fin como nunca y él ya sí que fue implacable, porque además ella lo estaba pidiendo.

Le exigió que le diera duro y él correspondió entregándole todo ese placer, que estaba más allá de todos los límites, porque era tan electrizante, tan intenso y tan diferente a todo, que ella solo pudo morderse la mano para no acabar gritando como un loca.

Y así estuvo aceptando ese placer infinito y desbordante, hasta que con la fruición del clítoris contra la mesa y la pura excitación, acabó corriéndose otra vez pero mucho más fuerte y más intenso.

Chris al sentir la potencia feroz de ese orgasmo, se excitó tanto que no pudo más y musitó:

—Voy a correrme, Jess... Voy a hacerlo... Ya lo tienes, preciosa.

Jess llorando de la emoción porque por fin iba a lograr eso por lo que tanto había trabajado, solo pudo susurrar:

—Dame tu leche, la quiero toda... Dámela te lo suplico...

Y entonces, Chris se desbordó por completó entre gemidos agónicos y broncos...

Exhausto, saciado, feliz, emocionado... levantó a Jess, la besó en los labios

y mirándola con el corazón a mil, le dijo lo que le salió del alma. Y es que si esa chica se había entregado a él de esa forma, se merecía que él hiciera lo mismo. Pues ya estaba bien de esconderse, de ocultar sus sentimientos, así que dijo:

—Te quiero, Jess.

Ella llorando de nuevo ya que Chris acababa de pronunciar las palabras que ella tenía en los labios, replicó:

—Y yo, Chris.

Él la abrazó, pegándola contra su pecho, y confesó sintiéndose en una nube por lo que acababa de escuchar:

—Esto que acabamos de hacer significa mucho, lo he sentido y lo sé. Sé todo lo que me has entregado y estoy muy orgulloso y emocionado. Yo no merezco tanto, Jess... Pero lo tomo porque sé que me lo das con el corazón...

Jessica muy conmovida, porque para nada esperaba que Chris se abriera de esa forma, replicó:

—Y yo también acepto estas palabras que sé que son sentidas y de verdad. Te agradezco muchísimo que te hayas abierto a mí...

Capítulo 25

Para ambos, lo que había sucedido había sido tan inesperado como extraordinario, se habían entregado todo sin reservas y ahora estaban sentados otra vez frente a frente, en la mesa del restaurante sabiendo por fin toda la verdad.

—Llevaba días dándole vueltas a muchas cosas, Jess. Y de repente, ha surgido ese “te quiero” —reconoció él.

—Yo también estoy en esa fase reflexiva, pero es obvio que cada día siento más por ti. Tal vez por eso también el “te quiero” ha salido solo, sin forzar absolutamente nada.

Chris dio un sorbo a su copa de vino y reconoció con un nudo en el estómago de los nervios:

—Es la primera vez que digo “te quiero”, ni siquiera se lo he dicho a mis padres. Imagínate...

—Hay que decirlo, cuando se siente de verdad.

Chris se echó el pelo hacia atrás con una mano, en un gesto que no pudo resultar más *sexy* para Jessica y luego confesó:

—A mí es lo que me tiene confundido porque nuestra relación no es nada convencional. Quiero decir que aunque en la forma sea el clásico rollo o lío de oficina, ese topicazo horrible de jefe y secretaria, en el fondo sabemos que lo que tenemos es mucho más que eso.

Jessica asintió porque también había reflexionado muchísimo sobre el tema y replicó:

—Es que se nos ha ido de las manos, por lo menos a mí. Yo reconozco que me metí de lleno en esto a modo de experimentación, por llamarlo de alguna manera. Jamás había tenido sexo sin una base afectiva o amorosa, y me

apetecía probar lo que era el sexo por el sexo... Bueno, mejor dicho, el sexo con admiración...

—Y un poco de odio, aunque nunca hayas reconocido que me llegaste a odiar un poquito... —precisó él, risueño.

—Lo único que te concedo es que eras insoportable, pero tan rematadamente *sexy* que perdí la cabeza y los principios por tu culpa. Y me lancé a vivir la vida loca... Pero lo peligroso de esto es que nunca es solo sexo, no cuando tienes una relación con alguien a quien ves todos los días, y a quien por tanto tienes la oportunidad de conocer bastante bien. Si solo folláramos un par de horas a la semana, como hacen los amantes, todo sería diferente. Pero es que nosotros tenemos relaciones y luego conversamos, trabajamos, compartimos cafés y mantel, en fin que estamos juntos de lunes a viernes una media de doce horas al día. Y así es muy difícil mantener esto bajo control...

—Que es justo a lo que yo tenía miedo, porque sabía que iba a pasar —reconoció Chris después de que el camarero les dejara el postre en la mesa, sendas tartas de limón.

—Lo que no sabías era que tú también podías quemarte...

Chris probó la tarta de limón que estaba deliciosa y replicó convencido:

—Más que eso, me he abrasado y ahora te juro que no sé qué hacer. Y es que en la vida he sentido nada parecido. Y mira que me ha costado llegar a esta conclusión, porque durante semanas pensé que era sexo y solo sexo. Que todo lo que estaba sintiendo se podía enmarcar en el ámbito de la atracción, del puro deseo... Pero luego empezaron a pasarme cosas que estaban más allá de todo eso... Ese no dejar de pensar en ti, yo con mis amantes jamás he tenido ese runrún, esa inquietud, esas ganas de verte a todas horas, ese morirme de la ilusión de tan solo verte sonreír, ese desear que estés bien, esas ganas inmensas de dártelo todo. Joder, eso yo no lo había sentido en la

vida... Pero como no he tenido ni una puñetera relación seria en la vida, no tengo con qué comparar, no sé si es sexo y amistad, sexo y amor, o sexo y me estoy volviendo loco de remate.

Jessica se echó a reír, y entendiéndole perfectamente, le dijo:

—He tenido parejas, pero lo que siento por ti no lo he sentido por ninguno de ellos. Y no solo me refiero al sexo, que tú bates todos los records, porque eres prodigioso. Me refiero también a la admiración, al respeto, a la camaradería, a la complicidad... Por supuesto que hay amistad entre nosotros, una amistad que cada día se hace más fuerte, pero en mi caso también hay atracción, obvio, y amor... Lo que siento por ti es amor en toda regla. Yo no tengo la menor duda... Por eso te he dicho que te quiero, es que te debo muchísimo... Has curado mi corazón hecho trizas y sin darme cuenta, y eso te lo voy a agradecer siempre.

Chris estaba tan ansioso mientras la escuchaba que se tomó el postre en apenas cinco cucharadas y sin saber qué decir, la cogió de la mano y farfulló:

—A mí es que estas cosas del corazón me descolocan, es que no sé... No tengo ni idea de nada. Solo sé que te he mirado y me ha salido decirte eso, pero lo que viene después, es que no lo sé...

Jessica probó el postre, se encogió de hombros y le aconsejó:

—Tienes que dejarte llevar... Tampoco es tan difícil.

—Pero me preocupa muchísimo hacerte daño, me agobia ser torpe y pifiarla, me angustia hacerlo todo rematadamente mal.

Jessica se tomó el postre tranquilamente y luego cuando terminó le recomendó:

—Tienes que sentir, nada más... El resto es ansiedad y miedo y no lleva a ninguna parte.

—Pero es que yo tengo muchísima ansiedad, como jamás he sentido esto que me desborda, estoy completamente trastornado. En serio, no sé cómo

gestionarlos, no sé cómo hacer para seguir con esto sin correr el riesgo de que se malogre.

—Te complicas demasiado, señor Swift. Te estás planteando esto como si fuera una complejísima operación de fusión financiera.

—Es que lo es... Después de todo lo que hemos vivido, ¿ahora qué hacemos? ¿Empezamos a salir como novios? ¿Te voy a buscar los sábados a casa y vamos al cine? ¿O directamente nos vamos a vivir juntos y nos casamos en dos meses?

—Jajajajaja. ¿Qué tal si te tomas todo con menos estrés y agobio y disfrutas del momento?

—Ojalá pudiera pero no sé cómo hacerlo.

—Si quieres podemos empezar por quedar los fines de semana... Unas veces vienes tú a mi casa, otras voy yo a la tuya... Y así...

A Chris le supo a tan poco ese plan que, tras dar un manotazo al aire, dijo:

—No me gusta estar de aquí para allá, como un nómada... Quitá, quitá...

—También podemos ir a vivir juntos, pero no sé si es un poco precipitado.

—Eso es justo lo que me da miedo, que sea demasiado pronto y que todo se vaya a la mierda.

—Y lo de quedar los fines de semana, para salir a cenar, tomar una copa o bailar supongo que tampoco te convencerá.

Chris le agarró la mano y acariciando el dorso con el pulgar, con suma delicadeza, confesó:

—Yo lo quiero todo, Jess. Pero tengo pánico a que se joda esto que tenemos ahora. Siento defraudarte, soy un puto lobo de las finanzas, un depredador salvaje, pero resulta que en los afectos soy un pelele, un maldito pusilánime.

—Es que es todo nuevo para ti. Solo es eso...

—Lo de hoy ha sido maravilloso, pero te confieso que no sé cómo seguir.

El “te quiero” ha sido lo más bonito de mi vida, pero me gustaría que no se empañara con nada.

Jessica entonces se puso un poco triste porque había algo que tenía claro:

—Escucha a tu corazón, porque cuando hay amor al final no hay miedo.

Chris entonces también se puso triste y preguntó con un nudo en la garganta:

—¿Me estás diciendo que si tengo todos estos temores, dudas e inseguridades es porque no te quiero?

—Solo digo que escuches a tu corazón, porque me parece que si lo haces todos esos temores se disiparán.

—¿Y si al final resulta que no tengo corazón? —replicó confesando su miedo más secreto.

—Me has dicho “te quiero”, si me lo has dicho es porque lo has sentido. Y si sientes, tienes corazón... Luego hay una faceta que tienes oculta, pero sé que ayudas a muchísima gente con tu fundación, eso no lo hace alguien sin corazón. Y a pesar de tus exigencias, eres el que mejor paga a tus empleados del sector, te preocupas por ellos, sé que has ayudado a Linda Petersen a sufragar la operación de su marido... Y así podría seguir con miles de ejemplos más. En fin, a mí no me engañas, sé quién eres. Ahora es tiempo de que lo descubras tú y que actúes en consecuencia.

Capítulo 26

Después de esa conversación, y como siempre que Chris sentía que estaba desbordado, que no tenía todo bajo control, decidió distanciarse de Jessica.

Ella que ya le conocía bastante, optó por darle el espacio y el tiempo que necesitara hasta que dejara de sentirse confundido.

Y, aunque le echaba muchísimo de menos, porque dejaron de verse a solas, de tener encuentros íntimos y su relación se basó a partir de entonces en lo meramente profesional, estaba convencida de que sería algo pasajero hasta que él acabara aceptando lo que les estaba pasando.

Para Jessica no había duda de que lo ocurría era que se había enamorado y que le había pillado tan de sorpresa que solo necesitaba tiempo para asimilarlo.

Ella, sin embargo, que tenía más experiencia y que no tenía ningún problema para escuchar a su corazón lo tenía en cambio clarísimo: le quería y cada día que pasaba más.

Incluso en esos momentos en que sin darle más explicación Chris había decidido enfriar la relación y volver a tener un trato meramente profesional.

Y es que sabía la batalla que se estaba librando en su interior y estaba convencida que lo mejor era esperar sin agobiarle.

Si bien, pasaron tres semanas que a Jessica se le hicieron larguísimas y Chris seguía en su mundo, evitando tratar el asunto y dirigiéndose a ella para abordar solo temas relacionados con el trabajo.

Y si bien respetaba la forma que había escogido para hacer frente a la situación, a ella se le estaba haciendo cada vez más cuesta arriba.

Es más, incluso le estaba empezando a entrar hasta cierto miedo a que Chris no supiera gestionar todas esas emociones nuevas y al final,

desbordado por los sentimientos que no sabía manejar, decidiera cortarlo todo por lo sano.

Bien, pues unos días más tarde, un viernes de verano en el que hacía un calor tremendo, después de una semana de durísimo trabajo, entre agotada y temerosa de que lo suyo con Chris se fuera definitivamente al traste, y sin que él quisiera hablar con ella de lo que estaba pasando, Jessica recibió la llamada de Edward.

—¡Hola, Jessica! ¿Qué tal todo? ¿Te pillo en un buen momento?

Jessica y Edward durante todo este tiempo no solo habían mantenido contacto telefónico, sino que habían almorzado un par de veces y desde que Chris estaba tan frío, también había acudido con él a una exposición para despejarse un poco.

Edward estaba al tanto de todo lo que estaba pasando con Chris, le había confesado la pura verdad: que se había enamorado de él, pero este estaba tan confundido como asustado.

En fin, que a pesar de que se conocían desde hacía poco, Edward se había convertido en buen amigo de esos que saben escuchar y también dar buenos consejos.

—Hola Edward, estoy tirada en el sofá porque entre el trabajo y que Chris sigue rumiando lo suyo estoy agotada.

—¿Todavía sigue sin hablar del asunto?

—Todavía y yo no pienso forzar las cosas. Cuando quiera hablar, supongo que lo hará. No quiero presionarle.

—Tiene un problema con el manejo de las emociones tan serio que no sé si sabrá salir solo del atolladero en el que se ha metido.

—¿Te refieres a que debería de acudir a un profesional? ¿A un terapeuta?

Edward resopló y respondió convencido porque sabía bien de lo que hablaba:

—Muchas veces es necesario, a mí me ayudó para superar mi adolescencia difícil.

Jessica se quedó alucinada porque lo que menos habría pensado de Edward, dado su carácter afable y tranquilo, era que había tenido una adolescencia complicada:

—No me digas que fuiste un rebelde, Edward. Es que no te pega nada...

—Lo fui, me ayudaron y aquí estoy... Más manso que un cordero.

Jessica se echó a reír y luego le contó:

—Chris estuvo yendo a terapia también en su adolescencia, pero de poco le sirvió porque mira cómo está de alterado. Y sé que lo está pasando fatal, a veces le sorprendo mirándome y está con una cara de pena que no puede con ella.

—¿Pero no has intentado hablar con él de algo que no sea trabajo? A lo mejor está esperando que tú des el paso...

—He intentado iniciar conversaciones pero en cuanto la cosa se desvía del trabajo, cambia de tema y se pone a la defensiva. Es terco como una mula, Edward.

—Y tú lo estás pasando mal, querida Jessica, te noto la voz más apagada que nunca, y no me digas que es cansancio que no te voy a creer.

—Es que le quiero, amigo. Esto que siento por él es cada día más grande y no sé cómo sacarle de ese pozo en el que se ha metido. No quiero agobiarle, no quiero precipitar nada, pero te confieso que tengo miedo a que decida romper con esto. Me da pavor que llegue a la conclusión de que no puede lidiar con este sentimiento tan nuevo para él y que opte mandarme a paseo.

—Pues si lo hace, ya sabes dónde estoy... Yo soy un chico muy apañado, sin problemas con la gestión de las emociones, solvente económicamente... En fin...

Jessica se echó a reír porque el tono de Edward no podía ser más

simpático.

—Desde luego que todo sería mucho más fácil si me hubiera enamorado de ti... Pero no mando en mi corazón, me he enamorado del terco del lobo y ahora a ver qué hago...

—Chris es un hombre inteligente y valiente, es imposible que acabe decidiendo no ser feliz al lado de la mujer que ama.

Jessica suspiró y luego confesó muy angustiada:

—La última vez que hablamos tenía tantos miedos y dudas que estoy muy preocupada. Es tan bruto que igual piensa que no tiene corazón y que no me merece, qué sé yo... Esta situación va a acabar conmigo...

—Tú eres muy fuerte, Jessica, claro que puedes con esto y con más. El otro día lo hablaba con Sandy, la recepcionista...

—Uy, uy, uy, ¿sabes que Sandy no para de hablarme de ti?

—Cuando te llamo, siempre lo coge ella, empezamos un día a hablar de vinos, ¿sabes que es una experta? Su padre era bodeguero y se crió entre viñas...

—No, no tenía ni idea. Sandy jamás me ha hablado de esa parte de su vida.

—Es que su padre murió, tuvieron que venderlo todo y para ella fue un palo tremendo. No le gusta mucho hablar de esa etapa, de hecho no ha vuelto a pisar un viñedo desde entonces... Pero le dije que eso no podía ser, que en el fondo amaba ese mundo y que no podía darle así la espalda. Total, que la he invitado a pasar el fin de semana y dice que si fueras tú, tal vez se animaría...

—¡Cómo es esta Sandy! Mira que no decirme nada... Yo creo que es porque le gustas y no quiere que le haga preguntas.

—¡Ojalá! —masculló Edward, delatándose.

—Pero Edward... Si hace unos segundos te acabas de postular como novio mío, si el Lobo al final decide salir por patas...

—El Lobo está enamorado hasta las trancas de ti y tú de él... Estaba de broma, para que te relajés un poco... Reconozco que me gustaste muchísimo, pero es que Sandy, no sé... ¿Sabes que siempre me han gustado las pelirrojas? Me llamó la atención la primera vez que la vi en la oficina, pero luego mientras esperaba a que te pasara la llamada, empezamos a hablar y...

—Vamos, que voy a tener que ir a los lagos Finger el fin de semana con ella. No me digas más...

—Pues sí, por favor, amiga... Estoy empezando a sentir algo por Sandy y necesito saber qué es. Además, tenemos que ayudarla a que vuelva a disfrutar de algo que le apasionaba. Ella adora mi mundo y yo puedo hacer que sane su herida de una vez...

Jessica suspiró encantada porque la idea de un romance entre los dos le pareció de lo más bonito, es más si lo pensaba bien hasta hacían buena pareja. Los dos eran personas increíbles, que merecían lo mejor, por eso dijo:

—Voy a llamarla ahora mismo y prepárate que mañana a primera hora nos tienes allí. Tenemos que aprovechar muy bien el fin de semana.

Capítulo 27

El fin de semana fue sencillamente delicioso, a Jessica le vino muy bien para desconectar del agobio de Manhattan y sobre todo de la distancia que Chris había puesto entre ellos.

Pasearon entre viñedos, se bañaron en la piscina, hicieron un par de excursiones por la zona y cenaron un restaurante español de lo más encantador.

Y lo mejor de todo...

Sandy no solo volvió a pasear feliz entre viñedos, sino que en un momento en que se quedó más atrás junto a Edward se besaron...

Y según le habían contado los dos, cada uno por su lado, el beso había sido tan de película que no les había quedado más remedio que repetirlo unas cuantas veces más...

Se les veía tan encantados, que Jessica se sentía muy contenta por ellos, porque si había dos personas buenas que se merecieran ser felices eran ellos.

Así que muy emocionada por lo que había sucedido con sus amigos, Jessica volvió el lunes al trabajo donde le esperaba una buena sorpresa.

Y es que cuando a primera hora apareció en el despacho de Chris con el café bien cargado como todos los días, se lo encontró pálido, ojeroso y como descompuesto.

—Dios, Chris, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—No, pero sí... O sea ahora te explico... Pasa, que necesito hablar contigo.

Jessica cerró la puerta pensando que se refería al informe que acababa de enviarle por correo electrónico.

—Al informe le faltan todavía unos cuantos datos para que sea exhaustivo,

pero creo que esa farmacéutica es una buena inversión. Para empezar...

Chris se revolvió en su asiento y le pidió mordiéndose los labios de la ansiedad:

—¡Maldita sea, no quiero hablar de trabajo! Estoy harto de solo hablar de trabajo contigo...

Jessica se encogió de hombros y fue del todo sincera con él:

—¡Pues anda que yo! Estoy aburridísima, pero no quería presionarte ni agobiarte. Respeto tus tiempos, supuse que cuando te aclararas me hablarías...

Chris resopló y, tras frotarse los ojos porque no había pegado ojo en toda la noche, replicó:

—No se trata de aclararme, porque sé bien lo que siento por ti. Lo que sucede es que es tan nuevo, tan grande, tan increíble que no tenía ni puñetera idea de cómo hacerle frente... Es como que de repente te viene un huracán que se lo lleva todo... ¿Qué haces? Llegaste a mi vida y te has ido llevando una a una todas mis certezas, todas esas cosas en las que creía y con las que me manejaba muy bien en este mundo cabrón. Y me sentí más vulnerable que nunca, y créeme que para un obseso del control como yo, esa sensación es terrorífica... Tanto que he tenido que ir a terapia...

—Me figuraba que lo estabas pasando fatal... Menos mal que decidiste pedir ayuda, me alegro tanto...

—Después de mi experiencia de jovencito no era que confiara mucho, pero necesitaba que me sacaran del maldito bucle en el que me había metido yo solito porque te amo, Jess.

Jessica que no las tenía todas consigo, es más cuando le había visto con esas ojeras y tan angustiado estaba convencida de que lo que iba a decirle era que después de pensarlo bien iba a dejarla, sintió que se le iba a salir el corazón. Así que solo pudo musitar:

—¿De verdad?

Chris se levantó, fue derecho a por ella y la abrazó con fuerza contra su pecho...

—Joder, Jess, te amo con todo mi corazón. No sabes cuánto me ha dolido no tenerte estos días... Cuánto he echado de menos nuestras conversaciones, nuestras risas, nuestros encuentros más íntimos...

Jessica temblando entera se abrazó fuerte a él y con dos lágrimas enormes recorriéndole el rostro de la emoción, le dijo:

—Ha sido horrible y a medida que pasaban los días tenía más y más miedo... De hecho, pensaba que me habías llamado para decirme que lo nuestro no podía ser...

Chris le enjugó las lágrimas con los dedos, con mucho cuidado, y habló:

—Lo que no podía ser era lo mío. Tenía tal empanada mental, entre mis angustias y mis miedos, que lo hice de la peor manera. Tanto que yo también tenía miedo a que ya no quisieras nada conmigo...

—¡Vaya dos! —musitó ella esbozando una pequeña sonrisa.

—Perdóname por todo, Jess. He sido un necio y un cobarde, pero estoy dispuesto a enmendarlo. Te juro que esto no va a pasar más porque ya no tengo miedo a esto que siento, porque quiero vivirlo y quiero hacerte feliz.

Jess emocionada, tragó saliva y replicó otra vez sin creerse aún que estuviera escuchándole hablar de esa forma:

—Estuve el fin de semana en los lagos Finger con Sandy y Edward, que por cierto están juntos.

Chris gratamente sorprendido replicó:

—¿Y cómo es eso? ¿Pero Edward no estaba enamorado de ti?

—Le gusté, pero le dejé bien claro lo que me pasaba... Y era tan evidente que estaba loca por ti que aceptó el papel de amigo y la verdad es que gracias a él he podido sobrellevar esto mejor. Hablamos, hemos salido por ahí unas

cuantas veces y él no paraba de decirme que estuviera tranquila que tú me amabas... El caso es que cada vez que me telefoneaba, porque como yo tengo siempre mi teléfono móvil echando humo, Edward llamaba al de la centralita, y como yo suelo tener también la línea ocupada, el pobre hacía tiempo mientras yo le atendía hablando Sandy... Y de tanto hablar y hablar, surgió algo. Y ayer se besaron entre los viñedos... Hacen un parejón y los dos son geniales, me hace muy feliz que estén juntos.

—Sandy es una buena chica, leal, trabajadora, dulce... Me alegro mucho por ella... Y en cuanto a Edward... tenemos que quedar a cenar los cuatro para agradecerle lo que ha hecho por ti estos días en los que yo estaba atravesando un jodido calvario.

—Me ha ayudado mucho, y siempre confió en que tú y yo acabaríamos juntos. No paraba de decirme que eres un hombre inteligente y valiente... Pero yo tenía tanto miedo, Chris... Tanto...

Chris la abrazó otra vez muy fuerte, luego la miró a los ojos y le aseguró con el corazón latiéndole como nunca:

—No tienes nada que temer, Jess. Estos días me han servido para darme cuenta de lo que quiero. Y eres tú. Sé que no soy el mejor hombre del mundo, sé que he hecho muchas cosas mal, pero sé que ahora tengo la mayor certeza que jamás tuve: y es que te amo. Y seguramente no lo voy a hacer siempre bien, habrá días que seré insufrible, intratable, que tendrás ganas de mandarme a la mierda con todo tu ser... Y posiblemente te decepcione en algo, o no esté de la manera que lo necesites en algún momento, pero... nunca voy a dejar de amarte con toda mi alma... Porque eso es lo que hago y eso es lo que quiero hacer hasta el resto de mis días.

Jessica con los ojos llenos de lágrimas de pura emoción, solo pudo pedirle:

—Dime que no estoy soñando, dime que es verdad, Chris...

Chris la agarró por el cuello y la besó para que no le quedara ni la más

mínima duda de que aquello era cierto.

Después, con los labios pegados a los de ella, musitó feliz como jamás imaginó que podía serlo:

—Yo sí que no me lo creo. Anoche no pegué ojo pensando en cómo iba a decirte que ya no puedo vivir sin ti. A ver, que poder puedo, pero que la vida es muchísimo mejor contigo. Te he echado tanto de menos, Jess... Pero quería ser digno de ti, tú te mereces una pareja que se entregue con todo, que se desviva por ti, que te ame con locura y sin miedo. Y yo aquel día en el restaurante sentí que el reto me venía muy grande, que no estaba preparado, que tú merecías algo mucho mejor que un tío sin corazón... Porque te juro que en aquel instante sentí que no lo tenía... Pero mira tú por dónde que gracias a estos días distanciados y sobre todo gracias a la terapia, me he dado cuenta de que si te extrañaba tanto, si me dolía muchísimo la ausencia era precisamente porque tengo algo aquí dentro, en el corazón, y ese algo es totalmente tuyo...

Capítulo 28

Jessica no pudo evitar que dos lágrimas enormes cayeran por su rostro porque lo había pasado francamente mal durante esas últimas semanas. Tan mal que ahora de verdad que le costaba creerlo...

Chris la amaba y estaba ahí, después de luchar contra sus miedos y bloqueos para entregarse entero, para amarla y para cuidarla.

Y ella por supuesto que estaba dispuesta a hacer lo mismo, por eso tras retirarse las lágrimas con los dedos, habló:

—Te amo, Chris. Y me siento muy orgullosa de ti, imagino que habrás tenido que librar una batalla muy dura para llegar hasta aquí, pero te garantizo que va a merecer la pena.

Chris la agarró por la cintura y, duro como no recordaba, la estrechó contra su dureza y la besó apasionado en los labios...

Si bien, cuando estaban en lo mejor del beso, dieron unos golpecitos a la puerta, que de pronto se abrió...

Era Pamela Wall que una vez más los pilló in fraganti y que al instante se disculpó:

—¡Dios Santo, perdón! Chris, no sabía que estabas... reunido...

Y tras decir esto se marchó dando un portazo mientras Jess y Chris rompían a reír...

—¡Qué pillada! —exclamó Jessica sin apartarse de él.

—No pasa nada. Como te dije aquella vez, Pamela es de mi total confianza... Además, esto va tan en serio señorita Cooper que muy pronto la empresa tendrá que enterarse de que nos casamos...

Jessica muerta de risa, porque aquello solo podía ser una broma, replicó:

—¡Oh, sí, claro para que vayan preparando los modelitos!

Chris sin embargo se puso muy serio, la cogió por la barbilla y le aseguró:

—Quiero casarme contigo. Y preferiría que fuera cuanto antes... No soporto estar ni un día más sin ti.

—Pero lo normal es que antes seamos novios y luego...

Chris negó con la cabeza y, tras dar un manotazo al aire, le recordó:

—Yo no soy normal. Y tampoco estoy para noviazgos, ¿eso qué implicaría: seguir viviendo cada uno en nuestra casa? ¿Quedar los sábados para ir a cenar? ¡Ay no, mira, yo no quiero eso! A mí concédeme tu mano y todos tan tranquilos.

Jessica soltó una carcajada porque ese hombre era jefe hasta para declararse:

—¿Pero tú te escuchas? ¡Me estás pidiendo que me case contigo en el mismo tono en el que me pides los informes!

Chris se mordió los labios, se revolvió el pelo con la mano y repuso:

—Jess, ayúdame, yo no tengo ni idea de cómo se hace esto...

—Yo es que tampoco sea una experta, lo que he visto en las películas. Hay quien clava una rodilla en el suelo, hay quien sorprende con el anillo en la copa de champán, yo qué sé: tampoco es que tenga mucha idea de cómo se pide matrimonio —replicó risueña encogiéndose de hombros.

—Pues deja a un lado el procedimiento y vamos derechos al grano. ¿Tú quieres casarte conmigo? Creo que te puede interesar bastante, vale que yo soy un tipo a ratos insufrible y con un carácter de mierda, pero te prometo que voy a estar siempre ahí, para dártelo todo... Y ese todo es todo, desde sexo salvaje a paseos románticos por Central Park... El otro día lo pensaba... anda que no hemos hecho juntos guarrerías, pero mira que nunca pasear de la mano como dos estúpidos enamorados... Yo quiero eso, Jess, quiero las cursiladas y follar sin parar... Joder, lo quiero todo... Y luego niños... perros... y todo lo demás... Ya sabes cómo soy, si apuesto: apuesto fuerte y

para ganar. —Luego, Chris se encogió de hombros y explicó—: Disculpa, pero es que no sé hacer otra cosa.

Jessica muerta de risa, porque la petición de matrimonio no podía ser más al estilo Chris Swift, replicó:

—Sé cómo eres y me encanta. En cuanto a lo de la boda, me pilla un poco con el pie cambiado, porque hasta hace un rato estaba convencida de que pasabas de mí... Pero...

Chris se llevó la mano al pecho de la ansiedad por saber qué iba a decir:

—Sé buena conmigo, Jess. Si me vas a dar calabazas, hazlo suavemente...

—¿Calabazas? Jajajajaja. ¡Pero si me muero por estar contigo! ¡Cómo no te voy a decir que sí! ¡Sí y mil veces sí!

Los dos se abrazaron ilusionados y felices sin apenas sospechar que una semana después iba a suceder algo muy desagradable que iba a empañar tanta alegría...

Y es que Pamela, siete días después, apareció en el despacho de Chris a primera hora de la mañana, con una carpeta y una cara de circunstancias tremenda:

—Tengo que hablar contigo de algo muy serio y personal. Sabes que soy una persona discreta, pero he descubierto algo que creo que debes saber.

Chris con un gesto de preocupación, le pidió que tomara asiento y le rogó que le contara sin más prolegómenos:

—Habla por favor...

Pamela carraspeó un poco, se echó la melena a un lado y luego musitó nerviosa:

—Se trata de Jessica Cooper...

Chris se envaró más preocupado todavía al escuchar su nombre y preguntó perplejo:

—¿Le ha pasado algo a Jessica?

—He descubierto algo que creo que debes saber. Ya no solo por la relación personal que tienes con ella, sino también por tus intereses empresariales.

Chris sin dar crédito a lo que estaba escuchando, porque confiaba plenamente en Jessica, le exigió:

—Habla de una vez, pero solo te pido que hayas contrastado bien tu información, porque Jessica para mí es intocable.

Pamela frunció los labios y luego replicó muy segura de lo que estaba diciendo:

—Veremos si sigues pensando lo mismo de ella cuando te muestre esto...

Y a continuación, sacó de la carpeta unas fotos donde se la veía junto a Edward, en restaurantes, en una exposición, en su viñedo en los lagos Finger... Además, las fotos estaban tomadas de tal forma que podían dar lugar a pensar que entre ellos había algo más que una relación amistosa.

En una él la tomaba por el brazo, en otra ella le daba un beso que parecía ser de despedida, pero que por el ángulo podía interpretarse que se lo estaban dando en los labios...

Y todas así...

Chris sabía bastante sobre ese tipo de fotos porque algunas modelos y actrices habían intentado hacer pasar su relación meramente amistosa por algo más serio y para eso no habían dudado llamar a la prensa para que hiciera el mismo tipo de fotos que Pamela le estaba mostrando.

Así que, sin dar ninguna importancia a lo que estaba viendo, inquirió:

—¿De dónde has sacado esto?

Pamela se puso muy seria y respondió mientras buscaba una foto en concreto:

—Verás, nunca me gustó Jessica Cooper, no me digas por qué. Fue una cuestión de instinto que nunca me falla. Y tú lo sabes porque me conoces

cómo soy como profesional. Hay algo en ella que me provoca rechazo y ya cuando os vi besaros en el ascensor se me dispararon todas las alarmas. Así que le puse un detective...

Chris apretando fuerte la pluma estilográfica, le miró espantado y replicó:

—¿Qué has hecho qué? ¡Pamela de verdad que no te reconozco! ¡Esto es de todo punto impropio y para nada lo esperaba de una profesional seria y competente como tú! Jessica no me está ocultando nada, sé que ha salido con Edward, es más se han hecho amigos y a mí me parece perfecto.

—Seguro que no te parece tan perfecto cuando veas la última foto que tengo para mostrarte.

Y entonces, Pamela cogió una foto en la que se les veía juntos en una final de baloncesto de hacía tres años, muy risueños y acaramelados.

A Chris le faltó tiempo para arrebatarse la foto de la mano y solo tuvo que observarla unos instantes para preguntarle a Pamela terriblemente decepcionado:

—¿Por qué nos estás haciendo esto, Pamela?

Capítulo 29

Pamela convencida de que estaba saliendo todo tal y como lo había planeado replicó:

—Sé que estás muy ilusionado con esa chica, pero me he visto obligada a abrirte los ojos. ¡Te está engañando vilmente, Chris! Te ha engatusado para que invirtieras en el negocio de su amante... Es obvio por la foto que llevan juntos desde por lo menos hace tres años. El plan era muy sencillo: seducirte, manipularte y hacer que invirtieras. Pero dime la verdad, ¿no te pareció raro que te propusiera esa nueva línea de inversiones? ¿Desde cuándo en esta compañía se ha invertido en empresas vitivinícolas de pacotilla? Lo que no entiendo es cómo pudo embaucarte de esa forma... Y desde luego que siento abrirte así lo ojos, pero viendo la deriva que está tomando esto, me he visto en la obligación de desenmascarar a esa mujerzuela...

Chris al escuchar a Pamela hablar así de Jess le entraron ganas de todo, pero se limitó a coger la foto que acababa de mostrarle y a romperla en cuatro pedazos.

Luego, mientras Pamela le miraba con una especie de ruin satisfacción en la mirada, le advirtió:

—Tengo demasiadas amigas modelos y actrices, las suficientes como para saber reconocer una foto trucada a la legua.

Pamela dio un respingo en su asiento y replicó nerviosa:

—Estás fotos no están trucadas...

—No, las del detective no, las del detective están tomadas con muy mala leche para que parezca que hay algo entre Jessica y Edward, la que está trucada es la del partido. ¡Esto es tan ridículo! ¿Pero de verdad pensabas que iba a caer en esta burda trampa? ¿Que iba a tragarme el cuento de que Jessica

y Edward se conocen de antes? ¿Que son amantes y que en su ambición sin fin son capaces de todo? —Chris le clavó la mirada con un enojo infinito y exclamó alto y claro—: ¡Mira, no cuelea! ¡No cuelea de ninguna de las maneras, así que dime la verdad y confiesa qué es lo que pretendes con esta farsa!

Pamela al verse descubierta, bajó la vista al suelo y reconoció:

—He forzado las pruebas para ganar tiempo, pero sé que esa chica no te conviene. Y más temprano que tarde lo descubriré...

Chris dio un golpe en la mesa y, con los ojos echando chispas del cabreo que tenía encima, le exigió:

—¡Deja de decir bobadas o me vas a obligar a pensar que te has vuelto chiflada!

Pamela entonces se puso al borde de las lágrimas y, como si eso pudiera justificar lo que acababa de decir, confesó:

—Yo sí que te quiero.

Chris se quedó perplejo, porque esperaba cualquier cosa menos esa repentina declaración de amor.

—¿Que tú qué?

—Lo que oyes, estoy enamorada de ti desde el primer día que pisé esta empresa. Y siempre te comprendí, jamás me importó que salieras con todas esas modelos porque sabía que no eran importantes y nunca perdí la esperanza de que un día te percataras de que la que estaba siempre era yo. La leal, la servicial, la dispuesta y entregada Pamela Wall, pero mira tú por dónde de repente apareció ella... Después un montón de secretarias que salían corriendo espantadas por tu carácter y exigencias, aparece esa pánfila sumisa que resulta que lo soporta todo... Pero lo peor no es eso, sino que va y te seduce haciéndose la que nunca ha roto un plato. Y no me la creo, no me la creo para nada...

Chris se llevó la mano a la frente, presa de una desesperación y una rabia infinitas, y autocontrolándose para no caer en sus provocaciones, le exigió:

—¡Hazte un favor y cállate!

Pamela furiosa también, se puso de pie y repuso muy indignada:

—No me voy a ir de aquí hasta que escuches la verdad. Esa chica está contigo por conveniencia, estoy investigando ahora su etapa en París y deberías saber que se acercó a ese cocinero por puro interés. Quería su dinero y cuando vio que no podía sacarle ni un centavo más, regreso a Manhattan a buscar otra víctima. Y te eligió a ti, su mejor presa...

Chris la miró, le lanzó una mirada furibunda y le ordenó:

—¡No quiero escuchar ni una palabra más. Coge tus cosas y vete!

Pamela le sostuvo la mirada y, encarándose con él, le reprochó:

—¿Así me pagas después de lo que he hecho por ti? Me he dejado la vida en esta maldita compañía, me he desvivido por ti y ahora estoy protegiéndote de esa trepa arribista, ¿cómo es que no puedes verlo? ¿Qué es lo que te da esa mosquita muerta? Es que no puedo entenderlo, podrías estar con las mujeres más bellas de planeta y te enredas con esa chica que no puede ser más vulgar y que se ve de lejos que está contigo por puro interés...

—¡Tú sí que me has tenido engañado, Pamela! Y yo que pensaba que eras leal... ¡Me llegas a presentar estas fotos hace unas cuantas semanas, cuando estaba perdido y confundido y habría cometido el error más grande mi vida! Menos mal que ahora estoy en paz con todo, que soy feliz como jamás lo había sido gracias a Jessica y en consecuencia estoy más lúcido que nunca.

—¿Lucido? No me hagas reír, esa chica te tiene sorbido el seso... Mejor dicho el sexo... Porque menuda zorrón, ¿no te parece que es demasiado ligerita de cascos para ser tan buena chica?

Chris ya sí que no pudo más, se levantó, le abrió la puerta y le gritó:

—¡Sal de mi vista! ¡Ya! Y más te vale que te vayas del país porque voy a

empeñarme a fondo en que todo el mundo sepa quién eres realmente y créeme que no te va a contratar nadie.

Pamela lejos de irse, se sentó en la silla y empezó a gimotear:

—Yo te quiero, yo sí que soy digna de un hombre como tú, y no esa putilla que te ha engañado vilmente haciéndote creer que es una cándida muchacha.

Chris apretando fuerte las mandíbulas y, loco por perder de vista a esa trastornada para siempre, le advirtió:

—No voy a tolerar ni una falta de respeto más. ¡Sal de aquí o lo vas a lamentar! No me provoques más, Pamela... ¡Sabes que puedo ser implacable!

Pamela se levantó, se secó las lágrimas y le soltó cuando estaba frente a él:

—Yo era la mujer perfecta para ti. Vengo de una buena familia. Soy inteligente, culta, trabajadora y muy buena en el sexo. Yo seguro que la chupo mucho mejor que esa muerta de hambre. ¿Quieres probarlo? —preguntó cayendo de rodillas frente a él.

Chris, asqueado, se apartó de ella y le preguntó:

—¿No te da vergüenza? Ten al menos la dignidad de irte...

Pamela se puso de pie y mirándole con una cara de loca que daba susto, le habló:

—Si lo prefieres puedes follarme por donde quieras...

—Estás mal, estás muy mal de la cabeza...

—Simplemente cuando tengo un enemigo lo estudio a fondo, por lo que solía meterme en la computadora de la buena de Jessica Cooper. Y mira tú por dónde que descubrí que compraba ciertos juguetitos...

Chris ya sí que no pudo más, sacó su teléfono móvil, llamó a seguridad y dio la orden de que la echaran del edificio.

—¡Sam, sube a mi despacho! —le exigió Chris a su jefe de seguridad—. Y avisa al resto del equipo para que no vuelvan a dejar entrar a la compañía a Pamela Wall.

—Te libras de mí como si fuera un trapo viejo, pero sé que te vas a arrepentir. Conmigo tenías la posibilidad de ser feliz, pero lo has tirado todo por la borda. Y lo vas a pagar caro, muy caro, porque sé que esa arrastrada te va a hacer un desgraciado. Si vieras la casa donde viven sus padres en Chicago, con los seis hermanos, en un agujero en una de las zonas más humildes... Uf. Estos te van a sacar la sangre, por no hablar de ella, que te dejará en cuanto encuentre un pez más gordo. Tiempo al tiempo...

Justo en ese instante apareció Sam, el jefe de seguridad, con dos personas de su equipo, y Chris le pidió que se la llevaran:

—¡Sacadla de mi vista! ¡Ahora!

—¡Eres un malnacido, Chris Swift, y te mereces todo lo malo que te va a pasar! —soltó Pamela, y acto seguido le lanzó un escupitajo que Chris pudo esquivar.

Chris la miró cabreadísimo y le recomendó ansioso por perderla de vista para siempre:

—¡Búscate un buen psiquiatra y no se te ocurra acercarte a nosotros en tu vida!

Capítulo 30

Cuando Jessica regresó de hacer unas gestiones fuera de la oficina, se enteró por Sandy que acababan de sacar a Pamela a gritos del edificio:

—Tenías que haberla visto, estaba como poseída, solo le faltaba echar espuma por la boca. ¡Y no paraba de lanzaros maldiciones a ti y a Chris! ¡Daba auténtico miedo, amiga! Chris lo ha tenido que pasar fatal...

Jessica muy preocupada pasó al despacho de Chris que estaba con el teléfono móvil en la mano a punto de hacer una llamada.

—¡Dios, qué bien que estés aquí! —exclamó Chris respirando aliviado al verla—. Precisamente, iba a llamarte ahora mismo. Estaba muy preocupado por si te encontrabas con Pamela. No te imaginas lo que ha sucedido...

—Sandy acaba de contarme que se la han tenido que llevar los de seguridad porque estaba enloquecida. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Chris la abrazó con fuerza y, luego acariciándole la espalda, respondió:

—Está todo bien. No pienso permitir que nadie ni nada nos separe. Me ha costado muchísimo llegar hasta aquí, vencer tantas y tantas resistencias, como para que una loca nos arrebatase nuestra felicidad.

Jessica, todavía sin dar crédito a lo que había sucedido, replicó confundida:

—Pero no entiendo nada. Tú confiabas plenamente en Pamela. Siempre decías que era alguien de confianza, discreta y leal.

—Eso pensaba, pero me ha engañado vilmente. Resulta que estaba enamorada de mí desde siempre, desde la primera vez que pisó estas oficinas y se ha trastornado con lo nuestro. Daba miedo escucharla: te puso un detective, te investigó, hasta sabe dónde viven tus padres en Chicago. Pero lo peor es que ha venido hace un rato con fotos de Edward y tú, tomadas de tal forma que parece que entre vosotros había algo más que amistad, y luego ha

incluido otra en los que se os ve acaramelados en un partido de hace tres años.

Jessica con un mal cuerpo terrible, solo de pensar que esa víbora podía haberles hecho tanto daño, replicó:

—¡Menos mal que no has caído en la trampa! Yo te juro que jamás he tenido nada con Edward, ni que le conocía de antes. Te recomendé que invirtieras en sus vinos porque me parece una buenísima apuesta.

Chris llevó el dedo índice a los labios sedosos y dulces de Jess y le dijo más enamorado que nunca:

—Por favor, Jess, no tienes que decir nada. Creo y confío en ti. Además, gracias a mi etapa de mujeriego, algo bueno ha tenido al final, sé perfectamente cómo se puede manipular una fotografía para lograr lo que se desea. Así que tranquila, sé que entre Edward y tú jamás ha habido nada, y por supuesto que me recomendaste que invirtiera en su empresa porque me convenía, fue una decisión sabia y puramente profesional.

Jessica suspiró todavía agobiada por lo que podía haber pasado si Chris no llega a percatarse de la farsa y luego habló:

—Gracias por creer en mí. Solo de pensar en que podía habernos separado esa loca es que me pongo enferma.

Chris la abrazó otra vez y, tras besarla en los labios, musitó:

—Te entiendo porque llegué a pensar lo mismo. Si llega a aparecer con las fotos cuando estaba en esos días en los que entré en bucle por culpa de todos esos miedos que me atormentaban, tal vez habría entrado en su juego. Pero no creo que hubiera llegado muy lejos con la artimaña, porque habría hablado contigo y al final se habría sabido la verdad.

—Eso es cierto, pero de todas formas: no entiendo cómo puede haber gente tan mala.

—Lo importante es que estamos juntos, Jess. Que lo nuestro es fuerte y

sólido, así que da igual lo que venga: estando juntos todo saldrá bien.

Jessica sonrió ya más tranquila y luego le confesó tras acariciarle el rostro con cariño:

—No puedo creerme aún que estés hablando de tus sentimientos con esa seguridad y esa determinación.

—Es que te he hecho caso y por fin escucho a mi corazón... Por cierto, hablando de sentimientos y de mi corazón de lobo cabrón, justo antes de que entrara esa loca a mi despacho, acababan de traerme algo con lo que pretendo enmendar un error que cometí la semana pasada.

Jessica arrugó el ceño y, pensando que se trataba de trabajo, preguntó:

—¿Te refieres a que por fin te han enviado los de Pinker Asociados el balance de cuentas de la tecnológica de...?

Chris sacó una cajita de Chopard del bolsillo y, muy feliz, interrumpió a Jessica:

—Me refiero a esto, señorita Cooper.

Chris abrió la caja y le mostró un fabuloso anillo de pedida de oro blanco y diamantes:

—¡Oh, no puede ser! ¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Jessica llevándose la mano a la boca de la emoción.

Chris entonces asintió con la cabeza y clavando la rodilla en el suelo, a la manera clásica, se declaró a la mujer de su vida:

—Señorita Cooper, sé que no te merezco, sé que jamás estaré a la altura de tu bondad, tu generosidad, tu entrega y tu sabiduría...

Jessica puso una mueca muy graciosa y le reprendió risueña:

—¡No te pases, Chris, tampoco soy una santa! Y tú mejor que nadie lo sabes.

—Eres la mujer más *sexy* que conozco, por eso me gustas. Por esa mezcla entre dulzura y pasión, fortaleza y delicadeza, ternura y determinación. Me

gustas tanto, Jess, que aunque no te merezca...

—¡Ay qué pesadito estás con eso! ¡Claro que me mereces, eres un lobo con un corazón enorme!

Chris arqueó una ceja y preguntó sorprendido:

—¿Tú crees que es tan enorme? No sé, no sé... Pero si algo tengo claro es que este corazón mío, te ama con todas sus ganas. Por eso, me gustaría proponerte a ti, hermosa Jessica...

—¡Uy qué ceremonioso te estás poniendo: pareces un caballero medieval!

Chris se echó a reír y luego siguió con su declaración:

—Calla, anda, no me lo pongas más difícil, no veas lo complicado que es esto y más para un hombre sin experiencia como yo.

—¡Más te vale que no tengas mucha experiencia pidiendo matrimonio! — bromeó ella.

—Ninguna, es la primera y la última vez que me enamoro, porque voy a por todas, Jessica. Esto es para siempre... si te parece bien...

Jessica suspiró y, mirando emocionada al hombre que amaba con toda su alma, replicó:

—¡Me parece genial!

—Entonces, me gustaría saber si querrías aceptarme como esposo.... Ya sé que soy cabronazo, borde, cargante y a ratos odioso, pero te juro que voy a esforzarme todos los días de mi vida por ser digno de ti.

Jessica estiró la mano y le exigió muerta de la ilusión y de la emoción:

—¡Trae para acá ese anillo y deja de repetirme lo que ya sé!

Chris la miró con los ojos llenos de lágrimas y el corazón a mil y le preguntó:

—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo?

Jessica le arrebató el anillo y ella misma se lo puso encantada de la vida. Luego se lo mostró orgullosa agitando los dedos y respondió:

—¡Sí, sí y mil veces, sí!

Chris se puso de pie y, con una sonrisa enorme, comentó:

—¡Jamás había visto una novia tan ansiosa por ponerse un anillo, vamos que me lo has quitado de la mano!

—Es que te estabas poniendo de un pesado...

—Es que entiende que me cueste creer que esto me esté pasando a mí. Te recuerdo que yo era un tío que no creía en el amor hasta que apareciste en mi vida, y ahora mírame... Debo tener una cara de pánfilo que debe dar asco y lo que me espera... Porque ya verás cuando nazcan los niños...

Jessica sonrió y, tras besarle con toda la pasión del mundo, replicó:

—¡Y luego soy yo la ansiosa! ¡Pues anda que tú que ya estás pensando en niños!

—Niños, perros, fiestas de Navidad con toda la familia... ¡No sabes cómo me gusta la idea de tener seis cuñados! ¡Tiene que ser una cosa formidable!

Los dos se echaron a reír mientras pensaban que no podían ser más felices...

EPÍLOGO

No obstante, se equivocaban porque a medida que fueron pasando los meses aquello fue a más.

Primero con la boda que se celebró meses más tarde y en la que Chris por poco no se muere al ver a Jess aparecer en la iglesia vestida de novia.

Y es que todavía no podía creerse cómo un hombre como él, que no creía en nada, podía haber tenido la suerte de que una mujer como Jessica le hubiera dicho sí, alto y claro.

Pero sucedió, y los dos salieron de la iglesia convertidos en marido y mujer en tanto que los cuñados les arrojaban toneladas de arroz.

Sandy y Edward también estaban con ellos, celebrándolo felices, y ansiosos porque en breve ellos también iban a contraer matrimonio.

Tras la boda, se fueron de luna de miel a París, donde Chris se esforzó en borrar hasta el último mal recuerdo de la estancia última de Jess en la ciudad del amor.

Y lo logró, porque desde entonces Jess siempre asoció París con la luna de miel más *hot* y romántica del mundo.

¡Quién iba a decirle a Jessica cuando dejó la ciudad muerta de pena, que volvería un año más tarde con el amor de su vida!

Sin embargo, a veces tiene que salir todo rematadamente mal para encontrar tu verdadero destino.

Y el destino de Jessica era el Lobo y viceversa...

La chica que tenía el corazón roto no solo encontró el amor en el hombre que no tenía en su agenda enamorarse, sino que dos años después de la boda tuvieron a una niña preciosa que llamaron Eugene.

Después vinieron Tom, Richard y Luke...

Y los seis perros...

Y la casa enorme en la que nunca se escuchaba el silencio.

Y Chris ya sí que no pudo ser más feliz pues por fin sintió que tenía todo por lo que merecía la pena luchar, eso mismo que su abuelo le vaticinó que algún día tendría.

Y por supuesto que con tantísimo amor, jamás se le ocurrió volver a dudar de si tenía corazón.

Porque lo tenía, vaya si lo tenía, pues quería a los suyos a rabiar, como jamás imaginó que se podía querer con su corazón de lobo intratable. El mismo corazón que estaba seguro de que iba pertenecerle a Jess y a sus hijos por siempre jamás...

Como así fue...